UC-NRLF
$B 457 382

BIBLIOTECA DE LA NACION

CARLOS MARIA OCANTOS

NEBULOSA

VOLU 694 MEN

BIBLIOTECA DE LA NACION

BIBLIOTECA DE LA NACION

BIBLIOTECA de LA NACIÓN

CARLOS MARÍA OCANTOS

NEBULOSA

BIBLIOTECA - LA PLATA

BUENOS AIRES
1916

Derechos reservados

Imp. de La Nación.—Buenos Aires

BIBLIOTECA - LA PLATA

NEBULOSA

PQ7797
O3N4

I

A la imaginaria Marplatina, que sobre la atlántica costa, a pocas horas de la Capital Federal, remedar quiere, con mayor o menor fortuna, el lujo chillón, el vicio elegante, la ociosidad de buen tono de los balnearios más famosos de Europa, una de las primeras golondrinas que llegaban era don Valentín Casuso, con su traje negro irreprochable, del luto eterno de un su tío que le dejó pocos pesos como el mejor recuerdo, y su pechera blanca, el sombrero con gasa, en calcetines, que por llevar zapatos también blancos parecía que no los llevaba, y las esponjadas patillitas de albas canas; y todo era llegar don Valentín, el compañero de las excursiones alegres a la Laguna, al Fa-

ro o allí donde una buena pierna y una guitarra bien templada hicieran falta, y comenzar a afluir a Marplatina la concurrencia de bañistas acalorados y espléndidos, sin duda (y guárdese el secreto) porque practicaba la conocida receta del satírico, de ir delante de todos para que todos marcharan detrás de él.

Antes de emprender su obligatorio e imprescindible viaje veraniego, de hombre de mundo farolero aunque machucho y solterón del género de los ternes inofensivos, pasaba Casuso revista a la serie de pantalones, chalecos, americanas, sombreros, camisas, botas y corbatas que formaban toda su familia y la afección más cara de su vida: desechaba unos, reponía otros, con fácil largueza porque en su presupuesto el principal capítulo era el de la indumentaria, y botón que flojeara del *smoking*, trencilla envejecida, mácula impertinente, costura que se viera o forro que sacara la lengua, lo entregaba al brazo secular de Telésfora, su sirvienta, la vieja Teles, que para hacer justicia con las tijeras y la aguja tenía unas manos primorosas.

Luego procedía al examen del tocado: ungüentos, esencias, lociones y menjurjes de toda laya en tarros, en botes, en frascos y en pomos, que renovaba por completo, pues el gasto era extraordinario. Y envuelto, arreglado y ordenado todo en la bonita maleta de piel de

lagarto apócrifo y cerraduras de brillante níquel, registraba la cartera y el cajón de la derecha de su mesa humilde de escribir, a solas en el humildísimo despacho de la casa en que vivía, desmantelada toda, y allá por los barrios extremos donde a ningún acreedor se le ocurriera guiar los cansados pasos. ¡Ay! en esta operación final y de grave trascendencia nada valían las habilidades de Teles, ni el abundante surtido de las tiendas de ropas y de las perfumerías, porque los dineros con dineros se reponen, o con el trabajo que los produce, y el gran Casuso, azotacalles desde que soltó los andadores, y huérfano y solo pudo hacer capa y sayo a capricho, ocupaba el año entero en ir al club y a las carreras, y consumía su vida en la absoluta esterilidad de la pereza.

Mas también la suerte repone a veces las carteras vacías y las gavetas exhaustas, y la suerte era fiel compañera de don Valentín en Marplatina, graciosa compensadora de las estrecheces de la renta de su tío difunto, y no sólo en Marplatina, sino también en la ciudad, en el círculo *El Sable y Florete*, de que era socio fundador y donde más de una vez, en temporadas angustiosas, un vuelco de naipes le salvó de los apuros insoportables que molestaban groseramente su existencia de sibarita de afición y, a ratos, nacido en la grandeza, criado en la opulencia y lanzado por la ruina al des-

peñadero de la pobreza entre los escombros de su casa solariega derrumbada. También (¿habrá indiscreción en contarlo?) el sablazo oportuno, muy fino y muy oportuno, era recurso útil cuando la señora suerte se hacía la sorda y estaba a punto don Valentín de perder el difícil equilibrio que le mantenía en el medio social suyo, fuera del cual no podía respirar y al que sacrificaba su estómago, víctima propiciatoria, que lo que se come el público no lo ve, y las exigencias vulgares de interior, pues nadie pregunta si duerme en un camastro al que luce su frac con gallardía.

La pobre Teles, que hacía veinte años que le cuidaba, y en su servicio y obsequio gastó los atractivos de su florida juventud, resignada heroicamente, por sentencia del tiempo, a su papel de criada después de haber sido señora, agradecía el que la guardase todavía junto a sí y no la hubiera arrojado ya como trasto viejo a la calle, atribuyendo a bondad de corazón lo que era fuerza de la costumbre. Y cosía, cepillaba y lavaba, y lo hacía todo complacida, admirada de la juventud perpetua de su señor, de verle tan esbelto y fachendoso como en los tiempos pasados en que la criadita agraciada escuchó sus primeros chicoleos. El tiempo sólo había corrido para ella, arrugándola, blanqueándola el cabello, robándola dientes y muelas...

—¿Verdad, Teles, que estoy cada día más flamante?—decía Casuso mirándose en el espejo del armario;—ni una pata de gallo, Teles, ni barriga siquiera. ¡Que me echen a mí pollos de veinte años!.

La mujer asentía melancólica, pensando en que un señor tan bien conservado debía de andar, y sin duda andaba, en líos amorosos. Positivamente nada sabía Teles, porque era tan pulcro, tan mirado que, aun viviendo solo como vivía, por casa nunca se vieron trapicheos. Mas, a decir verdad, ¡paraba tan poco en casa! a dormir venía a la madrugada, almorzaba en la cama al mediodía, y una vez compuesto... hasta la madrugada siguiente. ¡Sabe Dios en qué pasaba el señor su tiempo! De todos modos, ¿qué la importaba a Teles? Miraba furtivamente al espejo y suspiraba, suspiraba muy hondo.

Todo estaba ya pronto, y don Valentín enfundaba el guardapolvo de alpaca amarilla; Teles había llevado al coche alquilón de dos caballos la maleta y la manta, a cuestas, como una acémila, bestia de carga que sufre sin quejarse, y entretanto don Valentín, jovialmente, se despedía:

—Adiós, Teles, fidelísima y apreciabilísima Teles. Quedo satisfecho de ti, como siempre: de tus manos tan hábiles, de tu solicitud y de tu inteligencia. Ahora, hasta marzo o quizás

abril. Esto depende, hija, de la suerte, que muchas veces nos echa de Marplatina antes que las frescas brisas de otoño. Si algo ocurre, me escribes con esa hermosa letra que yo te envidio y que denuncia que ibas para maestra diplomada y todo si no me hubiera atravesado yo en tu camino. Historias antiguas, ¡y tan antiguas! Ya te mandaré yo de allí lo que pueda. Sólo te pido paciencia; que si no llegan a tiempo los giros, no será por falta de voluntad. ¡Te compadezco, Teles! Para ti el calor espantoso de este tórrido enero, el aburrimiento de la soledad, el puchero y el asado de cada día, ¡y gracias!; la *milonga* del pianito callejero por las noches; para mí el frescor marino y el *Manchester Hotel*, con sus distracciones sin cuento, su comida exquisita, su sociedad cremosa... ¡El delirio, Teles, el delirio!

—Vaya usted con Dios, señor —contestaba Teles simplemente.

Siempre fué el señor lo mismo: tan alegre, tan campechano, lo mismo durante el largo reinado de las gracias de Teles en la casa, que después de su destronamiento, hecho histórico que se produjo sin ruido, escándalo, revolución ni nada de lo que acompañar suele a un cambio de gobierno. Teles descendió de la altura doméstica a que se la había elevado en silencio, como algo incontrastable que se impone y no se discute, y esperó en el último rincón el puntapié

final y el reemplazo despótico por otra soberana más joven y guapa. Pero no; el señor la mantuvo en la casa, fué compasivo, la tuvo lástima, prueba de que también la tenía ley; y el solio quedó vacante, al menos dentro de los muros palatinos, valga la metáfora. Y siguió tan campechano don Valentín como antes, con el buen humor de siempre, que no se nublaba sino cuando el guardarropa sufría de la escasez que afligiera a menudo la bolsa del amo, y cuyos efectos se dejaban sentir principalmente en el puchero de la mal pagada y peor mantenida, aunque resignadísima, Teles.

—Vaya usted con Dios, señor—decía Teles simplemente.

Y don Valentín se marchaba muy contento, y en las sombras del patinillo de la casuca destartalada quedaba la pobre mujer pensando que era mucha lástima que el señor derrochara fuera lo que tanta falta hacía dentro, y en la fachada personal gastase más de lo que, ya no el regalo ni el vicio, sino la necesidad, pedía por sus cien bocas gritonas e implacables...

Contentísimo marchaba don Valentín, porque la temporada anual de Marplatina le aseguraba, por lo menos, dos meses de gaudeamus, sin entreactos deplorables, bien alojado, bien comido y agasajado. La vida bonaerense cada vez más difícil, más trabajosa y áspera, alargaba la dura estación del invierno hasta lo impo-

sible y lo absurdo; reacios en dar los amigos, en fiar los sastres, en esperar el casero, los usureros en prestar y en sufrir más el estómago, ocasiones hubo que se pasó las semanas en la cama, enfermo de indigencia, sostenido apenas por los caldos chirles de Teles. ¡Ah, Marplatina! Marplatina era la abundancia, la alegría, el triunfo de su elegante y lustrada persona, que le ponía en evidencia, le exhibía, le sacaba de la obscuridad y embotamiento de su vida invernal, y al extender el campo de sus relaciones sociales le aseguraba también, con el deseado gaudeamus, provechosa cosecha; dígase, para descargo mío y en honra de don Valentín Casuso, dentro de los límites estrechos de la más exquisita corrección y caballerosidad modernista, que él sería todo lo poltrón que se quiera, y defecto es éste que por lo común no se advierte, pero no pagaba más diezmos que al vestir bien y al vivir en grande, cuando podía y había de qué, aunque eso de *pagar* parezca un tropo literario y manera de señalar.

En la temporada a que voy a referirme estuvo en un tris don Valentín de faltar gravemente a la ley de la elegancia y a sus costumbres, veraneando en la azotea de su casa, desierta playa nada semejante a la del *Manchester* seguramente, porque le cogió la estación en estado tan precario que Teles no pudo conciliar la escasez con la necesidad, milagro suyo de todos los

días y por frecuente desdeñado del propio amo; no había seda para el *smoking*, las camisas pedían pecheras nuevas, el zapatero un anticipo, el casero tres meses vencidos... Más duro el invierno que otros, ni una mala butaca en la Ópera consiguió Casuso; el tapete de su círculo le puso mala cara, y más fosca que la suerte aún los amigos que solían ayudarle. Pero don Valentín no se dejaba abatir por la adversidad; dió tres asaltos, lo menos, desesperados y a fondo, en la sala de *El Sable y el Florete*; condenó a la esclavitud del préstamo su modesto menaje de alcoba, con mantas y colchones inclusive, media sillería y un reloj; ayunó cuarenta días y cuarenta noches, y al cabo pudo decir triunfalmente a Teles:

—Hija mía, hasta abril. A ver cómo te las compones para comer mientras yo no te mando de allá los pesos del mes. Duerme, Teles; duerme mucho, que no hay mejor alimento que el sueño. El sueño produce también descanso, alivio, consuelo, y alegría interior. ¡Dichosas las marmotas, Teles!

—Vaya usted con Dios, señor—respondió Teles simplemente.

Y se marchó don Valentín en su coche alquilón de dos caballos, tan contento como estudiante en vacaciones, despidiéndose caritativamente de la ciudad, que ardía cual brasero cal-

deado y en la noche caliginosa imploraba del río una ráfaga de aire:

—Tened paciencia, que ya os la enviaré yo por correo y certificada. Entretanto, achicharraos en paz, y cambiad de postura sobre las parrillas si queréis fresco...

Más que otras veces le encantó en la estación la vista de tanta gente conocida, el flujo de la muchedumbre de ricos y de venturosos, el vaho de la belleza y de la fortuna, que para sus pulmones de epicúreo era el mejor oxígeno: aquel alarde soberbio de la ciudad inmensa, agitada por el delirio como él mismo, mendigo con harapos de seda, le regocijaba profundamente. Hombre del día, desdeñoso de lo porvenir, exprimía del presente todo el jugo que le era dable gustar; la pobreza la sufría como lepra asquerosa: así, miraba con ojos de convaleciente, agradecidos y llenos de ternura, a todos los que, rozándole, corrían al asalto del tren de lujo. Eran los escogidos, los afortunados, los mejores, de verdad o en apariencia, como él.

Se arrellanó en su asiento del *sleeping* con fruición, sonrió a los vecinos, feliz, absolutamente feliz de verse allí, en su papel de rico, que tan bien sabía desempeñar. ¡Al diantre la Teles y sus miserias, y las propias correrías y ahogos entre sablazos y trampas! Estiraba el blanco puño de la camisa con majestuoso ademán: a Marplatina se iba don Valentín Casu-

so, ¿no lo sabían todos? ¿no pensaban los cronistillas sociales anunciarlo a la ciudad y a la República?

Aunque su desdichado estómago no pasara tal cuaresma de ayunos y abstinencias, la comida del *restaurant* le pareciera deliciosa, como le pareció, sin querer acordarse del puchero de Teles para no amargar su alegría y la litera más blanda, las ropas más finas y el viaje menos fatigoso y largo... ¡Cómo durmió! ¡con qué satisfacción de toda su persona se entregaba al molesto zamarreo, mucho más grato que la quietud de su lecho mezquino! ¡Oh Casuso! ¡dichoso tú mil veces!

En el patio del gran hotel marplatinense, con pretensiones versallescas, al dulce murmurio de las olitas marinas, le recibió por la mañana Pepe, el mozo de comedor, el mismo de todos los años con sus insolentes bigotes a lo chino, que por aquí la democracia deja a la voluntad lo que exige y debe exigir la clasificación establecida. Don Valentín, como gran señor que arriba a su castillo, entregó solemnemente su maleta y descendió del ómnibus con el aplomo que le daba su alcurnia indiscutible.

—Buenos días, Pepe, ¿qué tal? Aquí estamos, hijo, deshecho por el ferrocarril y perdido de carbón y de polvo. La suciedad me molesta, me crispa los nervios... ¡Qué noche! ¡Agua, Pepe, agua! ¿Está mi habitación des-

ocupada? Ya sabes que yo no quiero otra ni mejor alojamiento que el del *Manchester*... No me encontraría bien en ninguna parte. Vamos allá. ¿Hay mucha gente? ¿llegaron las de Asnabal, las de Soto? ¿sí? Y Schlingen, ¿ocupa ya *La Walkyria?* Pronto vendrá, hombre; como que en cuanto llega Casuso, la temporada queda oficialmente abierta... ¡Qué aire, Pepe! Déjame respirarlo bien, déjame tragar una buena bocanada... ¡Y pensar que los pobres porteños se asfixian a estas horas y esperan con terror el acreditado *coup de chaleur!* ¿Adelanta esto, Pepe? ¿qué tal la Rambla? ¿cuántos nuevos hoteles se han construído? Tú y yo, que bien podemos llamarnos los fundadores del pueblo, debemos estar orgullosos de sus progresos. ¡Que vengan los yankis a enseñarnos a crear ciudades en un día!

Cargado el mozo con el equipaje, no se cuidaba de contestarle, y llevaba al locuaz viajero al trote largo por aquellos corredores de suntuoso palacio con vistas sobre el mar, que cabeceaba a sus plantas juguetón; y aunque la carrera fatigaba a don Valentín, no paraba de hablar, cruzando galerías, subiendo escaleras...

—¿De veras que no está ocupada mi habitación?

Y Pepe se reía grosero y desdeñoso. ¡Su habitación! el mechinal debajo del alero del tejado, allá en los pabellones de la dependencia.

Siempre los había libres, y no era menester mandar retenerlos por telégrafo. Si se tratara, por ejemplo, del departamento que ocupaba la familia de don Navigio Soto: tres alcobas y una sala de recibir en el principal, mismamente como el de don Gabino Asnabal...

—Yo no tengo familia—contestó picado Casuso,—y no me hace falta tanto. Realmente, no sé cómo puede Soto darse tal lustre de reservarse departamentos del principal y en el *Manchester*, cuando está hundido y se le acabaron ya la senaduría y el ministerio... ¡Mucha cosa es la política!

—Pues ahí verá usted—indicó el mozo, trepando la última escalerilla.

Habíanse cruzado con otros viajeros y con otros mozos, tan fatigados y polvorientos y tan cargados como ellos, y apenas se miraban, por la preocupación de encontrar cada cual agujero donde meterse más o menos grande y lujoso, de acuerdo con los bolsillos y las pretensiones. El que tocó en suerte a don Valentín merecía el nombre que Pepe le diera, y era, en efecto, un bonito mechinal, muy limpio, pero tan estrecho que hubo que poner la maleta debajo de la cama.

Despidió a Pepe don Valentín, otorgándole de propina con prosopopeya señoril, un billete de veinte centavos (¡brisas de Marplatina, no vayáis con el soplo a la Teles!), y se dispuso a

asearse, con grande trabajo porque no era posible revolverse sin darse un trastazo. Se aseó, sin embargo, generosamente; se acicaló, se calzó los blancos borceguíes, inmaculados, y ordenado el escuadrón de frascos y botes sobre el lavabo, se puso a la ventana... El mar encorvaba los relucientes lomos, y sobre ellos cabrilleaban espumosas las olas que el viento perseguía, estrellándolas en la playa, donde algunas barcas de pescadores dormían al sol, panza arriba; el cielo muy azul, con ligeros cúmulos hacia el oriente; el aire, poderosamente ozonado... Alegrábase el alma y ensanchábanse las narices con aleteo ansioso de sediento.

No era Casuso ni artista ni poeta, a Dios gracias; y así, lo que él contemplaba desde lo alto de su mechinal, nada tenía que ver con el homenaje que a la naturaleza rinden las almas escogidas; lo que don Valentín hacía era espiar, como el milano, la presa del día, buscando en la playa o en el patio del *Manchester*, ya entrara, ya traspusiera la verja el amigo, el conocido, la víctima suya veraniega.

Y como la suerte no le abandonaba nunca en Marplatina, no bien se puso a la ventana vió que del hotel salía un estragado petimetre con negligente traje de mañana, Gabinito Asnabal, el hijo del riquísimo hacendado don Gabino, y con él el doctor Rómulo Pares, *sportman* distinguido, rey del tapete y coco de las mujeres...

castañeteó el milano su pico, allá arriba, de gusto, y se esponjó satisfecho. ¡Gabinito y Rómulo! Estaba seguro de que los encontraría, y en ellos traía puesto el pensamiento. Muy buenos chicos los dos, generosos, noblotes, locos por el juego y el amor. Delante del tapete verde, la actitud fría, correctísima, sin emociones, ni desplantes, de Gabinito era asombrosa; se dejaba ganar los miles de pesos de su papá con frescura que pasmaba. Pues ¿y Rómulo? Rómulo no era tan rico; pero sus tres hermanos, que habían sabido enlazarse con herederas opulentas por vanidad de familia, y la vanidad de esta familia de Pares, descendiente de un guerrero de la Independencia, era colosal, le pasaban para sus vicios más de lo suficiente mientras negociaba la letra que su histórico apellido representaba. Grandón, tanto como raquítico su compañero, tenía aires de príncipe de ópera en el andar, en el hablar y hasta en el dar, inagotable, de mano sin callos y voluntad sin ligaduras.

Con ellos salió una bandada bulliciosa de muchachas que se dispersó por la playa, con sombrillas multicolores, semejantes, desde arriba, a grandes mariposas rojas, azules, blancas y verdes... Don Valentín, desde luego, reconoció a algunas, por ejemplo, las cuatro de Asnabal, hermanas de Gabinito: Ernestina, Aida, Graziella y Edelmira, tan deliciosamente bellas las cuatro que quitaban el sentido: el pasado año

llevaban todas el pelo negro; pero a su regreso de París aparecieron pintadas de rubio veneciano, o de rubio *carotte*, y estaban más guapas todavía, aunque no faltaban envidiosas y criticastros que adujeran que con el tinte, los trajes llamativos y la belleza retocada tenían más trazas de artistas que de señoritas. Pero no lo crean ustedes, ¡qué atrocidad! Edelmira era aquella que, como más pequeña, retozaba en la orilla cogiendo conchitas; Ernestina, la más seria, la que se volvía del lado de los caballeros para interrogarles... Aquella otra muy enfundadita en su vestido de franela blanca, de Panamá volcado sobre la frente, escurrida, delgadísima, era Flora Soto, nuestra conocida Florita.

Otras muchas no conocía don Valentín, y cuidado que las había, o lo fingía muy bien la distancia ayudada por los colores juveniles que ostentaba la alegre bandada, hermosísimas a granel; pero a don Valentín le importaba poco, en realidad, el elemento femenino, a pesar de sus alardes de galanteador al estilo antiguo, de románticos floreos y platonismo forzado, y se quitó de la ventana, sin preocuparse de las lindas mariposas de la playa, tan pronto como su estómago le advirtió que estaba ayuno... ¡Rómulo y Gabinito en Marplatina! ¡qué temporada, señor, qué temporada!

La entrada de Casuso en aquel comedor, «como no hay otro en el mundo» al decir hiperbó-

lico de los bañistas marplatinenses, tenía algo de teatral. ¡Qué aplomo el suyo! ¡qué desembarazo en la apostura, con qué ángel sonreía a los conocidos, con qué gravedad apretaba las manos, con qué protectora suficiencia enviaba cabezadas a todos lados! Luego sentábase aparte, delante de su mesita de costumbre, desenvolvía muy despacio la adamascada y blanquísima servilleta, la extendía sobre las rodillas... Y miraba, admiraba todo: el elegante cubierto, el suntuosísimo decorado, la magnificencia del conjunto, emocionado profundamente. No, no entra el devoto en un templo con emoción mayor que en el comedor del *Manchester* don Valentín; templo del *confort*, como él decía, sagrario de lo que en el mundo representa la felicidad completa: lo que se come, lo que se bebe y lo que se goza.

Cogía la minuta de cartulina y la estudiaba a conciencia, escogiendo los platos que por los nombres le parecían más complicados, y comía y bebía con exquisita finura, paladeando, saboreando, más que los manjares y los vinos, la satisfacción de verse en su centro y en su ambiente. Muy pronto sus mejillas, de lisa y bien conservada piel, se animaban, como sus ojos azules, que debieron ser muy parleros en los abriles pasados, y toda su persona despedía oleadas de benevolencia, de amor hacia esta humanidad, tan maltratada y calumniada, que ta-

les refinamientos ha sabido dar a la vida, embelleciéndola y haciéndola amable en lo que tiene de gustosa.

Enternecido, deslumbrado con el brillar de la luz sobre los espejos y dorados, mareado con el vario perfume de las salsas, del café y de los licores, sonreía beatíficamente al mozo de los bigotes chinescos.

—Lo que tú quieras, Pepe... Sí, el filete primero, pero poca cantidad: hay que evitar que el almuezo perturbe la siesta.

A los postres, en medio del relativo silencio del comedor, apenas alterado por los pasos y el arrastrar de sillas de nuevos comensales, entraron las cuatro de Asnabal, con tal estrépito de risas y de voces, que todas las cabezas se volvieron alarmadas, quedaron los tenedores en suspenso y bajo las bóvedas del templo de Gargantúa la corriente de la admiración sacudió todos los nervios. ¡Alabado sea el santísimo arte de París! ¡y la belleza argentina, amén! Ernestina, Aida, Graziella y Edelmira, enloquecedoras de hermosura y de gracia, traían unos sombreros y unas blusas y unas faldas... Hasta los bajos, señor, hasta los bajos que enseñaban coquetuelas en el revoloteo del andar, suspendían la vista y el aliento: de seda rosa pálido los de Ernestina; azul eléctrico, los de Aida; verde mar, los de Graziella, y los de Edelmira, celestes. Era cosa de atragantarse viendo

aquello, y por que tal no sucediera, muchos cerraron los ojos.

Ellas, provocativas, con audacia y descoco encantadores, se plantaron en el centro del salón desafiando al absorto concurso, seguras de su triunfo, satisfechas del oleaje de admiración que levantaban siempre por donde pasaran. Discutían entre sí, se reían a carcajadas, hacían como que se sentaban delante de la mesa ya dispuesta, y se alzaban con saltitos de pájaro asustado, interpelando al mozo:

—¿Y papá? ¿no ha bajado papá? ¿ni Gabino tampoco? ¿que te parece, Ernestina? ¿nos sentamos o les esperamos fuera?

—Pues, yo me siento, porque estoy muerta de hambre.

—Y yo.

—Yo no, yo no.

A don Valentín le enviaron un saludo muy familiar, que parecía decir:

—Hola, Casusito, ¿qué tal? acérquese usted, hombre.

En esto apareció el papá, don Gabino Asnabal, con sus trazas de buey mansurrón, el paso tardo, colorado el testuz, los ojos saltones, la cabezota roja y agachada, las manos, que sostenían el sombrero de paja, cortas, negras y bastas, como pezuñas; y don Valentín, que había comprendido el lenguaje de las cuatro revoltosas, aprovechó la ocasión para ir a saludarlas,

muy rendido y amable, y tras de las manecitas gordezuelas y perfumadas estrechó la pezuña de buey manso, que mugía:

—¿Qué tal, Casuso? ya le echábamos a usted de menos, las muchachas sobre todo. Aquí nos es usted indispensable. ¿Ha acabado usted ya? pues, tome usted este cigarro y siéntese, que charlaremos.

Don Valentín, que en lo de aceptar lo que se le ofrecía no se lo dejaba decir dos veces, tomó el ricò tabaco y antes de sentarse sirvió de paje a las niñas, recogiendo las sombrillas, los velos, las bolsitas de seda y hasta el pañolito lleno de conchas de Edelmira; y entretanto, ellas se ponían a la mesa entre risotadas y codazos, secreteos y ojeadas que a los cuatro extremos del salón iban como balas mortíferas.

—¿Se han divertido ustedes mucho esta mañana?—dijo almibarado don Valentín.

Como locas, y eso que el simpático Casuso (inclinación de gratitud del caballero) no las acompañaba y las prestaba el recurso de su ingenio, como en años anteriores.

—Figúrese usted, Casusito... — decía mordiendo un rábano Aida, que para el gusto general era la más bonita, si bien las opiniones parecían divididas entre las cuatro y los partidarios de cada una formaban legión.

—Figúrese usted, Casusito... — repitió Graziella,

Hablaron todas a la vez, y de la algarabía pudo comprenderse, con gran trabajo y padecimiento del tímpano, que en el baño ocurrió una escena graciosísima: la hermosa rusa, ¿no la conocía Casuso?, la señora Wanda acababa de salir de su caseta, cuando don Gustavo, el alemán amigo de don Federico Schlingen, y que la persigue sin esperanza, se le puso delante, echóse de rodillas y quiso besarla los pies... Por supuesto, que el pobre don Gustavo estaba ebrio como una cabra. El susto, la escandalera, se propagaron hasta la Rambla. No se hablaba más que del suceso. ¿Qué hizo ella? apartarle, tan fría como de costumbre, y lanzarse al agua. No se sabe cómo el alemán pudo introducirse en el cercado de las señoras, ni aun estando borracho. ¡Qué indecente!

Y don Gabino interrumpió:

—Eso decíamos con Soto. ¿Hay reglamentos o no hay reglamentos? ¿hay policía o no hay policía? ¿hay respeto o no hay respeto?

Ninguna de estas cosas parecía por ninguna parte, y el buey manso se lamentó, en llorosos mugidos, de que no parecieran, para vergüenza del país. Edelmira insinuó, con perversa complacencia, que Florita Soto, *la virgen y mártir del candelario social bonaerense*, habría dado cualquier cosa por ser la heroína del suceso; petrificada en sus anhelos de soltera, estaba más seca que un arenque, y el arranque

estrafalario del alemán hubiérala servido para reverdecer sus ilusiones.

—¡Pobre Florita! — suspiraron Ernestina, Aida y Graziella, entre burlonas y compasivas.

Ahí quedaba en la Rambla, eso sí, rodeada de solteros, viudos y casados, entre ellos Rómulo Pares y Gabinito, porque a pesar de sus treinta años larguísimos, y que se daban casi de hocicos con los cuarenta, a pesar de sus patitas de gallo y de sus docenitas de canas disfrazadas de rubio, tenía gancho para los hombres, pero no sabía retenerlos; ¿en qué consistía? era extraño. Muchas veces pudo casarse y dejó escapar el pez del anzuelo. No faltaba quien dijera que una antigua pasión, no correspondida y mal pagada, fuera quizás la causa; lo más probable, casi se atrevía Ernestina a decir lo más seguro, parecía que no supo nunca agarrarse del pelo de la buena ocasión, porque eso de pasiones amorosas en estos tiempos huele a romanticismo huero. En suma, que fuera por lo que fuese, la señorita de Soto estaba a disposición de las empresas, digo, de los aspirantes a marido, y corriera balnearios de moda, teatros, bailes y paseos, matando de fatiga a la gorda misia Loreto y agujereándole el bolsillo al infeliz don Navigio, con palmas la enterrarían y ya se la podía cantar el *Requiem*.

—A mí me es muy simpática—se atrevió a

intercalar don Valentín; — la tengo por muchacha muy instruída, que lee mucho, de juicio sereno, de seriedad irreprochable...

—Y plancha camisas a la perfección—saltó Graziella ensartando un pastelillo,—barre y lava y guisa como la mejor criada. En su casa ella lo hace todo; como que no tienen ni alfombras por pagarse el coche de Palermo, el palco de la Opera y las temporadas de Marplatina. Los vestidos se los confecciona ella y la viste también a su mamá. Gran virtud, dirá usted, Casusito, y mucha maña. Pero el sacrificarlo todo por dar en los ojos del público, el fregar suelos y cacerolas para poder ponerse el sombrero de París e ir repantigadita en coche de lujo, el comer mal y vivir peor para sostenerse tambaleando en una posición superior a los propios medios, es estúpido, completamente irracional. Y créalo usted, en su casa no hay silla en que sentarse...

Las cuatro cabecitas hechiceras se balancearon compasivas, apoyando esta exclamación:

—¡Pobre Florita!

El tema disgustaba mucho a don Valentín, y con razón, por lo cual quiso meter baza para variarlo; pero don Gabino, que entretanto había devorado un plato de cocido y con el tenedor se escarbaba los dientes de rumiante, dió de pronto un soplido que más parecía regüeldo:

—Irracional, completamente irracional. Has

hablado, Grazita divina, como un libro. Pienso yo lo mismo, y lo digo y lo repito: ¿estamos locos o no estamos locos? ¿tiene Soto o no tiene? ¿puede o no puede?

Colocó las dos manos negras sobre la mesa y con placidez bovina miró a don Valentín.

—Lo que hay, amigo Casuso...

Sobre la capital bonaerense reinaba, como peste maligna, el delirio de las grandezas, trastornando muchos cerebros, pervirtiendo muchos corazones, estancando voluntades y esterilizando energías; por más grandes de lo que somos nos contábamos, a más grandes empresas de las que podíamos acometer nos atrevíamos, en grande queríamos vivir y a grandes pretendíamos llegar antes de la edad, sin calcular que todo nos venía grande, empezando por el territorio, pueblo-niño con la leche en los labios todavía, que se las echa de hombre y corre la tuna en mantillas. La rana de la vanidad estaba a punto de reventar, hinchada de viento. Y a la verdad, así nos estiráramos hasta descoyuntarnos y nos pusiéramos sobre las puntas de los pies y alargáramos el brazo, no alcanzaríamos a la grandeza extraordinaria soñada.

Porque el crecimiento tiene sus leyes y la lógica las suyas, y mientras exista el mundo las habrá siempre, y el querer atropellarlo todo es causa de vencimiento y de ruina el sacar los

pies del plato. ¿Lo decía o no lo decía? Pues don Navigio Soto era un caso gravísimo de esta peste de megalomanía que nos ha invadido, importada de Francia y de los Estados Unidos, naciones a las que la rana vanidosa se esfuerza ridículamente en emular. Y cuidado que don Gabino había conocido a don Navigio como un buen hombre, con su cara infelizota de clerizonte, sus gustos de cordobés, añejo y su timidez provinciana; pero todo fué venir de senador a la capital y contagiarse de la peste él, su mujer y su hija. Los primeros síntomas del mal se exteriorizaron en el tren con que montó su casa y los trapos costosos de las damas; luego, cuando la elección presidencial de Eneene y que del Senado pasó al Ministerio, aumentó la enfermedad acusando típicamente los caracteres fatales: vendió las cuatro casas y algún campo de Córdoba, y con el producto se dió a edificar el más grande palacio de la ciudad, en que todo había de ser grandioso, lo indispensable para albergar su grandeza: grandes los salones, grande el lujo y de grandes artistas cuanto al mobiliario y al decorado se refería.

Aun se recuerdan las fiestas que se celebraron en el palacio de Soto, los banquetes, rivales de los de Schlingen en *La Walkyria*, con vajilla de plata, cubiertos de oro y cristalería de Bohemia. Y claro es, en la atmósfera peli-

grosa del contagio, las damas se crecieron, tocaron los techos con la cabeza, y viéndose tan alto antojáronseles gusanos los demás. Lo menos que Flora exigía era un príncipe heredero, con corona y manto reales, como los de los cuentos, y desdeñosa rechazaba cuantos honrados corazones se la ofrecieron.

¡Grandeza efímera! Cayó el Ministerio, don Navigio se vino abajo; el palacio, edificado sobre arena, se derrumbó estrepitosamente, y de entre los escombros salieron arrastrándose sus orgullosos moradores, llenos de chichones y cardenales, pero aun no despiertos de su sueño. Eran incurables. Aun miraban desde las nubes a los simples mortales, y Florita, en la reclusión de su casa, con la escoba o el plumero en la mano, tenía seguramente aires de reina, y apenas se contentaría con un marqués de importación extranjera, libre de derechos. Ya lo veía Casuso, ya lo veían todos: a pesar de ello y a pesar de lo que se sabía, estaban en Marplatina y ocupaban el mejor departamento del *Manchester;* ¿cómo? ¿con qué? misterio, problema insoluble para don Gabino Asnabal, cuyos carneros y vacas numerosísimos, cuyos campos valiosos y cuyas fincas respondían generosamente de aquel vaso que, por la curación de la enfermedad social que nos va arruinando lentamente, vaciaba con mucho gusto.

Lo vació, en efecto, y don Valentín, que no dijo palabra y se tuvo, desde luego, por un apestado más, pensando en Teles y en su estómago repleto a costa ajena, pidió permiso a las señoritas para encender el cigarro. Ellas se lo dieron graciosamente, y al mugir jeremíaco de don Gabino sucedió el repiqueteo de los cubiertos y el morder de los blancos dientecitos; don Valentín chupaba su cigarro, medio adormecido por la digestión y la augusta calma del comedor.

—¿A qué hora es el concierto? — preguntó Aida.

Renació la conversación a propósito del concierto y del Tiro de Pichón; y como Ernestina ponderase la destreza increíble de Rómulo Pares, cuyos blancos eran la admiración de tiradores y profanos, Edelmira, muy lacónicamente, asintió diciendo que otros blancos más difíciles sabía hacer, por ejemplo, el del acartonado corazón de Flora Soto y el de Adelaida Schlingen y el de... Mostró la sarta de corazones heridos, con locas risas y burlas punzantes, y Ernestina, colérica, amenazó a la chiquilla si persistía en aquellas bromas.

—¡Hijas mías, hermosas, silencio! — suplicó el papá.—¿Por qué te enfadas, Ernestina? no veo el motivo. Edelmira está en lo cierto. Desde el año pasado vengo observando que la hija de Soto pone buenos ojos a Rómulo; y acaso

sea éste el marqués a que yo me refería, que su apellido vale por muchos títulos. ¿Tengo o no tengo razón?

Alzó don Gabino la pezuña derecha para afirmar gráficamente su idea y sus teorías sobre las grandezas enfermizas; pero el mozo le presentó una fuente de chuletas asadas, con patatas fritas, y ante este argumento persuasivo se fundió su discurso en un mugido de complacencia. ¡Mu! ¡mu! ¡qué calentitas y jugosas estaban! Así le gustaban a su difunta mujer, aquella bellísima Ernestina, que ella sola valía por sus cuatro hijas, y si viviera las dejaba por feas en cualquier certamen. ¡Qué mujer y qué chuletas! ¡mu! ¡mu!

La rabiosilla Ernestina no quiso catarlas, más enfadada aún porque Edelmira la dirigía mudos saetazos con los ojos risueños; y de este incidente familiar tomó pretexto don Valentín para expresar su intención de marcharse... Mas, al mismo tiempo entró en el comedor un tropel de bañistas tardíos, dormilones o paseantes perezosos, y las cuatro muchachas se volvieron curiosas; don Valentín se afirmó en sus largas piernas para hacer resaltar su gallardía, escogiendo la más graciosa de sus sonrisas.

Los trajes claros, los sombreritos de paja, las caras que el aire de mar desnudaba rudamente de afeites, pasaron rápidos, dispersándose en las mesitas, que les aguardaban con la dobla-

da servilleta en forma de mitra y el limpio servicio del culto bucólico; todo lo conocido, lo elegante, lo hermoso y lo rico de Buenos Aires: primero Crucita Zaldívar, luego las dos de Esteven, la de Pozuelo, Lucía Guerra de Cantillac, Jovita García Luces de Hierro, la familia de Soto, ¡qué sé yo!, y la dorada falange de jóvenes: los Guerra, los Gómez, los Esteven, los Riquez, los Trujillo, los Pares, los Asnabal... ¡Oh! ¡quién supiera pintar aquel desfile tal y cómo merecía ser pintado! ¡qué figuras podrían trazarse, y qué fondo darles más soberbio, muestra patente de nuestra riqueza y magnificencia, diga lo que quiera don Gabino, y vea o no, con ojos de cegato pesimista, más de uno de los que él llama apestados en ese brillantísimo cinematógrafo de nuestro libro de oro!

Miraban curiosas las cuatro de Asnabal, sonreía y saludaba don Valentín y don Gabino hacía ¡mu! ¡mu! Florita, al pasar, acercó su rostro de embalsamada beldad a Ernestina y la secreteó al oído. ¿Irían al concierto? ella, no, tenía jaqueca; los aires de Marplatina son terribles para la jaqueca. Las otras, distraídas, dijeron que sí.

Y el gran comedor se animó, resplandeció más que antes; sobre el encerado pavimento se deslizaban los mozos como si llevaran patines; humeaban las fuentes y los cigarros, y

lenguas y mandíbulas se ejercitaban en alegre armonía. Y allá afuera el mar, el filósofo eterno, regonzaba broncamente, acaso burlándose, como don Gabino, de las grandezas sociales.

II

Flora subió ligeramente la escalera y desde el primer descansillo envió familiares cabeceos a los grupos de conocidos que paseaban el almuerzo, expansivos y bullangueros.—Florita, ¿bajará usted?—¡Que no nos falte usted, Florita!—Y Flora sonreía con aquella sonrisa enigmática suya que no se sabía si era expresión de bondad o máscara de sentimientos, trágica consumada que ante el público que la festeja y aplaude cuida de que la naturaleza no haga traición al arte, su esclavo, y ni decía que sí ni que no, aumentando el clamor de las súplicas y de las protestas :—¡Florita, que vamos a reñir!—Mire usted, Florita...—¡Por Dios, Florita!

Cuando en la vuelta de la escalera quedó libre de toda curiosidad, se detuvo, se apoyó en el pasamanos y permaneció dos o tres minutos pensativa; no sonreía ya: el laboreo de la reflexión arrugaba su frente, marcaba los pliegues de los ojos y de la boca, envejeciéndola, echan-

do a perder su exquisito trabajo de tocador; pero, ¿qué importaba? ¿quién la veía? escalón por escalón fué subiendo despacio, llegó al ancho pasillo, abrió la primera puerta, la cerró luego y se echó en una butaca, desmadejada, abrumadísima... La salita estaba a media luz. No había nadie.

En el silencio de la habitación mercenaria, indiferente a las risas y a las lágrimas de los huéspedes de un día, se escuchaba, pared por medio, a los papás repetir el dúo diario lastimoso, que empezaba con la pregunta de don Navigio: — ¿Qué hacemos, Loreto?... y terminaba con la deprecación de misia Loreto: — ¡Ten piedad, Señor, de nosotros!... cambio afectuoso de impresiones, temores, esperanzas, desalientos y tristezas de dos viejos amigos que mutuamente se sostienen y consuelan.

Sí, sí. Lo de siempre. La eterna cuestión de equilibrio, el difícil problema de seguir sosteniendo sobre el abismo de la ruina el alambre en que la hija, cubierta de lentejuelas, hacía piruetas ante el público; si la madre aflojaba un cabo, si el padre soltaba el otro, despeñábase Florita y con ella la familia entera. Y el padre y la madre, cascados ya, enfermos, sin fuerzas, tiraban de un cabo y de otro, matándose en la inútil tarea porque ella siguiera bailando y deslumbrando a los mirones. ¡Por

ella, sólo por ella! ¿y para qué, al fin y a la postre? ¿con qué finalidad práctica?

Así estaban de mucho tiempo atrás, desde que el relámpago de la fortuna se apagó y les dejó a obscuras en el camino y a la intemperie. Muy fácil fuera remediarlo todo con el sacrificio del amor propio; pero Florita no podía descender; soltar el alambre era condenarla al celibato, a la pobreza, a la infelicidad. ¡Un esfuerzo más! ¡quién sabe! ¿por qué en esta temporada de Marplatina, donde la ocasión es encubridora y el roce social incentivo, no había de resolverse favorablemente la situación? ¡un esfuerzo más, el último! ¡y pudieran ver a la hija adorada, tan digna de ser feliz, en la altura deseada y merecida!

Y don Navigio y misia Loreto tiraban, tiraban del alambre, con angustias y sudores de desesperados. Escuchándoles, Flora recordaba una por una las estaciones de calvario recorrido para poder llegar vestidos y compuestos al tren de lujo de Marplatina: primero, la visita de don Navigio al Presidente, y la escena de reproches, quejas y súplicas para sonsacarle la débil promesa de una vacante en la magistratura; luego, la firma de tres pagarés usurarios y y de otros dos al alquilador de coches y a la modista; la pignoración de los trajes de invierno, la venta al peso de la poca plata que quedaba... también se había vendido la última alhaja de

familia, y dos meses antes se despidió a la criada y don Navigio se puso a dieta de cigarros. ¡Todo por ella, porque luciera bien sobre el alambre su tonelete de relumbrones!

Las voces cercanas se apagaban, y la última frase de misia Loreto resonó como un quejido:

—¡Señor, acuérdate de nosotros!...

Y al mismo tiempo se abrió la puerta y entró en la sala su desarrollada persona de polisércicas redondeces, globo con ruedas envuelto en fino cachemir azul pálido y volantes de encaje, tan ultrajada por los años y los infortunios, tan distinta de aquella dama oronda, fundadora del *Asilo del Sauce* y organizadora de las más famosas *kermesses* que se han visto, que en el mismo hablar, estropajoso por la falta de dientes, costaba mucho reconocerla. Tras de ella salió a escena don Navigio, y hay que afirmar que era el mismo doctor don Navigio Soto, el de las camándulas políticas, cuya interesante silueta guarda como oro en paño la Historia entre sus páginas, porque si no se afirma bajo palabra y se certifica, nadie lo creería... (1) ¡Válgame Dios! ¡Qué volteretas y qué tumbos nos dan los años!

Salieron, pues, de la vecina habitación ambos esposos, y como hallaran a la hija en aque-

(1) *El Candidato.*

lla postura de tribulación y abatimiento, se empeñaron en que les confesara la causa.

—¿Qué sucede, Florita?

—Florita, ¿qué tienes?

De sobra lo conocían y estaban seguros de que, en su extraña reserva, no desembucharía palabra ni aun metiéndole los dedos en la boca; y así, no insistieron mucho, echándola un vistazo inquisidor la madre, mientras don Navigio abría las maderas.

—A ver, levanta la cabeza; ¡ya te has puesto los ojos como tomates! Te he dicho que no te los restriegues con el pañuelo: te estropeas las pestañas, y los párpados se te hinchan horriblemente. ¡Ay! ¡la peladura de la ceja derecha al descubierto! ¡y borrado el carmín de este lado y sin un grano de polvo! Flora, Flora, ¿qué gusto tienes en desagradarme? Poco vamos a adelantar así. Voy a traer los lápices y el carmín... También la polvera.

—Deja, luego, más tarde—dijo Flora suspirando.

—¿Cómo más tarde? ¿No piensas bajar?

Flora movió negativamente la cabeza, y ante tal resolución, misia Loreto, estupefacta, interrogó a don Navigio:

—¿Oyes, Navigio? ¿y para esto hemos venido? ¿y para esto nos sacrificamos?

Entonces, Flora se levantó, vino derecha a

ella y se puso en plena luz, obligándola a que la mirara de cerca.

—Mamá, mírame y convéncete de una vez: tengo la piel ajada, los ojos pelados, y por todos los poros y los surcos de mi cara asoman burlones mis treinta y cinco años. Es en balde querer taparlos con carmín, con ungüentos, con polvos y con tiznes. Ellos quedan debajo riéndose y diciendo a todos a voces: ¡aquí estamos los treinta y cinco, ni uno menos! Más en balde todavía y temerario ponerlos a luchar con los años fresquísimos y encantadores de las de Asnabal: se avergüenzan y se dejan correr lastimosamente. No puede ser, mamá, no puede ser. Esta lucha feroz con la realidad me entristece y acobarda.

—Pero, ¡Flora! — exclamó misia Loreto, — ¿ahora salimos con esto? ¿quién te pone a luchar con las de Asnabal ni con ninguna de su pollada? ¿presumes, acaso, de acabar de vestirte de largo? Tú tienes, en cambio, lo que a ellas les falta: el aplomo, la distinción, el juicio, la cultura, todo lo que hace que allí donde estás los hombres se alborotan y te rodean. Un chispazo ingenioso tuyo vale por todas las miradas y las muecas de esas pintureras escandalosas, que en los bulevares de París han aprendido a ser señoritas. Anda y déjate de pamplinas que, por desgracia y culpa tuya y nuestra, bastante tiempo hemos perdido y las

mejores ocasiones... ¡Ay! ¡ya sé, ya sé por qué te has puesto así! Cada vez que te encuentras con Manolo Guerra, que hoy sería tu marido si hubieras querido, se te suben los años a la cabeza. Paciencia, hija, y no pensar más en lo que no tiene remedio. Voy a traer los ingredientes, pues yo misma deseo retocarte.

Sin replicar, Flora se dirigió a la ventana, acariciando con mirada compasiva al padre, que contemplaba silencioso el mar y la playa, adormilados bajo el sol del mediodía; sus anchas espaldas de luchador, su abultada y robusta cabeza, se inclinaban por la fatiga, buscando el cansado cuerpo el apoyo del muro; el desencanto se marcaba en la roja caraza, afeitada totalmente como la de un clérigo, y parecía absorto en la persecución de una idea que, flotando sobre las aguas, se perdiera de vista con rumbo a lo infinito.

—Papá — dijo la joven abrazándole cariñosamente,—tú me das la razón y piensas como yo, ¿verdad? Ahora, como muchas veces, te he oído decir: ¿qué hacemos?... esa pregunta de la desesperación. Pero ya sabes lo que yo haría: ceder, entregarse, caer. ¿O esperas y confías en las mentiras oficiales? Si nada has de darles en cambio, ¿qué van a darte ellos graciosamente? Tú, que eres político, sabes muy bien que la política no concede nada en balde;

hay que pagarla, por lo menos, con el sacrificio de la dignidad.

Don Navigio se volvió súbitamente enardecido, chispeándole la colorada piel como caldero de cobre puesto al fuego. Pues no, no pensaba lo mismo, no haría lo mismo. Ceder, entregarse, caer, ¡jamás, jamás! ¿Sabía hasta dónde caerían todos? Muy abajo, más abajo de cuanto imaginar pudiera. La casa actual de la calle de Río Bamba, desmantelada y llena de goteras, sin más trastos que los indispensables, y eso que la necesidad iba cercenando día por día lo indispensable y declaraba artículo de lujo la silla del comedor, el espejo de mano, la toalla de hilo... La casa de la calle de Río Bamba sería palacio y alcázar comparado con la cueva en que hubieran de alojarse. Eso no. ¿Entregarse? ¡Jamás! No tendrían ya amigos ni quien les mirara siquiera, considerara ni respetara en un ápice. La misma compasión, mortaja de los desgraciados, se les negaría cruelmente en la caída, escarbando en el pasado para cubrirlos de basura. No, no. Al contrario. Luchar, luchar siempre, con rabia y saña. No abandonaría su posición sin dejarse las uñas y la piel con el último soplo de vida. Y entretanto, engañaría al público estúpido, vistiendo de púrpura su pobreza para que no se riera con las muecas de su agonía.

—Cásate, Flora, cásate — añadió, terminan-

do en un beso sobre la frente de su hija el vivo burbujear de su réplica, como muere besando la arena la ola rabiosa y encrespada ;—cásate, y lo demás corre de mi cuenta.

—¡ Casarme !—repitió Flora.

Volvía la madre con su estuche, la polvera, dos botecitos de plateados marbetes, una toalla y qué sé yo qué otros chismes, y al punto hizo que la muchacha se sentara, más bajo, más alto, de frente, de lado, así, así, eso es... Y como habilísimo estofador que restaura una imagen ahumada y desconchada por la piedad de muchos siglos, trazó el arco ciliar de la derecha artísticamente, de modo que la odiosa peladura no se notara, rasgó los ojos, encendió los labios y dió dos toques de rubor juvenil a las mejillas ; abandonó lápices y pinceles, y con la borla espolvoreó de blanco su obra, suavizando, aterciopelando el conjunto. Y, maravillada, se echaba hacia atrás para juzgar mejor, mientras la quieta y paciente víctima apenas pestañeaba.

—Muy bien, perfectamente — decía satisfecha misia Loreto ;—no tiene mejores colores ni piel más hermosa Aida Asnabal. Ya verás cómo en el concierto de esta tarde das el gran golpe. ¿Verdad, Navigio? Sólo te recomiendo que tengas cuidado con el pañuelo. Te pondrás el vestido *pompadour* con vivo rosa... Y el arco de oro que, entre el pelo rubio, es de un efecto

ideal. Cuéntame: ¿fué esta mañana al baño? ¿te puso los gemelos como ayer? ¿le viste en la Rambla? cuenta, mujer, que según sean los síntomas, yo te daré mi opinión; se la daremos, ¿verdad, Navigio? y habla claro, que todo se te queda entre los dientes. No sé cómo has salido así, tan metida entre nieblas siempre...

El señor de Soto, aunque quisiera mostrar interés también por saber lo que *él* hiciera y dijera, afectó desentenderse dignamente, mirando a la pintada imagen con el rabillo del ojo. Y como insistiera tenazmente misia Loreto, los labios de bermellón se despegaron para informar que sí, que había estado en el baño, le había puesto los gemelos, como en los días anteriores, y en la Rambla le hizo la rueda y le habló de frivolidades, lo mismo que en la Opera el último invierno... Nada más.

Con la perfumada borla en la mano, misia Loreto traducía a su gusto lo indescifrable, exornaba lo insignificante, abultándolo todo con el objeto caritativo de que don Navigio pudiera verlo; triunfante se encaraba con él, cabeceando risueña, como quien dice: — ¿Oyes? pues esto marcha, ¡vaya si marcha!

Tan de color de rosa lo veía todo, que hubo de declarar, convencida, que los síntomas eran mortales de necesidad. Y se enfadó porque Florita contaba todo aquello con tal frialdad como si nada sintiera ni la importara. Dichos por

ella, no parecían lances propios y recientes, sino cosas de extraños ocurridas de mucho tiempo, sin mayor importancia ni suficiente influencia para que la confesada se conmoviese. Así no se conquista a nadie, sin calor ni fe; ¿no pondría nada de su parte? ¿nada le inspiraba el mozo? Acabó de cubrirla de polvos, la enharinó profusamente, riñéndola a cada brochazo:

—No adelantaremos nada contigo. Yo no sé qué quieres, qué esperas... Tienes treinta y cinco años, cuatro meses y veintidós días... ¡Sabes cómo estamos, lo que sufrimos! Pierde el tiempo, y nos pierdes a todos con la ocasión, seguramente la última que se te presentará.

Flora, caídos los brazos, ofrecía humilde las mejillas sin rechistar. No se defendía ni disculpaba, cual si lo tuviera por inútil empeño. Sólo llegó a decir entre dos brochazos:

—En la caseta vecina a la mía entra todas las mañanas y a la misma hora que yo...

—¡Ah! ya sé —interrumpió la señora,— la viuda, esa rubia tan hermosa que ha traído una revolución al balneario.

—No sé si es viuda: es esa rusa que llaman Wanda, tiene muchas efes en el apellido y luce dos solitarios como dos soles.

—Vive en el *Hotel de Nápoles*—apuntó don Navigio,—y por cierto que ocupa los balcones principales de la esquina.

Florita asintió gravemente. Pues la rusa de

las efes y de los solitarios se bañaba a la misma hora que ella y a su lado, ¿quién sería capaz de marcar con fijeza matemática la dirección de los gemelos susodichos? si ambos objetivos estaban dentro cabalmente de la misma visual, ¿quién se atrevería a afirmar si era Flora o era Wanda a quien miraban? Flora, modestamente, con su pesimismo de desengañada, se inclinaba a lo segundo, y esto puso de mal humor a misia Loreto.

—Calla y no tientes al diablo—exclamó alzándose con los utensilios de tocador;—a la banda que *él* mira es a la tuya, no lo dudes, porque basta que dudes para que, con tu pachorra, se lo lleve todo la trampa. ¡También a esa pájara de Rusia se la podía haber ocurrido ir a refrescarse la cola a otro sitio!

Se llevó sus potingues, y don Navigio quedó frente a la imagen sin decir palabra, con la tal (a quien se había permitido echar miraditas pecaminosas en complicidad con don Gabino) atravesada en la garganta. Flora tenía razón: Don Navigio habría jurado que los gemelos de... de *él*, como cañones de tiro rápido, disparaban ardientes efluvios sobre la ondina extranjera, que en la playa marplatense exponía sus gracias provocativas.

A todo esto, la sombría Flora callaba también, olvidada, acaso, del tema importantísimo en discusión. Y de pronto sonaron golpe-

citos en la puerta del pasillo, y antes que nadie autorizara la entrada, asomó su preciosa cabeza de diosa modernista Ernestina Asnabal, diciendo alegremente:

—Con permiso... ¡Están solos! entren ustedes.

Dió paso a sus acompañantes, que eran el esponjado caballero Pares y su hermano Gabinito, y ante la amistosa irrupción, encantado, don Navigio plegó dos o tres veces el espinazo: ¡adelante! ¡adelante! ¡tantas gracias por el favor! ¿Florita? pues ahí estaba tan famosa, sin rastros de jaqueca y dispuesta a bajar para el concierto, ¡ya lo creo!

Mientras Flora y Ernestina se saludaban y hablaban entre ellas, don Navigio se dirigió a aquellos caballeros y les ofreció los mejores asientos, liándose en porfiadas cortesías; Rómulo no quiso sentarse, y con las manos en los bolsillos del fresco pantalón de dril correctamente planchado, con una gardenia en el ojal de la americana de lanilla azul y sus bigotes borgoñeses, dió en pasear, como impertinente pavo real seguro de su hermosura. Y al rumor de las voces apareció misia Loreto. ¡Jesús! ¡qué tempestad! ¡qué entrevero de manos, de miradas y de frases amables!

Radiante, satisfecha de hacer los honores de su salón como en los mejores tiempos de su apogeo social, misia Loreto se excedió en las

muestras de su galantería: tocó el timbre y mandó al maestresala que subiera champaña, *sandwichs* y *masitas*, y cuando todo esto fué presentado en bandeja de metal, hizo descorchar dos botellas y ella misma dió las copas a Florita para que las ofreciera a los caballeros, y a don Navigio la que ofrecer debía a Ernestina, con tal aplomo de directora de escena, que se revelaba maestra consumada.

Los convidados pretendieron excusarse, pero se rindieron a su insistencia. Y Rómulo y el joven Gabino y Ernestina aceptáronlo todo, sin parar de charlar y de reir.

¡Gracias a Dios que lo de la jaqueca de Floria había pasado! Abajo la esperaban, y ante el temor de que siguiera mala, sus amigos acordaron delegar la comisión de que eran modestos miembros.

—¡Tantas gracias!—decía misia Loreto;—son ustedes muy amables... Florita, llena la copa del señor Asnabal... ¿Ótra *masita*, Ernestina?

—¿Saben ustedes de cuántos grados disfrutan en Buenos Aires?—saltó Gabino,—38 y décimas.

¡Qué horror! ¡cómo podían resistirlos! infelices de los que no salían de aquel horno por sus ocupaciones o su falta de medios.

—Nosotros—declaró don Navigio—pensamos permanecer aquí hasta abril, tranquilamente.

—Pero, ¿no dicen que va usted a la Corte Suprema?—preguntó Rómulo. — Casuso es el que ha traído la noticia.

—Es posible—contestó Soto, pavoneándose con la copa en la mano;—grande empeño en ello tiene el Presidente; pero yo no me decido: mucha responsabilidad, mucha esclavitud...

—Hay que sacrificarse por el país—intercaló misia Loreto, — y tú te sacrificarás, como siempre, Navigio, sobre todo dada la insistencia del Presidente y de sus amigos.

—¿Saben ustedes que ya estamos enterados de quién es la rusa?—dijo Ernestina;—¿y por quién? por Casuso, que es el mejor polizonte. Apenas ha llegado y ya lo averiguó todo.

—Casuso, cuando no sabe una cosa, la inventa—intervino negligentemente Rómulo; — no hay que fiarse de sus informes.

Las damas protestaron: era un hombre encantador, divertidísimo, irreemplazable; luego, inofensivo, de una bondad a toda prueba, amigo que jamás estorbaba ni molestaba, tan útil que no cabía más, y para esto de traer y llevar noticias un verdadero lince. Lo cierto es que, hasta hoy, nadie sabía quién era la tal rusa, y en menos de dos horas don Valentín tenía la filiación completa, según a continuación se expresa: natural de Polonia; estado, casada a medias por incompatibilidad de caracteres;

profesión, sus labores... musicales, canta admirablemente; moralidad irreprochable, sí, señores, así como suena, irreprochable, y que se atrevan a decir lo contrario los conquistadores de la Rambla, ¿verdad, doctor Soto?

—¡Por Dios Ernestina!—exclamó don Navigio, más encendido que nunca;—yo no pongo en duda los informes del señor Casuso. ¿Por qué tiene usted la picardía de señalarme como incrédulo respecto de la virtud, que yo reverencio, de esa señora polaca?

—Por nada, no se alarme usted—contestó la maliciosa;—papá es también del número de los crédulos, y aquí el único que duda, me parece, es el doctor Pares.

—Ni dudo ni me importa—declaró desdeñoso el interpelado;—crea usted que no me interesa absolutamente esa señora Wanda.

Hablaba como el que harto está de perdices, y tan harto como él debía de estar Gabinito, porque no concedía mayor atención al delicado asunto, y su cara fatigada, de cuarentón corrido, sólo expresaba el tedio y el desaliento. Los dos se volvieron a una pregunta de Flora, que se les había acercado, y se animaron, se rieron mucho, con carcajadas casi groseras. ¡El demonio de la Sotita! y qué gracia sutilísima tenía, ¡cómo sabía, cuando lograba desvelar el semblante de aquella nube de sombras, cómo sabía decir las cosas y presentarlas con finu-

ra deliciosa! La risa sacudió los brazos de ambos e hizo temblar las copas, vertiendo el vino, que ella con la mano acudió a recoger para mojarse la cabeza, «porque traía suerte»...

—¿Es usted supersticiosa?—preguntó Rómulo, dejando humedecer sus dedos en el *agua bendita* que ella le ofrecía.

—Según la hora y el humor—dijo Flora.

Y tendió a Gabinito y a Ernestina la mano empapada en el líquido azucarado; y creció la chacota cuando don Navigio expuso su calva a aquel bautismo de fortuna, muy a gusto.

Ernestina preguntó:

—¿Cuándo vamos al Faro?

¿Cuándo? hubo diversas opiniones respecto del paseo al Faro. Unos señalaban tal día, las damas deseaban que fuera en día nublado; se recomendaba que no se perdiera la tanda de días apacibles que llevaban, pues ya se sabe que en Marplatina el tiempo es descortés y guarda las menos consideraciones posibles con los bañistas, y citábanse dos detalles importantes: una buena merienda y la guitarra de Casuso; a Casuso sin guitarra no se le admitiría de ninguna manera, para que hiciera oir su nueva composición musical, *Tristes recuerdos del bien perdido*, en tiempo de mazurka.

Chisporroteaba la conversación, como el champaña en el fondo de las copas, y entretanto los ojos de Ernestina vigilaban el grupo de

Flora y de los dos caballeros, cuya atención monopolizaba con su pegajosa labia y sus mimos de solterona revenida. ¡La muy facha, tan escurridita, y tan pintada! ¡qué cuidado tenía de no acercar los labios a la copa! como que se dejaría en ella todo el colorete. ¿Qué particularidad la notaban aquellos papanatas, que no se despegaban de su lado? Aunque huía de la luz, como el enemigo malo, el más ciego veía que se estaba cayendo de vieja...

Hay, indudablemente, impuesto por la larga cohabitación y la comunión de gustos y de afectos, algo que podría llamarse telegrafía sin hilos entre el marido y la mujer, una comunicación intelectual perfecta, transmisora de los pensamientos del uno a la otra sin el recurso de la palabra; pues bien: en esta manera muda de comunicarse y de entenderse, don Navigio y misia Loreto sabían inspirarse mutuamente las ideas que al magín de cada uno asaltaban, a veces por medio de señas y a veces sin seña alguna. Magnífico receptor el cerebro de don Navigio, reprodujo con fidelidad todo lo que en el de misia Loreto llegó a impresionar durante el transcurso de la agradable visita, y cuanto salió por su boca fué el eco de lo que pensaba su mujer, transmitido por la vibración de las ondas de la simpatía, ideas risueñas todas, rellenas de esperanza.

—Esto marcha, Navigio—pensaba misia Lo-

reto;—la misma visita lo denuncia, el interés sin disimulo, el plantón, el diálogo animado... Al pobre se le cae la baba con Florita, admira su ingenio, y, como ya no es un pollo, quiere mujer de fundamento y de verdad. Ríe, Navigio, como yo; muestra el contento que nos retoza. El cielo se abre y nos sonríe con sus celajes rosados... Mírale cómo le habla, la escucha y la sigue por donde ella quiere llevarle, prendido y rendido ya.... Córrete, Navigio; di que tú pagarás la merienda y los coches, y hasta la guitarra de Casuso, si hay que pagarla. Muéstrate espléndido, o todo lo perdemos; sacrifiquemos el último centavo en la campaña. Así como has pagado el refresco, paga lo demás.

—Por supuesto que yo pago la merienda—articuló la boca de don Navigio, reproduciendo los pensamientos de su mujer—y cuanto haya que pagar; el paseo lo doy yo, y ustedes no se negarán a ser mis convidados.

—Que se pague a escote, a la inglesa—propuso Gabinito.

—Di que no, insiste—pensó misia Loreto.

—Nada, nada—reprodujo la boca de don Navigio;—yo pago, y no se hable más del asunto. Iremos el primer día nublado, para mayor gusto de las señoras, y se buscará una guitarra.

Eran las dos de la tarde; el concierto habría empezado ya, y como las de Soto tenían que prepararse, las visitas se excusaron, se des-

pidieron y salieron atropelladamente, con *hasta luego* sin fin ni medida. Misia Loreto empujó a Florita; había que cambiar de traje por la tercera vez en el día, y aun faltaba la comida, y si había baile para el baile; estaban como los cómicos en el dichoso balneario; pero, ¡con cuánto gusto soportaba ella estas fatigas de la vida elegante! Y su alegre pensamiento espoleaba al marido para que él también se mudara de ropa; ¡claro, no iba a bajar de batín y en zapatillas!

¡Plam! se cerró la puerta y empezó la guerra de llaveros, baúles, armarios y gavetas; en la sala vacía, en cuya consola central yacían las copas a medio consumir, las botellas humeantes aún y las truncadas pirámides de emparedados y de pastas, se oía la batahola vecina, voces de socorro a la camarera, el alborotar del timbre, la busca rabiosa de objetos extraviados, la sofoquina de la falta de tiempo, la conspiración de broches insubordinados, o cintas que cuelgan, o lazos que no se anudan bien, la aguja que hay que enhebrar, puntada que dar y desavío que corregir: toda la prisa angustiosa de última hora, que agravan los propios nervios.

Buen espacio de esta brega iba corrido cuando reapareció en la sala don Navigio con traje primaveral, que le rejuvenecía notablemente; y zancada va, zancada viene, midió la habita-

ción no sé cuántas veces... ¡Pero, Loreto! ¡estas mujeres! ¿no acabarían de prenderse y emperifollarse? Daba golpecitos impacientes en la puerta, las azuzaba, las importunaba, y misia Loreto le respondía de allá adentro:

—Déjame en paz, ¿no ves que este pliegue del vestido es preciso recogerle? la camarera es una torpe, no sabe ni enhebrar una aguja... También se me ha perdido la chalina crema; ¿sabes tú dónde he puesto la chalina crema? estará en el fondo del baúl seguramente... Si todo fuera ponerse los pantalones como tú...

Al cabo de Dios te salve aparecieron las dos damas lujosísimas y sofocadas, y todo era remirarlas don Navigio para juzgar, para anticipar el probable juicio del público. ¿Qué tal? ¿qué tal? Y don Navigio guiñaba los carnosos ojillos, satisfecho de que bajo tan rico disfraz nadie pudiera conocer a la arruinada familia de la calle de Río Bamba.

—Mira qué bien está Florita—indicó misia Loreto, enfundando con mucha prisa los mitones de seda blanca;—anda, Florita, da vueltas para que te vea tu padre.

Flora dió vueltas por la sala gravemente, pasó y tornó a pasar, modelo de modisto parisién, en cuya triste seriedad se advierte la pesadez de la tarea y el desprecio de las galas prestadas, y con lentitud mecánica fué a detenerse delante de un espejo de estos que llaman pajes,

y que en la sala no se sabía qué pitos tocaba, si no era capricho de huésped o decoración de fonda. En él podía contemplarse de la cabeza a los pies, y se contempló detenidamente, severamente, primero el vestido, de precioso *fular* con florecitas, tan bien entallado que no hacía un solo pliegue; luego la gorguera de encajes, que descubría la garganta y algo del seno, todo lo que el pudor consentía; en seguida el peinado, un bosquecillo de rizos ceñido por el aro de oro, y por último el rostro, del que la habilidad de la madre había intentado borrar los años... ¡Ay! ¡era inútil, completamente inútil! las vejigas de los párpados, la descarnadura de las mejillas, el marchitamiento del cutis, advertíanse debajo del revoque. ¡Si parecía una máscara, si estaba horriblemente fea! ¿por qué la obligaban a hacer aquel papel de niña en estado de merecer? la juventud es como el ingenio; no se puede falsificar sin que el artificio y la mentira se denuncien por sí mismos, cómplices que confiesan paladinamente y se entregan al primer ataque del fiscal, la luz.

Toda su amargura de solterona convicta se condensó en un sollozo, y dejó correr sus lágrimas, teñidas de albayalde, de carmín y de grafito; y así como el agua destruiría el bonito castillo de almidón y azúcar que el confitero adornó de cuadros, arabescos y festones, la efíme-

ra compostura de misia Loreto se deshizo, cayó el antifaz juvenil, y los treinta y cinco años de Florita se revelaron insolentes. Consternada, misia Loreto miró a don Navigio, don Navigio miró a Florita, y Florita, porque no la miraran y por no verse en el espejo, se ocultó la desdichada cara con el pañuelo, y así se consumó la obra de destrucción que iniciaron las lágrimas, tan abundantes éstas, y acompañadas de sollozos cada vez más ruidosos, que la borrasca histérica parecía de mayor intensidad que otras muchas.

—Buena la hemos hecho—pudo decir misia Loreto, arrojando sobre la consola los mitones de seda ;—tú estás loca o poco te falta ; ¿cómo bajamos ahora? bonitos te habrás puesto los ojos... Si quieres, irá Navigio a pedirle prestada su cara a Ernestina. ¿Qué te ha dado?

¡Ay! ¡que siempre había de ser la misma! ¿y por qué? ¿qué había pasado? ¡después de aquella visita expresiva y alentadora! ¿la dijo *él* algo desagradable? ¿la demostró desvío? ¿en los apartes recientes hubo alguna frase o gesto que la molestara?

Y entre sollozos Flora contestaba que nada había ocurrido : que, al contrario, *él* se mostró gentilísimo y deferente... muy cortés, demasiado cortés. ¡Pero, era inútil, completamente inútil!

Como las actrices viejas que hacen papeles de

ingenuas, por más arte que desplegara, la realidad la pondría en ridículo ante el público. Y antes de recibir una silba, ¿no era mejor, de buen grado, reducirse al rango de característica?

—¡Dios mío de mi alma!—exclamó la madre.—¿Qué dices? ¿qué mosca te ha picado?

Flora puso la mano sobre su corazón, aquel corazón que el orgullo había perdido y los desengaños castigaron esterilizándole.

—Por aquí no pasa nada—dijo Flora,—nunca sintió nada, y no le creo ya capaz de sentir: es un reloj viejo, descompuesto, que no da la hora. Las almas, ¿me entiendes, mamá? a su paso por la tierra, en la obligada vagancia de su peregrinación, se encuentran una vez, una sola vez no más; sin duda, yo encontré mi gemela, no la vi, no me detuve, y perdí el rastro para siempre. Acaso, no me inspiraba el amor; acaso, no la merecía; ¡qué sé yo!

—¡Para filosofías está el tiempo!—interrumpió ásperamente misia Loreto;—mientras tocan los músicos en el casino, pretendes tú ahora darnos un solo de violón. Si estuviera en mi mano rebajarte los años, te rebajaba treinta de golpe para pegarte treinta azotes. ¿Qué dices tú de esto, Navigio?

Don Navigio, aburrido, dijo que cada mujer era un caso clínico distinto, y, desgraciadamente, el de Flora parecía el caso más raro que po-

día darse. Aunque de malísimo humor, la señora trató de convencer a la desesperada, que sería muy posible que el alma aquella errabunda que ella dejó volar sin decirla al paso ¡ por ahí te pudras ! fuera la misma que en Marplatina se encontraba y acababa de echar con ellos unas copitas, prueba de que era una buena alma y bien nacida ; que se calmara un poco, que se refrescara con agua los ojos, y previos los toques y retoques consabidos, nadie descubriría el estropicio causado.

—¡ Mamá, mamá ! — gimió Flora,—¡ que me vengas con bromitas a estas horas !

Lo mejor, lo razonable, era abandonar en el primer acto la comedia, quitarse los disfraces, vestirse de lo que eran, de pobres vergonzantes, y volverse a Buenos Aires callandito. En Buenos Aires, cambio radical de vida : suprimido el coche, suprimido el teatro y la modista y todo lo que no podía sostenerse, todo lo que por superfluo y por inútil les llevaba velozmente a la perdición ; que el lujo no es una necesidad, es un vicio. Si el Presidente cumplía su palabra (y ella no fiaba en palabras presidenciales), mejor ; con el sueldo del papá se cubrirían los créditos poco a poco, y se iría tirando como la discreción diera a entender ; si no la cumplía, ella se pondría a trabajar... sí, a trabajar de institutriz, de tenedora de libros en un comercio, de telefonista... ¡ La

hija del ex ministro y senador doctor Soto, de telefonista! ¡trin, trin, trin! ¿quién habla? *¡allez!* Central, comunicación con el número tantos... ¡trin, trin, trin!... ¿Y qué? ¿no trabajaba en casa como una criada? ¿no sabía hacerlo todo a la perfección? Ciega un día, atacada de megalomanía como muchos, sintióse curada por milagro, fuerte y sana para arrostrar el embate del mundo, no ciñéndose cobardemente, mujer débil, el salvavidas del matrimonio, difícil ya de conseguir para sus medios, vanidad, ambición e ilusiones a un lado, sino abroquelándose en el trabajo. ¡El matrimonio! ¿no queda otro refugio a la mujer? ¿y las que ya no son jóvenes, o dejaron de ser bellas, o no disponen del dorado anzuelo que todo pez humano está siempre pronto a tragar? atadas, prendidas y amordazadas por el pudor, los miramientos, las conveniencias, el qué dirán, sin voz, ni voto, ni derecho alguno, ¿qué les queda que hacer ante el desvío del hombre? entre la religión y el trabajo, ¿qué escoger? ¿por qué decidirse? ¡Pues ella, valientemente, llegado el caso, escogería el trabajo!

Misia Loreto, a disparates tan gordos e inoportunos, no supo contestar, sofocadísima. ¿Y qué contestar también, si saltaba a la vista que cuanto estaba diciendo era puro delirio, efecto del tremendo acceso que le había acometido de pronto? Porque, aunque fué siempre de ex-

traño humor, pecaba más de reconcentrada y metida en sí misma que de oralista, y jamás anunció tales desalientos y aprensiones. ¿A qué son salía ahora con tal registro? ¡Dios mío! ¿estaría loca? A su edad, en su estado... Tan extravagante máquina de desatinos, apenas la concebía una cabeza a la que no faltara ningún tornillo. ¡Marcharse de Marplatina callandito; mudar en Buenos Aires de vida, como los criminales empedernidos; ponerse de telefonista... ¡Virgen santísima de Luján! ¿estaría loca?

—Florita, hija mía—suplicó la señora;—cálmate, dejaremos el concierto para otro día... Esta noche, si no quieres bajar a la mesa, no bajes... Mañana se te pasará... Vapores, los nervios, el tiempo, a todo hay que atribuir la razón de tu actitud, menos a motivos reales... Tienes demasiado talento para pensar lo que has dicho... Las exigencias sociales son grandes, son tiránicas, y hay que sucumbir antes que vulnerarlas... No discuto, no; ahora hablo yo; ¿o me niegas la libertad que para ti te tomas?... La hija del doctor Soto, si no encuentra marido que la mantenga en su posición elevada, o no consigue su padre poder continuar manteniéndola en ella, debe ocultarse, debe desaparecer de la vista de cuantos la conocieron... En esto no valen los paños calientes... Tu padre, segura estoy, piensa como yo.

Don Navigio, puesto de espaldas, se enco-

gió de hombros. El no pensaba nada, bastante aburrido estaba de aquella escena. ¿Quién hace caso de extravagancias?

Y Flora se encaró con su madre, cesando de pronto en el hipar lastimero.

—Está bien, mamá; no lo olvidaré. Me ocultaré... tan hondo, tan hondo, que no me encontrarán. Entretanto siga la comedia, y gracias por haberme permitido retirarme unos instantes de la escena.

Sonrió al levantarse, y añadió que iba a quitarse las galas para descansar. Misia Loreto se acercó a besarla; la limpió con mimo los chafarrinones que las lágrimas habían distribuído por acá y por allí, y se dispuso a acompañarla. La desnudaría ella misma, y la metería en la cama; la daría tila, y no se separaría de su lado hasta que se durmiera, como cuando chiquitita. Y a la mañana siguiente ya estaría buena, sin sombra de ideas ridículas, libre de la maniática ventolera de contarse los años, de creerse fea y de condenarse al limbo de las solteronas.

—Lo que yo siento es la sofoquina que hemos pasado para vestirnos—agregó,—y el plantón de los amigos... Baja, Navigio, y diles que ésta se ha puesto enferma. Diles que no es de cuidado, para que no se alarmen.

Silencioso, don Navigio cruzaba la sala en son de cumplir el mandato, después de echar

una mirada melancólica a las descorchadas botellas, que parecían burlarse de su estéril rumbosidad, y como bajara los primeros escalones, oyó que Flora repetía a misia Loreto :

—¡ No lo olvidaré, mamá, no lo olvidaré !

III

Aunque Rómulo y Gabinito se acostaban a las tantas, hipnotizados en la sala de juego desde que la familiar tertulia concluía por el cansancio de las damas, hasta que la mala suerte o el excesivo desgaste nervioso les mandaba recoger, eran ambos muy madrugadores en Marplatina, y no por virtud ni por higiene, sino porque de nueve a diez tenía lugar en la playa la exposición de pantorrillas al desnudo y de formas veladas con discreción mayor o menor, y de tan ameno espectáculo gustaban de disfrutar sentados, cuando no se bañaban, en sitio estratégico y junto a la orilla del mar, en estas a modo de garitas de mimbre, al resguardo eficaz del viento, cada uno con sus gemelos de teatro ; y aun en esta afición, en que la ociosidad tenía más grande parte que el gusto, mostraban el poco calor que el agotamiento pre-

maturo, propio de almas estragadas, a las que mueve apenas la pimienta de lo nuevo, ponía en todas sus acciones de aristócratas.

Fumaban, miraban, charlaban, bostezaban... Más bostezos que ideas salían por sus bocas desdeñosas, mientras el mar revolcábase a sus pies, y cuando el entumecimiento del espíritu les amodorraba, hartos de flechar pantorrillas y caderas, desplegaban los periódicos del día, espigaban la nota escandalosa, que no siempre satisfacía al paladar perverso, y con los ojos pegados al papel se olvidaban, se dormían, aletargados por la pereza, en la confianza de qué el mundo seguiría dando vueltas y la patria andando su camino seguro, sin haber menester de su activa e importante ayuda, ajenos los dos al poético paisaje que nada les decía, y si algo les dijese fueran voces en el desierto de dos almas.

Dormían, pues, cuando no bostezaban, apuntando el anteojo o abriendo y cerrando la petaca, encendiendo y tirando al agua los cigarrillos, sin fumarlos, aburridísimos; y una de estas mañanas, precisamente la del día siguiente a aquel cuyos sucesos en las anteriores páginas quedan consignados, en la playa del *Manchester* los dos amigos, dentro de sus garitas de mimbre, bostezaban más que nunca, teniendo ya agotadas las respectivas petacas y el almacén intelectual, que a poco hablar aparecía ba-

rrido; por el objetivo de los anteojos habían pasado hermosos palmitos, regulares y feos, senos prominentes y escuálidos, caderas redondas y puntiagudas, pantorras gordas y flacas; habían pasado las cuatro chicas de Asnabal, Florita Soto, la rusa Wanda... Y Rómulo y Gabinito bostezaban. La mujer es siempre igual; todas saben a lo mismo, como las ostras. *Plus ça change...*

Gabinito pronunciaba el francés muy mal, pero se jactaba de que en París no trató mujer alguna que no le entendiera. Y las trató de todas clases y de todos colores. Así estaba de indigestado.

—*Plus c'est la même chose*—terminaba su axioma entre dos bostezos;—sí, sí, yo he probado pescados y mariscos, cuantos Dios crió, en su salsa regional, y todos me han parecido una misma cosa, insípidos, a pesar de picantes y de especias; lo que no he probado hasta ahora es arenque seco; ¿qué tal son los arenques, Rómulo? mírale las piernas a la Sotita: no son malas, te digo que no... Cuando sale del baño parece un perro de aguas. Y, sin embargo, a mí me gusta la Sotita.

Rómulo, con despectivo gesto, alzaba los gemelos. ¡Ca! dos palillos de tambor. ¡Si era realmente un arenque! no tenía más que el aquel de su cháchara y los gastados recursos

para atrapar al marido responsable que buscaba.

—Según... A veces parece que todo su juego escénico va enderezado a ese objeto supremo; otras, deja entrever su desencanto, los pasados desengaños, y como cultiva sus teorías feministas, no sé si por convicción o porque están verdes las uvas, habla del matrimonio con desprecio. Dice que la mujer no necesita del hombre para nada; que el día que logre romper las ligaduras que la sociedad le ha impuesto, inmovilizándola como a momia egipcia, y adquiera el uso libre de su voluntad, que ella llama los brazos del espíritu, nos impondrá la ley y nos meterá en un zapato. ¡Es deliciosa! y mira, precisamente por ese aire extraño suyo, esa nube en que gusta de envolverse como en un tul, que rechaza la burla y lo deja a uno sin saber qué pensar, me hace más gracia... Es un arenque con mucha sal.

—A tu disposición está—dijo Rómulo riendo;—¿crees que te va a resistir? admiro tu apetito... A mí me revienta la tal Sotita; se las da de sabia, una mona sabia que llevan a bailar de fiesta en fiesta los titiriteros de los padres, con fines lucrativos, por supuesto, y que tiene trazas de bailar a latigazos. Saluda, Gabino...

De la caseta más cercana, de pie en la puerta, con la amplia capa gris y el gorro de hule amarillo, Flora les dirigía graciosos meneos de

cabeza, antes de entrar, y ellos se levantaron, se descubrieron, hicieron una gran reverencia.

—Pobrecita — dijo Gabino arrellanándose de nuevo ;—si supiera que en este momento la maltratabas... Sin embargo, cuando estás con ella te acaramelas.

¡ Qué disparate ! no debía temer que él le hiciera la competencia... Le entretenía, sí, y hacía reir, sobre todo cuando salía con aquello del alma perdida ; ¿no le había contado el cuento del alma perdida? leyenda que ella fundaba en una costumbre de la antigua Grecia... Decía que así como entonces encerraban en un cuarto obscuro a los jóvenes de ambos sexos que deseaban contraer esponsales, y cada cual sujetaba a cada cual sin saber a quién escogía, teniéndose solemnemente por novios a los que mutuamente y a tientas se habían atrapado, continúa imperando en el mundo semejante costumbre, y, en general, el matrimonio no es más que el juego de la gallina ciega. Ella, cuando le tocó su turno, no supo sujetar bien al que la estaba destinado, y esta es la hora que no le ha encontrado todavía. Algo tarde, añadía Rómulo, para encontrarle, si es que el corrido Asnabal no se ofrecía gustoso a que la Sotita le pusiera la mano encima ; que él por su parte acariciaba otros proyectos, también matrimoñescos, y no a tientas, como los griegos aque-

llos, sino con los ojos muy abiertos y a la luz del sol.

Enarboló los gemelos para ver cómo salía del agua Ernestina en aquel momento, apoyada en el bañero Batistone, Venus que de su concha de espumas arrebatara al feo Vulcano, y todo el tiempo que desde la orilla a la caseta duró el paso del astro no quitó el impertinente aparato, paso de mucho movimiento, por cierto, acompañado de risas, gritos y alarmas generales.

—Ahí sale la rusa — exclamó Gabinito;— ¡qué mujer!

Rómulo bajó los gemelos. Y Gabinito se volvió para interrogarle acerca de esos proyectos, confesados, sin duda, en broma. ¡Cómo! Y la Schlingen, ¿le daría su real permiso? No era la primera boda que le había deshecho; antes de dejarle casar le ahogaría con sus hermosas manos, hembra terrible, siempre en celo, que miraba sus bigotes borgoñeses como de su exclusiva propiedad y sujetos a su capricho, para que ella les arrancara hasta el último pelo, si éste era su gusto. Y que se los arrancaba, no había que dudarlo, a la primera palabra... ¿Y la Schlingen?

Exaltóse el joven al eco de este nombre; la soberbia le inyectó de sangre los ojos, le hizo apretar los puños. ¡La Schlingen! Estaba harto de ella, hartito hasta la coronilla. ¿Quién

aguanta dos años seguidos a la misma mujer? ¡y mujer tan pegajosa, tan exigente, tan dominante! No podía más con ella; o rompían con el pretexto de que iba a casarse, o con cualquier pretexto, o con ningún pretexto. La *cornamentación*, vamos al decir, autorizada y consentida, carece de gracia, de atractivo; el amor de tapadillo, si ha de durar, para ser gustoso debe tener sus lances variados y sazonarse con temores, recelos, escondites, acechos, alarmas y picardigüelas, todo lo cual sirve de leña para conservar y aun avivar el fuego adúltero. Mas con el blando y sumiso don Federico no hacían falta tretas ni engaños; él mismo se prestaba al juego y se ofrecía al sacrificio, haciendo la vista gorda y otorgando tamaña libertad a su Adelaida, que antes que marido parecía terguindillas, pimienta y mostaza inglesa? ¡ahí gloria en engañar!

—Ya le tendremos aquí el sábado—agregó, sacando de la americana blanca una carta abierta,—y el mismo don Federico me lo anuncia: «Diga usted a los amigos que el próximo sábado Adelaida y yo llegaremos a Marplatina y nos instalaremos en *La Walkyria*...» Sí, y dará comienzo la serie de banquetes luculianos, las fiestas en que arden los pesos, y se abrasa Adelaida, y me mortifica y persigue... ¿Me has preguntado si probé yo alguna vez arenque seco? ¿Has comido jamón ahumado con salsa de

guindillas, pimienta y mostaza inglesa? ahí tienes a Adelaida: ¡te la cedo!

—¿De veras? — saltó Gabinito, brillándole los ojos mortecinos;—no lo digas dos veces, que acepto.

—¡Bah!—dijo Rómulo.

Trazó sobre la arena una raya, límite hasta donde llegó en sus relaciones con la mujer del alemán millonario, y del que decidido estaba a no pasar. Por eso acariciaba la idea del matrimonio, idea nueva, fresca, què le proporcionaría un placer no gustado, y le libraba, por el momento, del abrazo mortal de la Schlingen. Después... después, ¡la mar! Se calló, pensativo, mirándola revolcarse a sus plantas, fingiendo no oír la pregunta de Gabinito acerca de la persona que encarnaba la idea salvadora; y poco a poco la ausencia de bañistas, el silencio, el sueño no satisfecho, les obligó a abrir la boca muchas veces, en bostezos prolongados y ruidosos.

Guardaban los periódicos sobre las rodillas y no los abrían, de pereza. El mar, con húmedas razones e irritados espumarajos, les echó de allí, y lentamente, hundiendo en la arena los rubios borceguíes, marcharon sin rumbo, aplanados por la monotonía de su vida holgazana. El programa del día era el mismo que el anterior y que los pasados: ningún incentivo, acicate ninguno que sacudiera su modorra y despertara sus

nervios. Y bostezaban, descuadernando las mandíbulas.

El sol brillaba, en aquel día de febrero, como en los últimos de otoño, pálido y encubierto, alumbrando a medias el pueblo, que surgía risueño entre la luz y la sombra, mostrando sus galas de rico, nuevas y pomposas, hechas de encargo, para atraer al forastero y retenerle todo el tiempo que necesitara la piadosa operación de limpiarle los bolsillos. Por todas las calles paseaba el lujo, de bracero con la vanidad o la holgazanería, lujo de relumbrón, a veces no tan legítimo como sus compañeras, y cual mendigo que se oculta, deslizábase el trabajo, vergonzoso, en los muelles, sobre algún andamio, tras de alguna esquina, esclavo de aquel en cuyo honor estaba dedicado el templo veraniego y echaba los bofes durante la temporada.

La costumbre llevó a Rómulo y su amigo a la Rambla, y no bien dieron frente a ella, vieron venir a Eliseíto Miralta, el compinche de tapete, un mozuelo de poco más de veinte años, lampiño, narigudo, con la cara toda estrellada de barros, vestido de blanco de pies a cabeza, hijo de un honrado español que pasaba el año en apreturas por darle al hijo aquél asueto y baño aristocráticos, que él creía conveniente a su salud social, y le gritaron:

—*Ché*, Eliseíto, ¿dónde vas?

El joven se detuvo y saludó. No iba a nin-

guna parte, en verdad; después de las pérdidas de la noche anterior, no le quedaban ganas de nada. Doscientos pesos eran para él una fortuna, y si todas las noches perdía lo mismo, en pocas más acabaría el viático paterno y con él la temporada. Dichosos aquellos que no han de tentarse los bolsillos y por taumatúrgico modo los sienten repletos siempre, tan pronto vacíos como llenos de nuevo, sin que en llenarlos la suerte intervenga, sino que son como los cauces naturales de la fuente de la riqueza propia, llámese Asnabal, o Pares, o Schlingen, que en los nombres varía, pero en la eficacia es la misma. ¡Ese Casuso! ¡valiente fullero estaba! Y como los otros protestaran del calificativo con que se atrevía a denigrar al más correcto compañero de juego que podía imaginarse, el barroso mozalbete insistió:

—¡Digo que sí! lo cierto es que a usted, Asnabal, le ganó trescientos; a usted, Rómulo, cien, y a mí, doscientos: total, seiscientos pesos. Es mucha suerte para un solo hombre.

Rómulo le preguntó qué tal iban sus amores, y el narigudo dijo, con displicente ademán, que peor que el juego todavía. La misteriosa rusa era una estatua... Luego le andaban detrás todos o casi todos los bañistas, jóvenes y viejos, casados y solteros, útiles e inútiles, como traílla de perros. Dijérase que Marplatina era una isla de negros, en plena Africa, donde

el naufragio hubiera arrojado a la única blanca que vieron los naturales maravillados. No será estoy muy europeo que digamos, tal como a sangre y fuego y en un amén quiere la impaciencia nacional que se transformen usos, costumbres y caracteres; pero era la pura verdad, y para convencerse no había más que llegarse a la esquina del *Hotel de Nápoles*, donde esperaba su vuelta del baño un nutrido grupo de sus más fervientes amadores. Por cierto que entre ellos no faltaba el señor don Gabino, el doctor Soto y otras vejeces de este calibre, más decididos a la conquista que muchos jóvenes.

—¡Cuidado, que yo no entro en la colada!—advirtió Rómulo muy serio.

—¡Buena la hacíamos si entrara!—contestó ingenuamente Eliseíto;—como que salíamos todos desbancados.

Este sincero homenaje a su superioridad masculina y conquistadora satisfizo tan grandemente la vanidad del pavo real, que dió el brazo al mozuelo y le consoló de sus pérdidas ofreciéndole el empréstito que deseara, a fin de resarcirse sin necesidad de interrumpir la agradable temporada; a lo que Eliseíto daba las gracias con tal efusión, que no faltaba más que le besara las manos.

Entraron en la Rambla despacio, como quien tiene tiempo de sobra y las horas no le hostigan los talones; y apenas miraban la muche-

dumbre de desocupados, cuyas caras se sabían de memoria y aborrecían ya de tanto hartarse de verlas hasta en la sopa: por ejemplo, estaban seguros que el que venía por la izquierda era el *Pisahuevos*, y el de la derecha el *Rabioso;* el otro de más allá, el *Feón*, y el *Lohengrin*, el *Partecorazones*, el *Coloradito* y cuantos merecieron por sus defectos o cualidades el mote respectivo de la crueldad satírica de las de Asnabal, que no perdonaba, ciertamente, a las señoras; y así, una era la *Dama duende*, otra la *del Copete*, otra *la tía Cangrejo*, otra la *Militruncha*, otra *la Peregila*... ésta el más famoso elemento de todos los guisos sociales; de modo que no quedaba prójimo sin confirmar, pues en algo han de emplear su tiempo las personas mayores, ya que no pueden fabricar fortalezas de arena en la playa, con sus palitas, como los niños, o los políticos con sus programas. El toque está en pasarlo bien sin hacer cosa de provecho, que la oxigenación no resulta si no va acompañada de la huelga intelectual y del funcionamiento completo del aparato digestivo.

Entre la muchedumbre conocida se destacó el enlutado don Valentín, que, según su alegre declaración, venía del muelle de ver el desembarco del pescado, y de la playa de los Ingleses de sacar lombrices para la pesca del día; porque así que almorzara, tenía dispuesto ocu-

par las horas de la siesta en pescar con caña, el más sosegado entretenimiento del mundo. ¿Se reían? Pues, a fe, que era más divertido que la estación en la esquina de la rusa, esperando de pie que picara o no picara. Y que no picaba, ya lo había él advertido: dama muy rica, ni princesa, como decían, ni condesa siquiera, sino toda una señora, simplemente, se llevarían chasco los impertinentes que no la dejaban respirar.

Estaba muy contento don Valentín, sin duda por los éxitos de la noche anterior, y al decir aquello dió un cachete amistoso al de los barros, que no disimulaba la mucha inquina que le guardaba; luego abrió la cestita que colgada de una correa traía, y mostró la repugnante cosecha, en hirviente y carnoso montón. Buena cosecha, ¿eh? tenía cebo para todo el día. Qué tal, ¿sabía emplear su tiempo? Ellos, en cambio, ¿qué habían hecho? mirar pantorras en la playa, como si todas no fueran lo mismo, más abultadas, más secas, más blancas, más negras, más bonitas, más feas, pero pantorras al cabo.

—Vaya, amigo Casuso — dijo intencionadamente Gabino,—en algo más que en la cruel tarea de sacar de sus obscuros aposentos a esos rosaditos y azogados bichos habrá usted empleado la mañana; ¿no ha averiguado usted, por ejemplo, si el *Partecorazones* se arregló

con la inglesa o no se arregló, si el *Pisahuevos* anda más derecho y camina más firme porque cambió de calzado o se curó de los pies, y si *la del Copete* es la madre, la tía, la hermana, o qué es de *la Militruncha?*

Una de las pequeñas vanidades de don Valentín era el saberlo todo y conocer a las personas en su vida y milagros, acciones y pensamientos; algunas quiebras había sufrido por ello, según ocurre a los historiadores, desmintiéndole el rehatado personaje a lo mejor y consagrándole por más mentiroso que Merlín; pero él no se corría ni arredraba, porque más valían los fueros de su amor propio que los de la verdad.

¡Figúrense ustedes, pues, cuál sería su complacencia así que Gabinito halagó su manía noticieril! Contestó a lo que le preguntaban, de carretilla, y dió otras noticias más que no le pedían, de cuya veracidad él mismo dudaba, pero que sacaba a luz muy seriamente y con aplomo asombroso, emboquillando el magnífico puro de a dos pesos, que él no los gastaba menos, a Dios gracias. A todo esto, y andando los cuatro, entre saludo y saludo, quiso Rómulo correrle y burlarle con la noticia de la llegada próxima de Schlingen, de él solo conocida, y le preguntó:

—Diga usted, Casuso, ¿y Schlingen, cuán-

do viene? ¿cuándo comenzarán esas famosas comidas de *La Walkyria?*

—Schlingen parece que no viene este año—respondió don Valentín, tan convencido;—me lo dijo él mismo ayer en la capital... Sus asuntos, la salud de Adelaida...

—Pues llega el sábado. Carta canta, señor Casuso.

—Será resolución de última hora, doctor Pares; nuestro amigo el alemán es así; cada minuto cambia de idea o le hace cambiar su mujer. ¿De qué se ríen ustedes?

Quien más se reía era Eliseíto, muy gustoso de vengarse del que le birló sus doscientos pesos. Don Valentín, contrariado, se despidió, alegando ocupaciones relacionadas con la pesca en proyecto; mas no se lo permitieron, y con afectuosos cumplidos le invitaron a tomar un *vermouth*, santa palabra para don Valentín y suficiente para sellarle los labios y cautivarle la voluntad. Rómulo añadió que había de darle un encargo delicadísimo, de estos que sólo a un amigo tan probado, tan fino diplomático y tan hábil policía como don Valentín podía encomendarse; con lo que el hombre se entregó a discreción, recobrando su locuacidad habitual.

Cerca de la esquina del *Hotel de Nápoles* vieron los grupos que esperaban la vuelta de la señora Wanda, y les causó mucha gracia des-

cubrir al viejo don Gabino, que, con sus *mu, mu*, característicos demostraba su impaciencia. Con él estaba don Navigio y hasta ocho sujetos, diputados unos y senadores otros, mariposeando alrededor tres noticieros de periódicos, prontos a cazar al vuelo la frase del importante hombre público para entregarla al rayo del telégrafo, y un fotógrafo con su maquinita, tratando de enfocarles para obtener el consabido clisé, que había de enterar a la República de la forma del pantalón y del sombrero que gastaban sus políticos en Marplatina, agrupados en la Rambla en interesante conferencia.

Pasaron los cuatro, distribuyendo sendos sombrerazos a derecha e izquierda, y más allá tropezaron con la propia señora Wanda, qué, sin duda por librarse de los moscones, había dado un rodeo y se dirigía a su alojamiento por el lado en que nadie la esperaba. Venía acompañada de su doncella, y era una soberbia mujer, grande, bien repartida de carnes, la piel muy blanca, el cabello y los ojos muy negros, con andares de majestad admirable; vestida sencillamente, iba derecha por su camino, sin fijar la vista en nadie, antes bien rechazando el atrevimiento probable de una insinuación con gesto de dureza y energía. ¡Cualquiera se metía con ella!, como decía don Valentín. Los cuatro, galantemente, esbozaron un saludo, que no mereció respuesta, y Rómulo, herido del

desprecio, dijo que era mucho pisto para una *cocota*.

—Una señora—rectificó don Valentín, volviendo por el crédito de sus informes.

Disputaron largo trecho acerca de si era pato o gallareta, y Gabinito, que conocía a las mujeres sólo por el aire, afirmó el juicio de Rómulo, explicando dogmáticamente que lo del estiramiento y el mal gesto era el cebo con que esperaba enganchar al empresario de la temporada; cada cual pesca a su modo, unos con lombrices, como don Valentín, y otros con la seriedad de la dama polaca.

—Pues, yo digo—exclamó Eliseíto—que por esa mujer sería capaz de hacer cualquier *polacada*.

Sin parar de discutir llegaron al café que llaman de *La Perla*, y sentáronse delante de uno de aquellos veladores que, bajo el bonito quiosco, ofrecen descanso, distracción y refrigerio; cansadísimos todos, cual si acabaran de recorrer a pie muchos kilómetros, especialmente los tres jóvenes, que en la pálida y marchita faz mostraban la poca resistencia de un organismo exhausto. Vino el mozo a servirles, de mandil blanquísimo y bigotes de mosquetero, y ellos pidieron *vermouth*, *cok-tails* y *absinthe*, como llamaba Gabinito al ajenjo, y mientras despachaban sus porquerías, don Valentín con ruidoso gorgoteo de buen catador, escucharon el

mu, *mu* de don Gabino, que, acompañado del grupo de chasqueados, venía trotando, las orejas gachas y en mugidos dolorosos expresando su desconsuelo:

—Pero, ¿ha salido o no ha salido? ¿estaba en la playa o no estaba en la playa? ¿la han visto ustedes o no la han visto?

Tomaron por asalto los veladores desocupados, que no eran muchos, y sentado el viejo Asnabal, las negras manecitas sobre el esférico puño de plata de su bastón, seguía diciendo:

—¿Ha salido o no ha salido?

Entretanto, don Navigio pedía a gritos un *grog*, y cada cual el brebaje de su predilección en la extranjera parla al uso, y los mozos corrían, entraban, salían con las bandejas de metal y las copas de vidrio y las botellas negras, verdes, color de rubí o de topacio... Llevaban debajo del brazo una servilleta, que limpiaba lo mismo las copas que sus frentes, y de un extremo al otro lanzaban su alerta:—*Voilà, monsieur*... como en París, para mayor regocijo de Gabinito.

Había llegado el correo, y muchos de aquellos señores leían sus cartas, otros los periódicos, ninguno un libro, entre la animación de los paseantes, las voces de *La Opinión*, *El Cotidiano*, que daban los vendedores en la Rambla, y el atropellado movimiento de los mozos; las naderías familiares, las crónicas de socie-

dad, las notas políticas (de esa indecente política, como decía don Gabino estrujando su periódico, que lleva a las más grandes alturas y a las más hondas bajezas... menos a presidio), adquirían importancia suma, abultamiento descomunal en aquella atmósfera de dulce pereza, de estúpida monotonía, bajo la cual se persigue la criminal tarea, y muy latina, de matar el tiempo. Revoloteaban sobre los grupos las noticias sensacionales, empujadas del uno al otro por los comentarios ardientes, como mariposas de papel echadas a volar por colegiales traviesos, y don Navigio las atrapaba, presentándolas al concurso con calor y con brío que hubiera menester cuando los graves asuntos de gobierno estuvieron en sus torpes manos.

Era domingo, y poco faltaba para las diez, la hora de la clásica misa en San Pablo. El elegante desfile de damas comenzaba, y el pasar menudo y apresurado delante de la batería de *La Perla*, donde cada mirada era un flechazo, no causaba miedo ni cortedad a las bellas, que desafiaban la atención masculina, quién con el rostro, quién con el talle, quién con el traje, cuanto más admiradas más contentas, cuanto más perseguidas de los ojos insolentes más satisfechas, con el rosario y el libro, y entre el libro y el rosario el diablo muerto de risa. Antes que dejar de pasar, quedáranse en casa, por el jolgorio y la exhibición que el desfile provo-

caba. Pasaron todas, sin que faltara una sola, dejando una estela de perfumes, de belleza, de gracia y de lujo imponderable: misia Loreto, como empavesada fragata; Florita, muy gentil; la de Zaldívar, guapísima; la de Hierro, deslumbradora; las de Esteven, sorprendentes; las de Asnabal... ¿qué decir de las de Asnabal, con aquellos sombreros como paraguas, *haute nouveauté*, que se habían puesto, los risueños colores de su traje y los tules y los lazos que por arriba y por abajo se unían en gracioso consorcio, proclamando a los cuatro vientos su hermosura? Extravagantes, pero lindísimas, iban levantando polvo y admiración, y la Rambla entera, de punta a punta, se estremecía a su paso triunfal y vocinglero. Hubo tiroteo encarnizado ante *La Perla:* acribilladas de miradas concupiscentes, las cuatro amazonas respondían con dardos de soslayo, traidoras sonrisas, gestos amistosos que prendían las voluntades; y como si nada temieran del enemigo y antes gustaran de desafiarle y provocarle, las cuatro se detuvieron delante de la fortaleza masculina, ofreciendo los bustos espléndidos al fuego de los ojos. El mismo sol, que entre las nubes andaba perdido, sacó la dorada testa para verlas... Las cuatro echaron sobre el velador del papá y del hermano una frase cariñosa, como flor que se arrancaran del pelo, y

siguieron, dejando atrás los murmullos y la espuma de las aguas hendidas por soberbio navío.

Sobre el velador de Gabinito, junto con la frase fraternal cayó un dardo disparado por Ernestina, tan derecho y bien apuntado que dió en el pecho de Rómulo y le venció desde luego. Era el dardo de oro con punta de diamante, y nadie extrañará que, como en el pecho hueco de un empajado maniquí, se clavase en seguida, sin sangre ni dolor; al contrario, con tanto gusto del herido, que se levantó, balbuceó excusas y promesas de volver, y se lanzó en persecución de la hermosa enemiga, acompañado de Gabinito, que en todos los lances le servía de escudero.

A los pocos pasos diéronles alcance, y ellas se dejaron aprisionar sin resistencia, muy complacidas de que las escoltaran hasta la iglesia. Iba delante misia Loreto, quien oyendo el tropel y conociendo las voces, con la grande estrategia que la distinguía, hizo de manera de incorporarse disimuladamente al grupo perseguido, y ella y Florita terciaron en los dimes y diretes de los unos y de las otras.

¡Buenos días! ¿qué tal? ¿se había descansado? ¿estaba el agua más fresca que el día anterior? Cada uno daba cuenta de sus impresiones personales, asuntos de gravedad y de importancia, relatados y escuchados concienzudamente: el dolor de cabeza, la falta de sueño

o de apetito, el baño más largo o más corto, la temperatura más baja o más alta... Se cruzaban palabras de asombro ante un detalle nimio, carcajadas en celebración de necedades, y sin venir a cuento todo era exclamar las muchachas a cada paso:

—¡Qué horror! ¡Jesús! ¡qué horror!

La menos horrorizada de cuanto se decía era Florita, y eso que misia Loreto, por el mismo procedimiento que a don Navigio, hacía todo lo posible porque se horrorizara también. Se habló del programa del día, y todos se pusieron a bostezar como si les dieran cuerda. ¡Qué horror! si era el mismo de todos los días: después de la misa, el almuerzo; después, encerrona hasta la hora del concierto; a las cinco, a la playa; luego, la comida; luego... ¿había baile? ¡Ni eso! ¡qué horror! Felizmente, tendrían *veintiuna* en el *chalet* de Sangil, y de seguro harían saltar la banca.

Aida, Graziella y Edelmira dieron la noticia de que Ernestina cantaría en la misa del próximo domingo, y misia Loreto se horrorizó más que nunca, porque novedad tan grata la sugería la idea, a ella, que en lo de inventar pretextos caritativos para sacar los pesos al prójimo no conocía rival, de explotar la preciosa voz de Ernestina en beneficio de una obra de caridad cualquiera. Ya trazaba el programa de la fiesta, veía los días ocupados en algo, en al-

go útil, la distracción de una semana asegurada.

Las muchachas aplaudieron, menos Flora, que opuso estas razones:

—¡Mamá, si no tenemos elementos! luego, el público está ya cansado...

Y Gabinito confirmó con una gran cabezada eso mismo, que el distinguido público estaba muy cansado de *kermesses*, conciertos de aficionados y demás adefesios teatrales, rifas y sacadineros misericordiosos. Flora se lió con él en empeñado diálogo acerca de la caridad, mientras Rómulo declaraba a Ernestina que ardía en deseos de que llegara el domingo... ¡Dios mío! ¿para qué? ¿para oírla a ella? ¡qué horror! si cantaba malísimamente.

—No, no—decía el hinchado caballero,—que yo sé que lo hace usted como los propios ángeles.

¡Pobrecitos! ¡qué poco favor les hacía! si iba a tener que taparse los oídos y escapar... horrorizado, por supuesto. Acortaba el paso, entretanto, para quedar a la zaga del grupo; y como misia Loreto, en tantos años de legítima tercería, tenía una práctica acabadísima de estos casos, supo componérselas de modo que se adelantó con Aida, Graziella y Edelmira, las entretuvo, las distrajo, las mareó, dejando libre el campo a las dos parejas que, pasito a paso, seguían de palique. Volvíase tal cual vez Aida, para advertirlas que debían apresurarse porque

ya había sonado el último toque; pero misia Loreto declaraba con impaciencia:

—No hay prisa; tenemos tiempo de sobra; nadie nos corre.

¡Ay! lo que menos importaba a misia Loreto era la misa. Ella misma no lo negara, si la preguntaran; y si lo negaba, fuera porque no estaría bien que lo confesase, mas no porque en aquel momento no tuviese los cinco sentidos puestos en lo que a su espalda ocurría. Nerviosa, llevaba a remolque a las tres chicas, disputando sobre si era el segundo o el tercer toque: ya verían cómo no habían cambiado el Evangelio, y si lo habían cambiado, ¿qué? no se condenarían por eso. Otras cosas son peores. Se sofocaba con la carrera, la emoción, el esfuerzo de buscar palabras en consonancia con pensamientos distintos de los que la bullían en el magín.

Del atrio de la iglesia, adonde llegaron más pronto de lo que deseara, se dió vuelta para descubrir a las rezagadas parejitas, y en lugar del amartelado cuarteto que presumía, vió que se habían fundido en un grupo, en el que Rómulo iba más cerca de Flora que de Ernestina; con Flora hablaba Rómulo, y Ernestina parecía más contrariada que satisfecha. Era aquél un ovillo del que perdía a cada minuto el hilo misia Loreto. ¿Qué significaba el alejamiento de Gabinito y la aproximación de Ró-

mulo? Misia Loreto pegó un abanicazo sobre la palma de su mano izquierda... Acaso quería eso expresar que lo comprendía; acaso, que no lo comprendía absolutamente.

Graziella les gritó que ya estaba la misa a la mitad, y ellos corrieron riendo, cambiaron saludos en la puerta, porque ¡claro! los caballeros no tenían para qué entrar, esperándoles en el café los amigos, y se despidieron hasta luego: las damas entraron de prisa y muy sofocadas; Rómulo y Gabinito desanduvieron lo andado sin hablar, preocupado uno y otro, pero sin transmitirse palotada de lo que pensaban. Rómulo se atusaba los crespos mostachos; Gabinito miraba sus relucientes zapatos color de caramelo...

Allá, sentados delante del velador, les aguardaban don Valentín y Eliseíto, el *cok-tail* y el *absinthe*, que apenas tuvieron tiempo de catar, con grande impaciencia Eliseíto, porque, francamente, sentía muchos deseos de repetir su ración de *cok-tail*, y como era chico bien educado, no se atrevía a pedirlo en ausencia del anfitrión. Lo pidió, dando palmadas, así que Rómulo hubo ocupado su silla, y entretanto los cuatro abrían los oídos a la perorata de papá Asnabal, que, en el velador vecino, disertaba sobre las excelencias de las razas Durham y Hereford, y su superioridad incontestable sobre la Polled-Angus; la negra pezuña golpeaba la

bola de plata del bastón, y la pesada cabeza acentuaba con topetadas el interrogante habitual de sus períodos:

Después de esto, ¿se puede comparar la Polled-Angus o no se puede comparar? ¿lo he probado o no lo he probado?

Sus conocimientos *camperos*, como él decía, el aplomo de sus millones, daban mayor fuerza a su discurso, y el mismo don Navigio, que a fuer de hombre político, sobre una paja levantaba una polémica, asentía y aprobaba, poniendo a la dichosa Polled-Angus por los mismos suelos; sin duda, el espírtiu de misia Loreto, que entre un pater y un ave, allá en la iglesia, escapaba hacia el café y volvía a anudar el rezo mecánico, le soplaba al oído que no contradijera al riquísimo señor, y si a él le daba la gana de comparar los cuernos de los Hereford con los de la propia luna, dejárale en sus trece, que él nada iba ganando por cuerno de más o de menos.

—Sí que lo ha probado usted—decía don Navigio, obedeciendo al pensamiento de su mujer.—No se puede comparar, ¿qué se ha de comparar?

Esta aprobación y el silencio del círculo entusiasmaban a don Gabino, que en el panegírico de los Durham y los Hereford ponía tanto fuego cual si se tratara de miembros de su familia; entre dos interrogantes miraba las ca-

ras atentas que le rodeaban, y como el abogado de la Polled-Angus no se descubría por más topetazos y derrotes que le enviaba, seguía la taravilla, y seguiría hasta el fin de la temporada, porque el tema vacuno era de los que más preocupaban, quizá el único que preocupaba a don Gabino de esta vida y de la otra... Había allí quien le escuchaba con más atención que los demás, y era el tal Gustavo Brünn, el droguero rico que tras de la rusa andaba perdido y llevaba hechas tantas extravagancias dignas de mofa: un hombrecito regordete, muy basto, a quien las de Asnabal llamaban *el Camarón* porque era todo rojo, lo mismo de piel que de pelo, y para mayor carácter lucía una boina encarnada; alemán estimadísimo de don Valentín, de Rómulo, de Gabinito, de Eliseíto y de todos los cofrades de la baraja; gran jugador, de paradas aplastantes, de facultades inverosímiles; fresco, resistente, dueño de sus emociones como ninguno, el primero en llegar y el último en retirarse. Pues no bien vió a don Gustavo, don Gabino interrumpió a lo mejor el discurso para preguntarle:

—¿Estaba o no estaba? ¿Fué o no fué?

—¿Quién?—dijo alarmado el rojo extranjero, que en aquel momento, con tres ciclistas de sus amigos, paladeaba su copita de *gin* en el velador próximo.

—La rusa, hombre, la rusa—contestó don

Gabino aporreando el suyo con el cabo del bastón.—¿La ha secuestrado usted o no la ha secuestrado?

Hinchóse como un escuerzo don Gustavo, y el cogote y los carrillos se le amorataron de risa. ¡Vaya, que si pudiera!... Pero parecía más difícil que el andar de cabeza. Una cabra montés, una verdadera cabra montés. En medio de la baraúnda de carcajadas, el *¡voilà, monsieur!* de los mozos, las voces de los vendedores de periódicos, el trotar de los tranvías en la vecina avenida, el desfile dominguero que continuaba y el rumor del mar, pudo don Valentín hacerse oír de Rómulo esta pregunta tímida:

—Me ha dicho usted que deseaba encargarme de una comisión muy delicada; ¿qué comisión es ésa?

—¡Ah! sí—exclamó Rómulo.

Bruscamente despabilado, hizo esfuerzos para recordar lo que tenía pensado encargar a Casuso, y no dió con ello. Era, sin embargo, algo muy interesante relacionado con los planes discutidos y aprobados por sus hermanos, comercial negociación de mucha miga; duchos en la materia, sus consejos, aplicados en Marplatina según la fórmula original, parecía (Rómulo no se atrevía a asegurarlo a pesar de su vanidosa suficiencia), parecía que iban dando, lentamente, pero daban el resultado perseguido, mas no con la claridad que él exigía para apun-

tar todo su capital (su personita y su pomposo apellido) a la carta en juego. Que todo un Pares obtuviera un nones como un templo, sería cosa jamás vista ni sufrida. La sola idea le encrespaba los bigotes y revolvíale las heces de la soberbia, que como chispas eléctricas despedía por la piel... Miró a don Valentín mientras agitaba con la cucharilla el fondo de su vaso. ¿Qué intervención pensaba dar a Casuso en el asunto? Francamente, no se acordaba.

Don Valentín, con el sombrero de paja sobre la oreja, la bonachona fisonomía, de hombre servicial y amabilísimo, iluminada por el gesto más insinuante de su repertorio, esperaba en silencio. Pero Rómulo no se acordaba, francamente, y seguía meneando con la cucharilla. Entonces don Valentín abrió su cestita para poner orden en el inquieto enjambre de prisioneras... Eliseíto se enfadó por la asquerosa exposición.

—¡ Quite usted de ahí, Casuso, que le tiro a usted y sus lombrices al medio de la Rambla !

—¡ Ah, sí !—repitió Rómulo.

Precisamente una faena como la realizada por don Valentín en la playa de los Ingleses era la que pensaba encargarle : explorar, sondear, sacar a la luz pensamientos e intenciones ; él sólo podía hacerlo, y en breve había de traerle, cual los rosaditos animalejos de la cesta, los escondidos secretos que necesitaba co-

nocer para lanzarse con toda seguridad en la aventura. Habilísimo Casuso, ¿de qué no sería capaz su fineza y a qué extremos no llegaría valiéndose de la simpatía universal que le rodeaba?

Rómulo invitó a don Valentín a que se levantase, le prestó ayuda para salvar de la sanguinaria acometida de Eliseíto la inocente familia verminosa, le pasó el brazo por los hombros y le llevó más allá de *La Perla*, donde ni Gabinito, ni Elíseo, ni los demás le escucharan.

—Casuso—dijo Rómulo,—usted es un hombre discreto, listo, de confianza y de peso; es usted también un hombre utilísimo... Conoce usted a las mujeres. En esto de conocer a las mujeres, ni Gabinito, ni yo, ni ninguno de los que presumimos de conocerlas, estamos a la altura de usted, que debe de tener en la cartera de sus recuerdos personales más apuntes femeninos que un psicólogo de estós de pega, que al través de los libros y desde su gabinete pretenden viajar alrededor del corazón y explorarlo por dentro y por fuera. Lo cierto es que las mujeres le buscan a usted, le miman, le sonríen... Casusito, aquí. Casusito, allí. Es decir, que le demuestran mucha familiaridad, y seguro estoy que algunas le hacen honrado depositario de sus confidencias... Algunas, he dicho, que a las retobadas usted no se quedará corto, sondeándolas con cautela, si es su propósito, en lo más

obscuro del ánimo. Pues de esto se trata, Casuso, de esto se trata.

Le habló al oído buen rato, y don Valentín, sin parar de caminar, ya negaba, ya afirmaba, sonriendo complaciente. A veces se detenía para subrayar un «No tenga usted cuidado...», y continuaba la conferencia y el paseo, entendidos ambos completamente acerca del punto principal.

—Digo que no tenga usted cuidado—repitió don Valentín.

Lentamente regresaban a *La Perla* y se ponían muy serios, afectando gran reserva. Desde el velador Gabinito les hizo señas...

Mortal silencio pesaba ahora que papá Asnabal dejó en paz la genealogía vacuna: don Navigio bostezaba, don Gustavo bostezaba, Gabinito y su barroso compañero bostezaban... Eran las diez de la mañana, hora de actividad y de energía.

IV

EL FARO

(Cerca de Marplatina. En el centro el faro, en cuyas gradas aparecen sentados Flora y D. Valentín. A la derecha edificio de planta baja con cobertizo, la mesa de la merienda, y alrededor algunos personajes que charlan. En el fondo el mar. Tarde gris.)

PERSONAJES

FLORA.
MISIA LORETO.
D. NAVIGIO.
D. GABINO ASNABAL.
ERNESTINA.
AIDA.
GRAZIELLA.
EDELMIRA.
RÓMULO.
GABINITO.
D. VALENTÍN.

ESCENA PRIMERA

FLORA.—D. VALENTÍN

D. VALENTÍN *(rasgueando suavemente el bordón de la guitarra que tiene en la mano).*—¿Está usted cansada, Florita? no es para menos: subir treinta metros de escalera después de un viaje en carruaje bastante pesadito, y de una merienda tan suculenta, tan espléndida, como la que su papá de usted nos ha brindado...

Razón le sobra a misia Loreto en no querer subir. ¿Y para qué? para ver agua y horizonte. Yo confieso que me mareo. Las grandes alturas marean, Florita, a los que no tenemos la cabeza firme. ¿Se ha mareado usted?

FLORA.—Algo, me duele la cabeza.

D. VALENTÍN.—Fuera la guitarra entonces... *(la deja sobre las gradas).*

FLORA.—¿Por qué? si no me molesta. Al contrario. Crea usted que he oído con mucho gusto sus *Tristes recuerdos... (suspirando):* ¿quién no tiene un bien perdido que llorar?... Toca usted muy bien, Casusito; con sentimiento.

D. VALENTÍN *(muy hueco).*—Es favor... Sus elogios, Florita, como procedentes de persona cultísima y delicada, que yo aprecio en lo mucho que vale, me conmueven y colman de satisfacción. Gracias, Florita... Pues yo toco de afición, nada más; no sé lo que es una fusa ni una corchea; pero el oído me basta, y en mis ratos desocupados, que son bastantes, me entretengo sin hacer daño a nadie. La pobre Teles... mi sirvienta, una vieja sentimental... se muere la pobre Teles por oírme. Ella es la primera que aplaude mis composiciones. Porque cuanto ustedes me han oído, lo mismo los *Tristes recuerdos* que el vals lento, y aquello que empieza... *(coge la guitarra y rasguea de nuevo)*, todo es mío, absolutamente original.

FLORA.—Ya lo sé. Lástima que no se dedicara usted a la música. Ha errado usted su vocación.

D. VALENTÍN.—Desgraciadamente no hay error por mi parte. Me conozco, y estoy seguro que la hubiera dejado a lo mejor... Me falta carácter, constancia... Defectos nacionales, Florita.

FLORA.—Malo, malo. ¡Cuántos brillantes talentos no conocemos, abortados por falta de eso mismo, la perseverancia, vestal que cuida del fuego sacro y no deja que se extinga!

D. VALENTÍN.—Muchos, innumerables... Pero la perseverancia es una virtud que no todos poseen, y sin ella no hay artista... En fin, que no estaría yo destinado a emular a Beethoven o a Donicetti... ¿Toca usted algo, Florita?

FLORA.—¿Yo? tocaba el piano... cuando era joven. Ahora dice mamá que no toco más que el violón.

D. VALENTÍN *(galantemente)*.—¡Cuando era joven, es decir, el año pasado! Está usted de malísimo humor, ya se conoce... No lo traía usted así en el coche ni en la mesa, que bien que se reía de los mugidos de papá Asnabal... Y se le conoce, porque lo descarga contra sí misma, mostrando hasta en esto su bondad, pues los demás lo desahogamos caritativamente contra el prójimo.

FLORA *(distraída)*.—Esta mañana ha caído,

por casualidad, en mis manos una revista norteamericana... Estaba yo en el salón de lectura, esperando que bajara mamá... Poseo bien el inglés, y no lo digo por vanidad, sino para explicarle cómo pude enterarme de aquel artículo, ¡qué artículo!, a propósito de la educación de la mujer... ¡Y qué mujeres aquellas, Casuso!

D. VALENTÍN.—Ya, ya... Con los pies así *(haciendo la acción de medir)* y las manos así... Marimachos con faldamenta.

FLORA *(animándose)*.—Mujeres completas, con sangre, con músculos, con cerebro, con voluntad, no hechas de puro nervio, como nosotras, y adornadas con un corazón monstruoso de jalea... Mujeres que piensan, que obran, no esclavas ayer del padre, hoy del marido, del hijo mañana, sometidas desde el nacer, cuando no a la tiranía, a la tutela del hombre, tutela eterna y humillante; educadas para ser libres y saber valerse por sí mismas, no en el arte de atraer y cautivar al hombre, su protector, su dueño... ¡Ay, Casusito, qué bueno es poder decir: esta mano es mía y hago de ella lo que quiero!

D. VALENTÍN.—Pues aquí hemos entrado por el aro de esas reformas que tanto gusto le dan a usted, Florita: tenemos médicas, y en el comercio son muchísimas las que se ganan su pan sin necesidad de pedírselo a hombre ninguno, bueno ni malo.

FLORA.—Excepciones que no alteran la regla general, reducidas a determinada clase, gotas de agua... y si no *(más animada)*, sea usted franco: ¿qué diría usted si me pusiera yo... por ejemplo, es un suponer, de telefonista?

D. VALENTÍN *(asombrado)*.—¡Qué barbaridad! ¿qué había de decir? que estaba usted loca de remate.

FLORA *(tristemente)*.—¿Ve usted? pues en los Estados Unidos a nadie le llamaría la atención.

D. VALENTÍN *(con calor)*. — Observe usted, Florita, de qué clase de persona se trata. Usted descendería de su rango social... Y esto escandalizaría más que si se metiera usted en un convento.

FLORA.—El trabajo es también una religión.

D. VALENTÍN. — Sí lo será; pero asimismo no estaría bien la señorita de Soto de telefonista, y apenas estaría mal de monja. Quizá cuestión de costumbre... Por mi parte, confieso que no tengo vocación para esa religión que usted encomia. He nacido para vivir en grande, y si he de vivir estrechamente, ¿qué me importa de la vida? El vestir y el rodearse de gente distinguida son para mí necesidades primordiales; me agrada comer bien, mas esto lo coloco en segundo término: lo indispensable es lo exterior, lo que influye en el juicio y en el concep-

tos ajenos. La pobreza es desnudez que hay que cubrir por pudor, por decoro social...

FLORA. *(con amargura)*. — Sí, sosteniéndose en un pelo y sudar, sufrir porque el pelo no se rompa. Esa vocación que a usted le falta, yo la siento... y crea usted, Casuso, que muy hondo. Antes pensaba lo mismo que usted: pensaba que sin las fiestas, el lujo y las riquezas, me moriría de pena; hoy no: ¿por qué? la luz se hace dentro de uno a lo mejor, y a esto llaman la gracia de Dios... ¿Qué hay?

D. VALENTÍN.—Es misia Loreto que se ríe... Pues yo no bajo ni a tres tirones; de un pelo me agarro, y si se rompe me romperé la crisma; ¡mejor! todo antes de sujetarme a la mecánica del trabajo, más tirano que todos los hombres.

FLORA *(resignada)*.—Bueno; puesto que las costumbres, como usted dice, lo imponen, buscaremos el señor y dueño que la suerte me guarda. Sin él no tengo derecho a la vida.

D. VALENTÍN *(con intención)*. — ¡Buscarle, cuando ya le tiene!

FLORA *(alarmada)*. — ¿Yo? ¿está usted de broma?

D. VALENTÍN.—De broma es cuanto ha dicho usted, en su afición a las paradojas y al exotismo yanki. Yo me permito aconsejarle, Florita, que abandone esa clase de lecturas... La mujer es para el hombre, y para la mujer el

hombre... Dispense usted la perogrullada. No tiene salida este círculo de hierro. Así está hecho desde Adán y Eva, y seguirá así hasta la última pareja humana... Una persona tan ilustrada como usted no puede pensar de otro modo.

FLORA *(con energía)*. — Pienso que es triste cosa que sin el hombre no podamos las mujeres vivir, sobre todo las mujeres de mi categoría. Y por qué lo pienso, yo lo sé... No nos entendemos, Casusito. Doblemos la hoja, que la porfía nos llevaría muy lejos, y conste que callo muchas razones y argumentos que le convencerían a usted, empedernido vividor *(sonriendo)*, y no tome usted a mal la palabrita.

D. VALENTÍN.—Diga usted lo que se le ocurra, que no hemos de reñir. No es la primera vez que discutimos acerca del hombre y de la mujer, de la sociedad y de otros temas vulgares, pero eternamente interesantes. ¿Se acuerda usted de nuestras disputas del año pasado? pero el año pasado no era usted tan intransigente y radical como ahora.

FLORA *(pensativa)*.—¿Cree usted en los sueños, Casuso?... ¡Viera usted lo que soñé anoche! soñé que estaba acostada en una cuna, y yo, aunque crecidita como soy, cabía dentro como si fuera una niña; tenía puesta una gorra muy rizada, un babero con puntillas y unas mantillas muy largas y en fin, que era yo una

nena de pecho... ¡ah! detalle importante: el cuerpo todo lo sentía fajado de tal manera, que no podía menearme; total, que parecía yo un pequeño fardo sin movimiento.

D. VALENTÍN *(burlón)*. — ¡Ajó, nenita!

FLORA *(animándose, risueña)*. — Y siguen los disparates. Fíjese usted... ¿Ha visto usted esos relojes que por un cristal muestran la maquinaria y todas las ruedecitas, los pinchitos, los dientecitos? pues, a lo mejor que estaba yo pensando (porque aunque niña pensaba como mujer), pensando qué sería aquello y en virtud de qué conjuro había vuelto a la infancia, entra en la habitación qué sé yo qué ser extraño que traía cabeza y brazos de persona, y como persona vestía de la cintura abajo, pero el tronco figuraba una caja de cristal, al través de la que se distinguía claramente el funcionamiento de los órganos: no tenía corazón, y a mí me hizo el efecto de un reloj sin péndulo, y me preguntaba cómo diablos funcionaban los demás órganos sin corazón. Bueno. Tan pronto como entró el fantasma, rompí yo a llorar desesperadamente... Me sentí levantar de la cuna, estrechar contra el frío cristal de la horrible caja y arrebatar de la habitación ligada de brazos y piernas como estaba, muda, porque no sabía hablar, no podía valerme; asimismo, tanto lloré (el derecho de llorar es el único que nos conceden a las mujeres), que el maldito aquél me acercó su cara

de mala persona y me dijo para tranquilizarme :—¡ Soy la Sociedad !—Y ¡ zas ! me soltó y dejó caer en una sima... no sé, en un precipicio... Caía como una piedra, y no acababa de dar en el fondo... ¡ Qué angustia ! antes de llegar me desperté, molida, cubierta de sudor...

D. VALENTÍN *(sentenciosamente)*. — Los sueños, sueños son, dijo el otro, y razón le sobraba. Muchas veces he soñado yo que me había tocado la lotería... pues ¡ nada ! ; otras, que le faltaba una manga a mi *smoking* o se manchó de aceite tal pantalón de mi gusto... y ¡ mentira ! ni verdad, ni significado, ni anuncio siquiera de cosa alguna. Buscarle sentido a los sueños es dar cuerda a una caja de música descompuesta : son los pensamientos y las impresiones del día, revueltos y sonando, como las notas inarmónicas de una canción, a tontas y a locas. Anoche se acostó usted demasiado temprano, comió poco, no quiso ir a jugar al *chalet* de Sangil... Una noche tan hermosa, tibiecita, de luna llena, e hizo muy mal ; yo, su amigo, se lo digo.

FLORA.—¿ Vuelta a las andadas?

D. VALENTÍN *(con misterio)*.—Ida y vuelta, como en los trenes de recreo... Nada de bromas, Florita. Yo sé de una persona que mientras usted estaba en su cuna con su gorra de puntillas y su babero, viendo visiones, iba por la costa iluminada echando pestes...

FLORA *(con interés)*.—¿Qué persona era esa de tan mal genio?

D. VALENTÍN *(bajando la voz)*.—Una persona que la estima a usted mucho.

FLORA *(agitada)*.—¿Está aquí?

D. VALENTÍN.—Aquí está.

FLORA *(conteniendo apenas la emoción)*. —¿Su nombre?

D. VALENTÍN.—Se llama... *(la habla al oído)*.

FLORA *(confusa y desorientada)*.—No puede ser... Casuso, usted se equivoca, usted cambia los frenos, sin duda. Esa persona jamás se fijó en mí ni me dijo palabra... Es moro que anda por otras costas iluminadas por el sol de la hermosura y del dinero. Por estas costas que la luna alumbra tristemente no se ha acercado nunca más que en son de amistad. Créalo usted, Casuso.

D. VALENTÍN *(incrédulo)*.—¿A mí con disimulos?

FLORA.—A usted y a todo el mundo con la verdad pura. ¿De dónde saca usted que fuera tan disgustado anoche ese caballero por culpa mía?

D. VALENTÍN *(con terquedad)*.—Tengo mis razones para pensarlo, razones muy serias...

FLORA *(fingiendo alegría)*.—¡Bah! Usted ha soñado, Casusito, como yo con mi fantasma de cristal... ¡Qué disparate!

D. VALENTÍN *(observándola atentamente)*.—

Que no me fío... que no me fío... Y además, ¿qué habría de particular?

FLORA.—De particular, nada... pero *(suspirando)* no hay tal cosa. Nada, que se ha equivocado usted, Casusito, de medio a medio.

D. VALENTÍN.—¿Equivocarme yo? Difícil me parece. ¿Qué hacemos todos en la temporada sino ocuparnos en averiguar si la menganita con el fulanito...? El juego de los *compromisos*, como decimos por acá, con agravio de la intención y del lenguaje, es muy divertido, y por cierto que no queda señorita *comprometida* o por *comprometer*, que yo no lo sepa el primero.

FLORA.—Pues, esta vez su centro de informaciones ha perdido el crédito. ¡Cambie usted de rumbo, Casusito, y adelante con la pesquisa!

D. VALENTÍN *(risueño)*.—¡Picarona... reservadota... mala amiga!... ¿Qué? *(escuchando)* ¿me llaman? ¿no ha oído usted? ¡Casuso! ¡Casuso!

FLORA.—Sí, es en la torre. Parece la voz de Ernestina.

D. VALENTÍN *(fuerte)*.—Allá voy... *(se levanta, saluda, coge la guitarra y desaparece por la puerta de la torre)*.

ESCENA II

FLORA

FLORA *(cavilosa)*.—¡No puede ser... imposible! ¡sueños de Casuso! ¡disparates de Casuso! ¡mentiras de Casuso!... Jamás me ha dicho nada, ni con olor de galantería siquiera, porque su fatuidad lo pide todo para sí. Es de esos hombres que creen muy serios que todas las mujeres se derriten sólo de verlos... Tiene la cabeza hueca y el cuerpo de corcho. Ese, adonde va, va por algo, ¿y qué vendría a buscar cerca de mí?... Ni juventud, ni belleza, ni dinero... Si algo bueno poseo, lo llevo en el alma, y eso no lo ven sus ojos materiales. ¿La influencia política de papá? ¡qué influencia que para él mismo no sirve!... Además, y aunque no me las eche yo de policía como Casuso, me consta que anda por la otra, y en esto se muestra lógico... ¡Mentiras de Casuso! ¡disparates de Casuso! *(se levanta y va hacia la izquierda)*... Mentiras que me han trastornado un poco: en esta caza desesperada del hombre, oigo tiros y no sé dónde suenan ni quién los dispara. Siga el juego de la gallina ciega. ¡Ay! ¡qué aburrida estoy! *(se detiene, vacila y vuelve a la derecha)*. No quiero ir de ese lado, que *él*

dirá que voy a buscarle... Otro estúpido, otro hombre de corcho, necio, corrompido como el otro, no tan vano como el otro, pero hombre al fin, ¡un hombre! el sostén, el escudo, el pedestal que busco, que necesito... *(pausa)*. Mi tía de Córdoba, que vive sola, tiene siempre en la antesala de manifiesto un sombrero de copa y un bastón, símbolos de la autoridad masculina, que sirven de advertencia al visitante... *(pausa)*. ¡Dios mío! ¿por qué ha de ser esto así?... Lo gracioso es que no sé si está de ese lado o en la torre; ¡miren ustedes cuánto me interesará ese *utensilio* indispensable para la vida social! trasto por el que suspiro, mamarracho tras del cual me afano... Sin marido no soy nadie, sin hombre nada valgo... ¿Dónde andará esa fiera salvaje? aquí la espero con esta cinta de seda para aprisionarle, *(sonríe y de pronto se detiene, poniéndose muy seria)*. ¡Mamá! ¡buenas noticias le voy yo a dar de mi fiera!

ESCENA III

FLORA.—MISIA LORETO

MISIA LORETO *(llegando sofocada)*.—¿Qué haces, Florita?

FLORA.—Nada, mamá. Estábamos en la torre, y Casuso me dijo que se le iba la cabeza...

A Casuso, cuando no se le va la cabeza, se le va la lengua...—¿Si bajáramos, Florita?—Bajemos. Y bajamos y nos hemos quedado aquí charlando como dos tontos. Ahora ha vuelto a subir porque le llamaron.

MISIA LORETO.—¿*Y él?*

FLORA *(indiferente)*. — Arriba... o abajo... no sé.

MISIA LORETO *(afligida)*. — Comprendo... Necesitas de estos apartes para respirar, para cobrar nuevas fuerzas. ¡Ay! ¡hija mía! me parece que no he de quitarte ninguna ilusión si te confieso que hoy me he convencido (tarde; pero no en balde dicen que la hilacha se muestra en la intimidad) que es el hombre más grosero... ¡Mira que aquellas canciones cuando veníamos! ¿y en la mesa? ¡aquel pregonar de las gracias y las malas artes de esas mujeronas del *Moulin Rouge!* ¿y el brindis? ¿estaría ebrio? el alemán don Gustavo no lo hace peor. Todo esto será muy elegante, muy refinado... ¿Qué dices?

FLORA *(secamente)*.—Nada, mamá.

MISIA LORETO.—Muy refinado... pero, delante de señoras, la educación puso siempre un freno a la licencia. Hoy andan todos desbocados, y cuanto más, mejor... ¡Comprendo! tu cultura, tu distinción, tu delicadeza, deben rebelarse... Sin embargo, ¡hay que hacerse el estómago, Florita! la necesidad lo exige. Por eso

te aconsejo que no estés con él tan tiesa; deja que diga los horrores que quiera; cierra los oídos y sonríe, sonríe siempre. Que encuentre en ti benevolencia; ya se corregirá con el tiempo y en tu compañía de esos defectos... El hombre no puede ser ni cándido ni inocente, porque resulta ridículo... Sobre todo, Florita de mi alma *(vivamente)*, no vuelvas a poner en duda el nombramiento de tu padre; al contrario, haz resaltar su influencia con el Presidente... Porque sabrás, si *él* no te lo ha dicho o no lo has adivinado tú, que aspira a entrar en la política, quiere ser diputado... ¡Figúrate si Navigio le habrá ofrecido este mundo y el otro! pues, si *él* busca la influencia política de tu padre, ¿a qué sales echando agua fría sobre sus aspiraciones?

FLORA *(con despego)*.—Yo no, mamá.

MISIA LORETO.—Sí, acuérdate, cuando aquello de la Suprema Corte... Bueno, ésta es una advertencia nada más. Comprendo ahora tu sacrificio, tus repugnancias y desalientos y accesos de histerismo... Pero hay que llevarlo todo con paciencia. Considera que yo estoy vieja y enferma; que tu padre, con su diabetes y los apuros de su situación, no tiene cuerda para rato... ¿Qué vas a hacer sola y pobre? ¿a qué árbol te arrimarás? ¿cerca de tu tía de Córdoba, que es una beata perversa y avara? ¡los planes que alguna vez te he oído son irrealizables! Nece-

sitas, pues, un hombre... ¿Lo has pensado bien?

FLORA *(con amargura)*.—Sí, mamá, lo he pensado.

MISIA LORETO *(sonriendo)*.—Vamos a cuentas: ¿te ha dicho algo? ¿hemos adelantado...?

FLORA.—Sí, me ha dicho que mis pies le gustan mucho, que son muy franceses... Pero, no haga usted caso, que esto me lo dice todos los días con aquella gracia de su ingenio: hoy la he visto los pies (pon aquí el equivalente), hoy la he visto los pies a la Sota.

MISIA LORETO *(contrariada)*.—Es que tú no le animas... Ya sé que no puedes hablar, que debes parecer reservada; pero, dentro de la actitud pasiva de la mujer, se pueden tocar ciertos resortes. ¡Total, que hemos perdido el día y el paseo! ¿y sabes cuánto nos cuesta? cien nacionales largos, con el aditamento de las propinas, que serán espléndidas, de acuerdo con la situación que aparentamos. Y lo peor, lo peor es que de Buenos Aires recibimos malas noticias... ¡Esas cartas que le entregó Pepe a Navigio al salir! Figúrate que el del pagaré más próximo no concede nueva prórroga; el de la casa exige los tres meses de alquiler y nos desahucía... y lo más espantoso: le ha salido a Navigio un temible competidor para la Corte: ¡Eneene! ¡figúrate, Eneene, a quien todos suponían enterrado para siempre después

de su vergonzosa caída! vuelcos de la política, que es una caja de sorpresas. Navigio va a escribirle al Presidente en seguida que lleguemos... ¿Qué dices?

FLORA *(con tristeza)*. — Nada, ¿qué he de decir, mamá?

MISIA LORETO.—Vamos, que no nos echen de menos... ¡Qué día! *(se alejan rápidamente hacia la derecha)*.

ESCENA IV

D. VALENTÍN.—ERNESTINA

D. VALENTÍN *(saliendo de la torre con Ernestina)*.—¡Uf! no vuelvo a subir así me maten. ¡Qué escalerita y qué caracol más retorcido!... ¿Dónde está mi cabeza? siento un mareo...

ERNESTINA *(burlona)*.—Su cabeza la ha dejado usted dentro de la copa de champaña. No ha parado de empinar el codo... ¡Son las copitas, Casuso!

D. VALENTÍN *(fingiendo enojo)*.—¡Mala calumniadora! así paga el diablo a quien bien le sirve. ¡Cumplo yo su comisión a las mil maravillas, y como premio me llama borracho!

ERNESTINA.—¡Ay, no, Casusito, simpático e incomparable amigo! Yo no soy capaz de de-

cir una palabra tan fea... ¡Qué horror! con fieso que me he excedido en la intención y también en la cuenta de los tragos... No habrán sido tres botellas, sino dos y media. ¡Vea usted si le hago justicia! y en verdad, dos botellas y media no son para marear a nadie.

D. VALENTÍN *(amablemente)*. — ¡Parece mentira que sea usted tan linda y tan mala! Dios hizo bello al demonio, para perdición de los hombres... Pues ahora no cuento nada, y me callo.

ERNESTINA *(mimosa)*.—No, Casusito, no se ponga usted así... ¡Mire que le pellizco y le tiro al mar su sombrero! *(le coge del brazo)*. A ver, Casusito... ¡Vaya! por darle gusto diré que fué sólo media botella, y esa de agua. ¿En paz? bueno; a contar antes que vengan curiosos.

D. VALENTÍN.—A contar vamos. Cumplí la comisión que usted anoche se sirvió confiarme...

ERNESTINA.—¡Y ya me figuro con qué tacto! de frac, corbata y guantes blancos. ¡Exquisito diplomático!

D. VALENTÍN.—¿Siguen las bromas? Que confundo el protocolo, ¿eh?

ERNESTINA.—¡No, por Dios! déjeme usted ponerme seria, muy seria... ya; ¿estoy bien así?

D. VALENTÍN.—Usted está siempre bien y a

todas horas deliciosa, lo mismo enojada que alegre o triste, dormida que despierta.

ERNESTINA.—¡ Casuso, cuidado con la botella y media.... digo, con la media botella !

D. VALENTÍN.—La culpa es suya, que me trastorna y me provoca... ¿Por dónde andaba yo, señor?

ERNESTINA.—Estábamos en que habló usted con la damisela.

D. VALENTÍN.—Sí, señora, acabo de hablar, y puedo asegurar a usted que de lo sospechado no hay nada.

ERNESTINA *(alegremente)*.—¿De veras? tan seguro parece usted...

D. VALENTÍN *(convencido)*.—Segurísimo. Y lo he descubierto por un síntoma que no engaña. Al principio, se mostró confusa, inquieta, emocionada; la emoción fué subiendo de punto, y, hábilmente avivada por mí, se convirtió en agitación sin disimulo posible... Entonces aprovecho la oportunidad, y ¡ paf ! le arrojo el nombre a la cara... ¡ Como si echara agua sobre las brasas ! Se calma, se tranquiliza y lo niega tan fresca, quizá desilusionada porque esperaba oír un nombre distinto. Sin esta esperanza no se emocionara y agitara tanto. Entiendo un poco de estas cosas y creo que no me equivoco.

ERNESTINA.—Si ya decía yo que era imposible, ¡ estúpido ! ¡ Y Edelmira con su matraca

diaria! ¡Cómo voy a reirme! Le he ganado la apuesta, y sólo por ganársela rabiaba por saber si había o no había...

D. VALENTÍN *(con intención)*.—¿Nada más?

ERNESTINA *(turbada)*.—Nada más.

D. VALENTÍN.—Pues Edelmira ha visto mal. Y usted también, puesto que dudaba. Ahora yo me pregunto... *(decidido)*; ¿qué pitos la puede a usted importar...?

ERNESTINA *(bruscamente)*.—¡Señor de Casuso, que entra usted en terreno vedado!

D. VALENTÍN *(con socarronería)*.—Con el permiso de usted entonces, señorita...

ERNESTINA *(picada)*.—No hay permiso... Usted demuestra una curiosidad... agresiva. Con usted hay que estar siempre en guardia.

D. VALENTÍN *(con sorna)*.—Guardia que para mí no vale... Si conozco su secretito, encantadora Ernestina. No lo tape usted tanto, que más quiere usted taparlo, más pronto se destapa. Ya le veo la punta de la oreja, una puntita chiquitita, así...

ERNESTINA *(enfadada)*.—¡Zonzo! a que le doy un abanicazo...

D. VALENTÍN *(grave)*. — ¡No, en paz! presento a usted mis excusas, señorita... *(aparte)*. ¡Ya has caído!

ERNESTINA *(más tranquila)*. — Acabaremos por romper las amistades... Y yo no quiero, porque le estimo a usted muchísimo, le consi-

dero un buen amigo, tengo de usted un concepto magnífico...

D. VALENTÍN *(inclinándose)*. — Agradezco honra tamaña. Su amabilidad me anonada.

ERNESTINA *(riendo)*.—A ver, busquemos ese otro nombre que usted sospecha, y yo también, que la damisela esperaba... Porque, puesto que el sonado no dió en el blanco, puede que otro... otro, ¿cuál? Casuso, esta gente no da puntada sin nudo.

D. VALENTÍN.—Busquemos. *(Pausa. Ambos permanecen un minuto en silencio, con el dedo en la frente.)*

ERNESTINA *(alborozada)*.—¡Ah!

D. VALENTÍN.—¿Qué? ¿le encontró usted?

ERNESTINA.—Le encontré. Oiga *(le habla en secreto)*.

D. VALENTÍN *(dudando)*.—Quizá... quizá.

ERNESTINA.—No hay quizá ni duda posible... *(palmoteando)*. Ríase usted, Casusito.

D. VALENTÍN.—Ja, ja, ja.

ERNESTINA.—Ja, ja, ja... Ahora caigo en muchas cosas que no me explicaba; se aclaran muchos misterios... ¡Eso es! ¿cómo usted, desenterrador de secretos, inquisidor de conciencias, noticiero universal con privilegio y garantía de todos, cómo no lo descubrió antes, ni lo ha adivinado ahora que la ha tenido en su confesonario a discreción?

D. VALENTÍN *(desconcertado)*.—Poco a po-

co... Con seguridad no se puede afirmar... Luego, la conciencia de ustedes es más obscura y retorcida que la escalerita esa de mis pecados. En ella muy fácilmente se van los pies y la cabeza.

ERNESTINA.—No sea usted bobo, y confiese el espantoso fiasco: la Gaceta de Marplatina no sabe lo que se pesca... Ríase usted, Casusito.

D. VALENTÍN.—Ya me río... Ja, ja, ja.

ERNESTINA.—Ja, ja, ja.

ESCENA V

LOS MISMOS. AIDA.—GRAZIELLA. — EDELMIRA RÓMULO.—GABINITO

EDELMIRA *(saliendo de la torre con los demás)*. — Pero, ¿qué es eso? ¿de qué se ríen ustedes?

ERNESTINA.—Cosas de Casuso.

D. VALENTÍN.—Cosas de Ernestina.

GRAZIELLA. — ¡Ay! ¡qué cosas! deben ser graciosísimas.

ERNESTINA.—¡Y tanto!

RÓMULO.—Riámonos nosotros también y festejémoslas, aunque no sepamos de qué se trata. Ja, ja, ja.

TODOS, menos AIDA.—Ja, ja, ja.

AIDA.—Maldita la gana que tengo yo de reirme. La merienda y la guitarra de Casuso me han hecho daño.

D. VALENTÍN *(indignado)*.—La merienda será, que ya observé yo los muchos viajes de su bonita mano a la fuente de los pasteles.

AIDA.—Tres pasteles de mi parte, por seis botellas de la suya, no admite comparación ni equivalencia. No, Casusito, no: han sido esos *Tristes recuerdos* suyos, que se me han metido en los oídos y no se me despegan.

D. VALENTÍN.—Eso lo que prueba es la dulzura de la melodía, que penetra en el corazón como rocío celestial, como... como... En cuanto a las seis botellas, conste, y sea testigo el respetable público de la ofensa que se me hace, de la imputación calumniosa... Soy yo demasiado amigo de nuestro digno anfitrión, el doctor Soto, para atacar de tan siniestro modo sus harto mermados intereses en confabulación indigna con el dueño del *Manchester*.

GABINITO. — ¡Chis, chis! Que aquí no hay paredes, pero todo se oye.

D. VALENTÍN *(bajando la voz)*.—Además, la mayor amistad y el entrañable afecto, la gratitud diré también, que me unen y me unirán de por vida con mi estómago, oblíganme a tratarle con más consideración que esta señora princesa etíope, con música de Verdi, se permite suponer.

AIDA.—Ahora sí que me río... ¡Ja, ja, ja!

RÓMULO. — Tiene razón Casuso. Pero, advierta que si manos blancas... etcétera, tampoco lenguas femeninas ofenden.

D. VALENTÍN *(rendido)*.—Y menos esa lengüecita rosada de picaflor. Por desagraviado me doy, y rindo mis armas *(baja la guitarra a los pies de Aida)*.

AIDA. — Perdonado queda el alegre Casuso, pero con la prohición de que nos vuelva a entristecer con sus *Recuerdos*. Guárdelos para sí y para sus noches de insomnio, y no nos llene la cabeza con sus notas que chorrean miel y goma arábiga... ¿Ven ustedes? Ya me está sonando: tararí, tarará...

D. VALENTÍN.—¡Eso, eso! Tarará, tararí *(toca la guitarra)*.

TODOS, menos RÓMULO. — ¡Huyamos! *(dispersión general)*.

ESCENA VI

D. VALENTÍN.—RÓMULO

RÓMULO.—Me alegro. Ha escogido usted el mejor argumento que podía encontrarse para ahuyentarles y quedarnos solos, de modo que hablemos sin centinelas de vista, y yo rabio porque usted me cuente... Es tal mi impacien-

cia, que no podría aguantarme hasta el hotel. Ya le vi a usted con ella desde arriba: por cierto que parecían los dos, usted de negro y ella de blanco, una paloma y un cuervo: el cuervo aleteando en torno de la paloma y ésta, medrosa, defendiéndose sólo con su inocencia.

D. VALENTÍN.—Pues no hay tal inocencia ni tales palomas. Estas palomas vestidas a la moda de París saben más que una bandada de cuervos, y a este servidor son capaces de engañarle como a un infeliz *chingolo*.

RÓMULO *(receloso)*. — ¿Le ha engañado a usted?

D. VALENTÍN.—No me ha engañado; pero si me descuido me la da con queso.

RÓMULO.—Quedamos, entonces, en que ni le engañó ni se la ha dado. Adelante.

D. VALENTÍN.—Adelante... *(señalando al faro)*. ¿Ve usted ese faro, erguido, soberbio, cubierto de acero como un guerrero de la Edad Media... *(declamando)*, de los navegantes guía, de los náufragos consuelo, gigante bienhechor que sobre la abrupta costa se empina y hace llamear su antorcha en el seno de la noche, iluminando los negros abismos, las traidoras sirtes, los peligrosos escollos?... Bueno, pues figúrese usted que en vez de faro sea fortaleza, fortaleza desguarnecida, sin ballesteros las almenas, los fosos cubiertos, echado el puente levadizo...

RÓMULO *(impaciente)*. — Pero, ¿adónde va usted a parar con tanta maleza retórica?

D. VALENTÍN.—Aguarde usted: ya desbrozará usted lo necesario para encontrar el grano, que no es tarea tan difícil... Fortaleza que puede modernizarse poniendo soldados sin mauser donde dice ballesteros, fosos sin cañones, y todo lo demás que se sigue al estilo de la táctica de nuestros días. Porque vamos a suponer que un joven general, digno heredero de un apellido ilustre en los fastos militares argentinos, tiene cercada esta fortaleza y quiere tomarla; mas como no cuenta con amigos entre los sitiados, carece de datos y noticias indispensables para no marrar el golpe. ¿Qué hace, pues, el joven general? destaca un emisario de su confianza, y el emisario, que vamos a suponer también es más vivo que una chispa, llega, entra, olisquea, observa, apunta, sale, vuelve e informa así a su jefe:—Mi general, la fortaleza está tal cual he dicho a V. E., sin armas ni defensa. Yo creo que no desea otra cosa sino entregarse. ¡A tomarla, mi general!

RÓMULO *(gozoso)*.—¡A tomarla, y viva Casuso!

D. VALENTÍN.—Ya ve usted que no ha sido tan difícil encontrar el grano.

RÓMULO.—No, señor; y sobre el campo de batalla le declaro a usted benemérito de la amistad. El general vencedor, deseoso de pre-

miar al sagaz emisario que tan grande servicio le ha prestado, se honra en otorgarle...

D. VALENTÍN *(socarrón)*.—¿Una medallita?

RÓMULO *(enfático)*.—Algo más práctico, mucho más práctico... Sabe el general y le consta que el señor emisario gusta de la buena vida, de la buena ropa y de todo lo bueno, materialmente hablando, que hay en este mundo; una medalla o un cintajo le tendría muy sin cuidado; pero un sobretodo de pieles, por ejemplo, le conmovería hasta arrancarle lágrimas... Por tanto, ordena y manda que se le haga por su cuenta un sobretodo de pieles al ciudadano don Valentín Casuso; segundo, que todos los gastos hechos por el supradicho Casuso, mientras permanezca en Marplatina, sean imputados al infrascrito. Firmado: Pares... *(riendo)* ¿qué tal?

D. VALENTÍN *(conmovido y cuadrándose militarmente)*.—¡A la orden, mi general!

ESCENA ULTIMA

Los mismos. FLORA.—MISIA LORETO.—D. NAVIGIO.—D. GABINO.—ERNESTINA.—AIDA. — GRAZIELLA.—EDELMIRA.—GABINITO.

MISIA LORETO *(sale del cobertizo con los demás)*.—Me parece que ya es hora de regresar. El cielo, que ha estado muy amable con nos-

otros y por darnos gusto se arrebozó en sus nubes, puede divertirse a costa nuestra soltándonos un chaparrón.

EDELMIRA.—¡Ojalá! como no traemos paraguas, ni capa de goma, ni nada que nos resguarde, nos pondríamos empapaditos, y esto sería la salsa del paseo.

D. NAVIGIO. — ¡Alabo su humor, Edelmira! y su poca caridad. ¿Y el reuma de estos amigos valetudinarios?

EDELMIRA.—Con unas friegas y unas bayetas calientes todo se arregla. Yo me ofrezco a dárselas.

D. NAVIGIO.—Acepto desde luego y vengan todos los chaparrones que quieran.

D. GABINO.—¿Qué dice esta loca de salsas? ¿qué mejores y más apetitosas que las que nos han servido? esas perdices trufadas, ¿estaban o no estaban exquisitas? ¿y quién como el doctor Soto sabe convidar a lo gran señor, con una esplendidez que al mismo Schlingen y a cualquier potentado deja tamañitos? ¿digo o no digo verdad?

VARIAS VOCES.—¡La verdad, la verdad!

D. NAVIGIO *(modestamente)*. — Señores, no hay para tanto...

MISIA LORETO *(modestamente)*. — Ustedes exageran.

D. GABINO. — Nada, nada, que para agasajar a los amigos, el doctor Soto y su esposa son

una especialidad; ¿debemos o no debemos reconocerlo?

VARIAS VOCES.—¡Y lo reconocemos!

GRAZIELLA.—Pero, ¿en qué hociqueos está Casuso con Pares? señoras y señores: denuncio a ustedes las sospechosas andanzas de Casuso; no ha parado en toda la tarde de secretearse, primero con Florita, después con Ernestina, ahora con Pares. ¡Que se procese a Casuso!

FLORA.—Por mi parte declaro que nada me ha hablado de misterioso.

ERNESTINA.—Ni a mí.

GABINITO.—Que se procese a Casuso y sus cómplices. Me parece haber leído en un autor francés, que como francés es de chuparse los dedos, que la negativa es primer indicio del delito... No sé si dice primero o segundo; pero que es indicio lo asegura. Estas señoritas niegan, y para negarlo se ponen de acuerdo, ¡pues hay delito! que venga Casuso a declarar.

D. VALENTÍN *(desentendiéndose)*.—Déjeme usted en paz, que urge más mi presencia aquí que allí.

D. NAVIGIO.—Dejémosle. Sabe Dios lo que trae entre manos...

GRAZIELLA.—Alguna trapisonda será. Donde él anda intriga tenemos.

D. VALENTÍN *(amenazándola de lejos)*.—Que oigo, Grazita perversa. Ya me las pagará usted.

GABINITO *(a Flora)*.—¿De modo que usted niega su largo conciliábulo con Casuso?

FLORA *(a Gabinito)*.—No lo niego; lo que niego es que hayamos tratado cosa alguna de particular.

GABINITO *(a Flora)*.—¿Quién se fía de ustedes las mujeres?

FLORA *(a Gabinito)*.—¿Quién se fía de ustedes los hombres?

GABINITO *(aparte)*.—¿A qué sabrá el arenque seco?

FLORA *(aparte)*.—¡Imbécil!

AIDA *(a misia Loreto)*.—Es una lástima que no subiera usted, señora. ¡Qué vista más bonita! allí arriba da ganas de volverse pájaro, y volar y volar....

MISIA LORETO *(a Aida)*.—¡Buena estaría yo volando! ¿Ha visto usted una tortuga con alas? Y en cuanto a aventurarme en esa espiral con este lomo, habría sido temerario, porque quedo en ella incrustada y no me sacan ustedes ni a tres tirones, ni en tres días.

AIDA.—¡Ay qué gracia! es lo que dice Edelmira: paseo sin percance, leve, por supuesto, no parece divertido; un remojón, un porrazo, los caballos que se cansan, el coche que se atasca, la rueda que se rompe, son notas alegres y necesarias. ¿Se acuerda usted el año pasado cuando fuimos a la Laguna? aquel golpe de Ma-

nolo Guerra fué encantador. Yo estuve riéndome una semana.

MISIA LORETO.—¡Por Dios, no lo repita usted, Aida, que el diablo escucha!

D. VALENTÍN *(acercándose)*.—¿Qué dice la celeste Aida?

AIDA. — Digo que en nombrando al diablo, Casuso asoma.

D. VALENTÍN.—¡Mala, mala!

RÓMULO *(á Ernestina)*.—¿Va usted a regresar en la jardinera?

ERNESTINA *(a Rómulo)*.—Yo, donde me coloquen; soy muy avenida y obediente. ¿Y usted?

RÓMULO.—Yo, donde usted me mande. Soy también muy obediente.

ERNESTINA.—No soy yo quién para mandarle a usted. Además, usted ha venido a caballo, y ha sido una tontería preguntárselo.

RÓMULO.—Usted no dice tonterías nunca.

ERNESTINA. — Menos cuando estoy despierta.

RÓMULO.—¿Y si yo la pidiese que me cediera un asiento a su lado en el carruaje?

ERNESTINA *(temblorosa)*.—¿Dejaría usted su caballo por mí?

RÓMULO *(con entusiasmo romántico)*.—¿Mi caballo? ¡y el mundo!

ERNESTINA *(bajando la voz y los ojos)*. — Como usted quiera...

D. GABINO *(dando zancadas de un lado a*

otro).—¿Y esos coches? ¿y esos caballos? ¿y esos cocheros? ¿nos vamos o no nos vamos? ¡mu! ¡mu!

D. NAVIGIO.—Aquí están, amigo mío, ya acaban de enganchar.

MISIA LORETO. — Sí, sí, que enganchen de una vez, porque la lluvia y la noche se nos vienen encima.

D. NAVIGIO.—Aquí está pronta la jardinera.

GABINITO.—¿Quiénes van en la jardinera?

D. GABINO.—Los mismos que vinieron; ¿disputaremos ahora o no disputaremos?

GABINITO.—No es por disputar, papá; es que Edelmira quiere subir al pescante.

EDELMIRA *(palmoteando).*—Sí, papá; yo en el pescante.

MISIA LORETO. — Que vaya en el pescante; así nos dará ella la nota alegre o la salsa que desea.

EDELMIRA.—Ya me guardaré yo muy bien, señora.

D. NAVIGIO.—Aquí está la volanta. ¡A ver, los de la jardinera y los de la volanta, arriba!

D. GABINO *(interponiéndose con los que suben).*—Pero, ¿quiénes son los de la jardinera y los de la volanta?

GABINITO. — Mire usted, papá: en la jardinera, Ernestina, Casuso, Florita, Graziella y yo; en la volanta, misia Loreto, el doctor Soto,

usted y Aida; Edelmira, en el pescante. Rómulo, a caballo.

D. GABINO.—¿Rómulo a caballo? ¿Y está en la jardinera?

RÓMULO *(asomando)*.—Es que el amigo Casuso me ha pedido que le deje volver a caballo y he tenido mucho gusto en complacerle.

EDELMIRA *(riendo a carcajadas)*.—¡Casuso a caballo, con el sombrerito pajizo sobre los ojos y la guitarra terciada! El nos dará la nota alegre. ¡Viva Casuso!

D. VALENTÍN *(asombrado)*.—¿Yo a caballo? ¡Virgen santísima!... *(aparte)*. ¡Me voy a divertir! ¡Cómo lo ha sabido hacer el muy pillo!

TODOS *(a don Valentín)*.—¡Cuidado, Casuso, con bajarse por las orejas!

D. VALENTÍN *(montando con fingido aplomo)*.—No haya cuidado, señoras y señores.

EDELMIRA *(desde el pescante)*.—¡Ja, ja, ja!

TODOS.—¡Ja, ja, ja!

ERNESTINA y RÓMULO *(aparte)*.—¡Gran día!

D. VALENTÍN *(aparte)*.—¡Gran día!... a pesar de esto y de lo que en el camino puede sobrevenir.

MISIA LORETO *(aparte)*.—¡Día perdido!

(Suenan los látigos. Coches y caballeros se alejan... La tarde declina. El mar murmura. Queda el faro solitario, como arrogante punto de admiración sobre la página gris del horizonte.)

V

La noticia de que Schlingen había llegado a Marplatina alegró muchos corazones y muchísimos estómagos. Era el ídolo bursátil, ayer derribado, pisoteado y odiado; hoy sobre el ara reverenciado y admirado; mañana tal vez caido de nuevo y cubierto de desprecio, elemento social de gran valía, como lo es todo el que convida en grande, llámese como se llame, sea quien fuese y venga de donde viniere, y su presencia anuncio de que *La Walkyria*, la preciosa *villa*, que a orillas del mar había edificado para descanso suyo y solaz de su mujer, resonaría con el eco de las fiestas, corriendo el champaña a raudales entre vanas orquídeas y olorosas trufas.

¡*La Walkyria!* ¿quién no la conocía en Marplatina? ¿de quién no encendía la curiosidad con sus rechonchos torreones medioevales, sus dentelladas almenas y la severa torre del homenaje, artificiosamente ennegrecido todo y cubierto de yedra y de jaramago, como un castillo del Rhin que viera desfilar los siglos, ceñudo e imponente? Rodeada de jardines risueños, en la alegre vecindad de *chalets* suizos y capri-

chosos edificios de todos los estilos, parecía una máscara de humor triste disfrazada de guerrero en un baile de Carnaval.

Por dentro no la conocían sino los amigos e íntimos de la feliz pareja. Estaba decorada con rigurosa sujeción al gusto germánico; las bonitas maderas del país, curiosamente pulidas, relucían en todas las habitaciones, de tono obscuro las del comedor, despacho y fumadero; claras las demás y pintadas de laca blanca las del salón principal, con detalles campestres en muebles y adornos, que revelaban la pericia y arte de don Federico, habilísimo ebanista de afición que, armado de escoplo y de paciencia, distraía sus tristezas de marido burlado en el taller que en uno de los torreones tenía, mientras la hermosa Adelaida campaba por sus caprichos libremente... El contraste de sus caracteres, la ligereza y el orden, lo frívolo y lo adusto, aparecía en cada sala visible: junto al hondo sillón de robustos brazos, la palmera con lazos de seda; sobre las consolas de piernas salomónicas, los pañolitos de encaje plegados y los muñequitos de bazar; vulgares almohadones de la China sobre el lustrado pavimento de mosaico, y las paredes afeadas por el enjambre de fotografías deleznables, y sólo en el hecho de que la profanación se consintiera adivinábase que en *La Walkyria* habitaban un amo y un esclavo, y la insolente preponderancia de lo frívolo denunciaba quién

era el amo y quién el esclavo, con tal franqueza que no había lugar a dudas.

Tampoco, a decir verdad, se cuidaban de ocultarlo el sometido y la dominadora, ella con el gesto de criolla engreída y voluntariosa, él con su timidez casi infantil de alemán cachazudo. Era ella morenita, pequeña, de facciones cinceladas, los ojos enormes y dulcísimos, el talle de niña, gata sensual y holgazana de uñas temibles, que sabía disimularlas tan bien como los años; él, un coloso, un hulano de férrea musculatura, de carnes sanas, la cabeza y las barbas amarillentas: con un solo estrujón de su manaza de Hércules haría perecer a la gata indolente, y a ella se entregaba y dejábase sobar entre sus manecitas aterciopeladas, temblando el león de miedo como un ratoncillo, lo mismo hoy que el primer día de la boda, en todas las vicisitudes de fortuna y variados devaneos de la que, perdonándole generosa su condición de inmigrante, aunque afortunado, afirmaba orgullosamente su estirpe colonial, hija de un Paso, de los de la rama más lozana.

Cerraba don Federico los ojos y se desentendía de las correrías gatunas de Adelaida, absorbido por los negocios en la ciudad y por su labor de ebanista en Marplatina, ciego y sordo de conveniencia que todo lo sacrifica, la dignidad y el honor, a la paz conyugal y al placer de gustar las piltrafas de un amor compasivamente

otorgado. Sufría de sus preferencias, sin embargo; rabiaba de la duración de sus caprichos, algunos tan constantes que empalmaron un año con otro, y cuando ocurría el rompimiento, inevitable y seguro, abandonaba títulos de Bolsa y útiles de carpintería, y alegremente se acercaba a su mujer, emocionado como novio tímido... Desgraciadamente, la luna de miel se eclipsaba a poco, porque para la gata de Schlingen todo el año era enero, y no era don Federico quien se atrevía a ponerla el cascabel.

Lo de Pares llevaba trazas de prolongarse más de lo regular. Don Federico, que entendía mucho de cuentas, naturalmente, sabía, de modo positivo, que sumaba dos años y tres meses; reinado más largo no conoció él, porque el que más, llegó con trabajo a dos años, y alguno hubo que no pasó de ocho días; ¡si lo sabría él, que contaba los minutos sin perder uno, y estudiaba síntomas y efectos, conocedor de la complicada psicología de Adelaida mejor que de la propia! Por eso, aburrido, desesperado, en la temporada actual retardó todo lo posible la venida, de modo que la ausencia y las ocasiones de nuevos caprichos desarraigaran aquel que parecía tan firme, y para retardarla echó mano al bolsillo y compró el más hermoso collar de perlas que encontró en los escaparates de la calle Florida; pero la gata condenada maulló impaciente, sacó las uñas, y no tuvo más

remedio el coloso que traerla a Marplatina, consolándose con la idea de sumergirse en la tranquilidad de su taller y buscar en el trabajo la distracción que necesitaba para esperar con paciencia el trueno que había de separar a Rómulo de Adelaida. ¡Cosa curiosa! sus negocios más estupendos de Bolsa y sus más primorosos trabajos en madera los llevó a cabo en estos períodos de forzado reemplazo, que todo tiene su compensación en este mundo y no siempre han de ir los palos con los cuernos.

¡Claro está! Apenas se vió Adelaida en *La Walkyria*, sin mudarse de traje ni descansar siquiera, *ris*, *ras*, le escribió cuatro letritas a Rómulo notificándole su llegada... Tenía ella sus sospechas, unas sospechas bien fundadas, de que el tunante se la estaba jugando, ¡digo!, no era la primera vez: ya el año último, a poco que se descuidara se la pega con una de Prisco, riquísima, aunque bastante fea, porque de los Pares era conocido deporte la caza de los centavos; y si ella no chilla, alborota y le araña, el himeneo le arrebata uno de los hombres más enloquecedores que había conocido. Pues ahora, las noticias y confidencias de amigas eran que Ernestina Asnabal repetía el paso de la de Prisco, con probabilidades de triunfo, con vislumbres clarísimas de éxito, porque Ernestina poseía, además, el gancho de la belleza, que

era miel sobre hojuelas. Adelaida estaba, pues, furiosa, muy furiosa.

Ris, ras, allá te va la cartita, para que supiera que vigilaba, que se defendería, que le estorbaría sus criminales planes. Y esperó la deseada visita, pronta a saltarle encima y sacarle los ojos. Pero el joven no vino en dos ni tres días. Los que vinieron fueron todos los amigos del *Manchester* y cuantos en Marplatina se preciaban de disfrutar de su amistad, al olor de las fiestas, no faltando quien la insinuara que la sospechada traición parecía un hecho consumado.

Adelaida gimió dolorosamente. Podrían ser exagerados los informes, pero no dudaba de la verosimilitud de cuantos chismes caritativos la trajeron. Lo de Ernestina era ya añejo: antes de que la familia marchara a Europa tuvo con él sus peloteras por culpa de la chiquilla mayor... ¡Menuda iba a ser la que le armase ahora! En plena Rambla le abofetearía, con tanto gusto como si le acariciara.

Entretanto, la trastornaba el despecho. Iba y venía por la casa descargando su enojo sobre el marido y sobre los criados, o sobre los objetos: en todo aquello que no puede o no sabe quejarse. Don Federico, que conocía los síntomas, sonreía entre sus bigotes amarillos: era el trueno que se acercaba, el esperado fin de aquel reinado tan largo. Y seguía manipulan-

do sus leznas, serruchos, escolpos y martillos, torneando, limando, plumeando el delicado marco Luis XV que dedicaba cariñosamente al último retrato de su mujer, mientras sobre su cabeza erizada de león silbaban los injurias de Adelaida y caían como balas sobre su mesa de trabajo; agachaba la melena, arqueaba los lomos y seguía sonriendo con disimulo entre sus bigotes amarillos. Ya se le pasaría, después de la ruptura, y vendría a él mimosa y arrepentida, convencida de que el único que la quería bien en el mundo era su pobre marido, tan paciente, tan sufrido y resignado. Sólo de pensar en la reconciliación se le llenaban de lágrimas los ojos a don Federico; y como en otras ocasiones análogas, rumiaba la manera de celebrar el suceso... ¿con nueva joya valiosa? ¿con un banquete?... Ya se lo preguntaría a ella, la gatita pérfida, cuando la tuviera en sus brazos y recuperara su derecho de posesión.

Pasaron ocho días, y como Rómulo no venía a *La Walkyria*, ni Adelaida iba al balneario con pretexto de fatiga o de jaqueca, no sabía de él más que lo que la oficiosidad de los amigos se encargaba de comunicarla; y desesperada, al cabo, una tarde se presentó en el casino, a la hora del concierto, y tuvo la satisfacción, ¡qué satisfacción más grande!, de llamarle canalla, indecente y sinvergüenza a boca llena... Las feísimas palabras salían de sus labios

finos como suspiros de amor, con tal disimulo las pronunciaba, tal cuidado ponía en no descomponerse ante el concurso que admiraba su elegancia y su lujo asombrosos, y Rómulo, asustado, se excusó, la pidió perdón, de miedo al escándalo.

—Esta noche irás a comer a casa—decía imperiosamente Adelaida mientras saludaba risueña a las de Asnabal, a las de Soto más lejos, a todos los conocidos;—te espero a comer. Comida íntima, muy íntima. Allí te explicarás, bien claro, para que te entienda y te disculpe. Si no vas, te reviento. Relleno de aire, que es lo mismo que de vanidad, me bastará plantarte el pie encima.

—Iré—contestó Rómulo sumiso;—¿me permites que lleve algún amigo?

—Lleva cuantos quieras, que así entretendrán a Federico mientras yo te ajusto las cuentas.

Le dejó para ir a charlar con misia Loreto, y nadie escuchaba por mirarla, muchos se levantaban para cortarla el paso y honrarse en estrechar su mano, y de un extremo al otro palpitaba en todos los labios su nombre:—¡Es la de Schlingen!... ¡la de Schlingen!... tributo de curiosidad, vítores sofocados que consagraban el triunfo social, eterno, del oro aleado con el vicio.

Por la noche, *La Walkyria* resplandeció magníficamente, y sus torreones se miraron en las

negras aguas por los ojos de fuego de sus ventanas; las flores, a brazadas, fueron distribuídas en las habitaciones en búcaros, en guirnaldas sobre el mantel del festín o esparcidas simplemente en consolas y veladores, y la agitada servidumbre, del estrado a las cocinas, trabajó a porfía como en los días de grandes recepciones... Rómulo, con don Valentín y Gabinito, llegó temprano, al obscurecer, contrariado pero decidido, y entró en el vestíbulo con el aire del combatiente que nada teme y a todo está resuelto. Dos criados, vestidos de caballeros, les despojaron de sus gabanes, y mientras estudiaban en el espejo la corrección de sus convexas pecheras blancas, los pliegues del *smoking* y la disciplina del peinado, dijéronles aquéllos que la señora no había bajado todavía, y que el señor estaba entretenido en su taller. Bueno; irían a sorprender al buen hombre, al gran bolsista, al marido incomparable, en medio de su recogimiento filosófico y ejemplar.

—¿No les parece a ustedes? — consultó Rómulo con las manos en los bolsillos y bostezando ya.

Gabinito habría deseado espatarrarse en uno de aquellos divanes que ofrecían cómodo asiento; pero don Valentín votó también por la sorpresa, y allá fueron los tres guiados por un criado, subieron la escalerilla de la torre y llamaron en la cerrada puerta del segundo piso.

—¡Adelante!—pronunció con germano acento la voz de Schlingen.

Y al mismo tiempo la puerta se abrió, y se presentó don Federico de amplia blusa, teniendo en las manos un trozo de madera y una lima. El taller, grande, con poleas y tornos que movía la electricidad, estaba iluminado por un foco de luz que del centro del techo repartía sus beneficios a los últimos rincones, y era de peladas paredes, de techo abovedado, sin más adornos que el orden, ni otros enseres que los relativos al oficio, que allí recibía culto tan fervoroso como si el pan de cada día se amasara en él; no se veía una silla para un remedio, y menos para una ocasión como aquélla, en que tres caballeros estiraditos y bien prendidos se aventuraban a hollar con sus zapatos de charol el polvoriento lecho de virutas.

—Señores, no pasen ustedes—exclamó alarmado don Federico,—ya bajo... Me he entretenido con esta talla... Pero estoy vestido, ¿eh? los aguardaba a ustedes.

Desabrochó la blusa, y enseñó la pechera ajustada por dos perlas gordas como garbanzos, obstinándose en no dejarles pasar porque no se mancharan; pero los visitantes porfiaron en satisfacer su deseo de curiosear, y el hombretón, que él solo llenaba el taller, cíclope en su fragua, sonrió encantado, y como niño sus primores caligráficos, fué mostrando las tallas,

los torneados, las obras todas en gestación y las ya terminadas, algunas a medio concluir de años atrás, pues no trabajaba sino en la temporada de Marplatina, que en la ciudad no tenía taller, y aunque lo tuviera, los negocios tiránicos no le concedían vagar. Por su cara erizada de pelos y coloreada de sangre a brochazos, mala pintura de aficionado, brotaba el contento infantil de merecer la alabanza y la admiración de aquellos profanos que abrían la boca viendo la delicada talla del marco Luis XV, por ejemplo, encaje de madera que parecía quebrarse entre sus toscos dedos.

—¿Han reparado ustedes en el vargueño del despacho? es del más puro estilo, y muy pocos son capaces de apreciar la imitación. ¡Ah! ¡ah! en caso de necesidad, sabría ganarme mi pan: ¡si falla un golpe de Bolsa, no fallan, no, los golpecitos del martillo!

Orgulloso, más satisfecho que si por una jugada afortunada recibiera los plácemes, llevábales de aquí para allí:—¿Y esto?... ¿y esto?... —extasiándose él mismo ante las propias obras. Dió la corriente a la maquinaria eléctrica, y el alegre movimiento le entusiasmó al punto de coger un palitroque y echar mano a la faena de tornearlo en pocos minutos, de modo que se convencieran de su habilidad. ¡Ah! ¡el noble, el santo trabajo!

—Crea usted que consuela de muchas cosas

—dijo de pronto, volviéndose a Rómulo.—Aquí doy pulimento a la madera y a mis ideas; las desbasto, las aliso, al mismo tiempo que a mi obra, y las transformo en lo práctico que exige la realidad. Tráigame usted una docena de sueños románticos, todos los disparates de la imaginación, anhelos, desvelos, y por corta substancia que tengan, en mi taller lo convertiré todo en algo útil, asimilable, provechoso. ¡Trabajar es olvidar, y olvidar es vivir!

Pasó la corriente, arrojó el torneado palitroque, y quedó junto a la mesa tristemente silencioso.

—Vaya, vaya con el amigo Schlingen—resolló Gabinito;—es todo un artista y un filósofo... ¿Y como hombre de negocios? el rey de la rueda.

Don Valentín y Rómulo nada dijeron, algo impresionados de la actitud del Hércules, cuya frente se había arrugado al soplo de ingratos pensamientos. Pero no tardó en levantar la cabeza, y risueño de nuevo, les empujaba fuera, porque acaso Adelaida les esperaba ya, y no sería cortés que hicieran esperar a la señora.

Abajo, mientras don Federico se quitaba la blusa, desempolvaba y arreglaba los pelos, entraron los tres convidados en el despacho, y muy cómodamente en un sofá vieron que esperaba, sentado, el rojo don Gustavo, el *Camarón*, tan tranquilo, consolándose de la soledad y de la

espera con una copita de *vermouth*, que se había hecho servir, y en un platillo sobre la consola más próxima le prestaba dulce compañía. ¡El demonio del *Camarón!* como desahogado lo era, ciertamente, y pocos le emulaban. Abriéronseles las ganas a los otros del aperitivo, y llamaron para que les sirvieran también, especialmente Gabinito, cuya dispepsia necesitaba de toda clase de recursos a fin de paliar su insistencia dolorosa; sirviéronles, se sentaron, y cada cual trabó animado diálogo con su copa, sin cuidarse del vecino.

Don Gustavo apenas se incorporó cuando ellos entraron, saludándoles con perezoso movimiento de la mano; aburridos mutuamente de encontrarse en todas partes, nada tenían que decirse. Recogía la copa del platillo, sacaba una lengua muy larga, lamía el borde, sorbía un trago y la dejaba de nuevo, cerrando los ojos abotargados. El olor de las flores molestaba mucho, palabra de honor...

—¡Palabra de honor!—repitió don Gustavo alargando el brazo hacia la copa;—tantas flores envenenan la respiración. Aquí, obsérvenlo ustedes bien, todo es excelente: la casa, el menaje, el servicio, la mesa, ¡oh! la mesa, el *summum*, el *non plus ultra*... Excelente este *vermouth*, turinense legítimo. Excelente el dueño, excelentísimo como hombre, como amigo, como marido. Lo malo es la mujer. Mujer

terrible. Donde pone la mano, mete el pie chiquitito y monísimo.

Don Valentín, conciliador, protestó amistosamente y opuso una frase amable al indiscreto, pero el alemán se obstinó machacón :

—Mujer terrible, mujer fatal. ¡ Oh ! *ya*.

La cerrada pronunciación y el gracioso trueque de letras hacía gracia a Gabinito, que le dirigía señas de que callara por causa de los criados, de guardia en la antesala ; y Rómulo, a quien don Gustavo parecía trasladar su ofensivo juicio con impertinente fijeza de mirada, expresaba en un encogimiento de los hombros su *¿a mí qué?* favorito, el *¿qué se me da a mí?* de su desprecio.

Siempre el *Camarón* estaba borracho ; saturado de alcohol, bastábale una gota para trastornarle y echarle a perder la escasa discreción que en estado normal mostraba. Sólo el salvoconducto de su fortuna, hecha detrás de un mostrador vendiendo píldoras, le permitía alternar con las personas distinguidas.

Y a don Valentín le soltó por lo bajo :

—Verá usted cómo a los postres rueda debajo de la mesa.

—¡ Mujer perversa, mujer fatal ! — seguía mascullando don Gustavo en cada viaje al platillo cercano.

El roce de un vestido anunció la presencia de Adelaida, que apareció luego encantadora,

con traje de color de rosa, estrellado de brillantes el negro cabello, perlas en el cuello y en el prudente escote, la cintura gentilísima, de estéril a quien la maternidad no puede deformar, ceñida por cinturón de largas caídas; los dedos de sus manos no se veían, y no ciertamente por la falta de luz, sino por los anillos riquísimos que en ellos se ensartaban casi hasta la raíz de las uñas, manos de ídolo que se pliegan y ofrecen inmóviles a la adoración de los fieles. Entró como niña que vuelve del colegio y causa una revolución por donde pasa, vivamente, alegre, expansiva... ¿Qué tal? mil perdones por el plantón, ¿eh? las mujeres nunca acaban de prenderse. ¿Y Federico? ¡tan pachorrudo simpre! el criado, ¿dónde se metía?

Apoyó el reluciente dedo en el timbre y se volvía a los caballeros sonriendo, coqueta que saborea el placer de sentirse admirada y deseada. Los cuatro, de pie, se inclinaban corteses, más profundamente que ninguno don Gustavo, y las frases de ritual salían de los labios y no llegaban a los oídos, indiferentes; lo que sí llegó fué el rumor de las patadas de don Federico, que se presentó antes que el criado, y a él dirigióse Adelaida, diciéndole mimosa:

—Anda, rico, que sirvan la comida, ¿eh? ya es tarde, y estos amigos se mueren de hambre.

Le dió con el abanico un golpecito cariñoso en el hombro, y mientras don Federico trans-

mitía la orden al guardián de la antesala, se entretuvo con don Valentín y Gabinito sin hacer caso de Rómulo. Don Gustavo había reanudado el diálogo con su copa, y sin duda repetía para su *smoking:*

—¡ Mujer perversa !

—Los señores están servidos—anunció el correcto maestresala de patillas blancas.

—¡ Santa palabra !—exclamó Adelaida,—déme usted el brazo, Casusito, y rompamos filas.

Antes hubo que admirar el vargueño que don Federico se empeñaba en enseñarles, corta estación que abrevió Adelaida arrastrando a don Valentín en dirección al comedor, y detrás de ellos fueron los demás, ocupando los asientos que una cartulina designaba delante de cada cubierto, y viniendo a quedar don Valentín y Gabinito a la diestra e izquierda de la dueña de casa, respectivamente, el rojo *Camarón* a la derecha de don Federico, y al siniestro lado Rómulo...

El comedor deslumbraba, de luz y de riqueza expuesta : en las paredes y aparadores, las porcelanas y la plata labrada ; sobre la mesa, el mantel con ancho entredós de encaje ; la jardinera cuajada de orquídeas, los soberbios candelabros, la pintada vajilla de Viena, la cristalería de Bohemia y el famoso servicio de oro puro, acerca del que corrían muchas anécdotas, falsas o verídicas : convidados sorprendidos

en el momento de deslizar una cucharilla en el bolsillo del frac; tenedores pescados dentro de los gabanes o sorprendidos por enseñar los dientes fuera del escondite, con lances variados de kleptomaníacos, unos anónimos, conocidos otros, y señalados de boca en boca.

Servían los mozos, como sombras o espíritus sumisos. Las preciosas minutas de colores indicaban los platos en francés: el *potage à la flamande*, el *poisson à la maréchale*, las *bouchées à la reine*... desfile apetitoso de manjares que la hartura general desdeñaba, y al que sólo don Valentín hacía los merecidos honores, sin despreciar a ninguno, siempre con la exquisita finura que era la mejor de sus cualidades. Comían poco, pero bebían mucho, mucho, especialmente el *Camarón* y Gabinito, festejando más los vinos que los platos; y a medida que avanzaba el servicio, aumentaba la animación, la sangre se agolpaba a las cabezas, y las lenguas de la frívola charla pasaban a la crítica menuda y aventurábanse luego en el vedado terreno de la crónica escandalosa.

Adelaida, con chispas en los ojos, que cegaban tanto como la pedrería que la adornaba, se reía, ¡Jesús! cómo se reía hostigando la maledicencia, provocando la indiscreción de los caballeros, complaciéndose en los detalles perversos. Nada de palabras embozadas, ¿eh? fuera los velos, las circunlocuciones, los disfraces pu-

dorosos; clarito, para que se entienda: no había niñas en la mesa que se ruborizaran. Y Gabinito, que en la pornografía era maestro y gustaba de llevar siempre la voz cantante, apuraba el tema a satisfacción general, y así andaba la conversación en cueros, sin que el mismo don Federico, hecho ya a que la libertad reinara en su casa, tratase de cubrirla, ni don Gustavo tampoco, deslenguado impenitente, más cuidadoso de su copa que del decoro.

Cuando presentaron los mozos una fuente que señalaba la minuta con el título de *caronade de diudon à l'imperiale*, el coro de convidados cantó un hosanna unánime. ¡Ahí es nada. *moco de pavo a lo imperial!* ni las legendarias lenguas de risueñor del romano podrían competir con tan extraño y costoso plato. Y se hicieron equívocos picantes, la vergüenza perdió los estribos, y sobre la triunfal Adelaida se clavaron las flechas de la concupiscencia; ella, valientemente, rechazaba el asedio, terrible del lado de Gabinito, a quien alentaba la actitud indiferente de Rómulo y diera todos los platos del banquete por aquel jamón ahumado tan suculento.

Llegó la hora del champaña, hora psicológica, y ya pocos sabían lo que se decían; don Gustavo recostaba la cabeza en el respaldo de su silla, porque le pesaba más que todo el cuerpo; Gabinito daba pruebas a su vecina de tener más

larga la mano que la lengua, y el mesurado don Valentín, con la mezcla de vinos, a pesar de su parquedad, sentía escapársele las riendas de su buen juicio; los demás, Schlingen y su mujer por hábito, pues apenas cataban nada, y Rómulo por estudio, aparecían serenos y aplomados.

—Los postres, Casusito—dijo Adelaida;—sé que es usted un goloso, y he mandado reforzar la colección.

Pareció interminable la tal lección de melindres y caramelos, y aburrió el paso de frutas de toda laya, naturales o en compota. Ansiaban los cuerpos cambiar de postura, estirarse, respirar otra atmósfera.

Y al cabo dió Adelaida la señal levantándose, enlazando su brazo al del compañero de la derecha, y yendo con él hacia el fumadero, donde se tomaría el café y los licores y jugarían luego los que quisieran, y al fumadero fueron todos mal que bien, el *Camarón* entre dos criados, que solo no podía dar un paso. Iba Rómulo a entrar y Adelaida le detuvo.

—Oiga usted, doctor Pares...

Schlingen, que seguía detrás, abrió camino a la pareja, que del fumadero dirigióse al saloncito inmediato, y en el empaque de ambos, tan manifiesto y poco disimulado, comprendió que había sonado la hora de las explicaciones, la del trueno gordo, y experimentó una emo-

ción... ¡Oh marido dichoso! ¿a qué podría compararse en el mundo el momento aquel de recibir a la pródiga, abriéndola los brazos del perdón? ¡feliz mil veces don Federico!

—Oiga usted, doctor Pares — dijo Adelaida apretados los dientes y temblorosa.

Rómulo se dejó llevar al saloncito y se instaló en una butaca, frente a ella, como en un banquillo.

—Ante todo y sobre todo, nada de escándalos—dijo con voz firme, pero apagada;—si chillas me levanto, me marcho. En el Casino te temía, en tu casa no me asustas.

—¿Chillar yo? ¿yo escandalizar? — contestó la dama en el mismo tono; — ¿y por quién? ¡por un trasto como tú! Si eres un perdido, no soy yo una verdulera y sé lo que me debo y lo que te mereces.

—Abreviemos: ¿qué quieres?

—Quiero que me digas si es verdad eso de Ernestina Asnabal.

—Es verdad.

—¿Va en serio?

—En serio.

Sintió Adelaida como si la dieran una bofetada, y sus manos se alzaron airadas y volvieron a caer inertes sobre la falda.

—¿Cuándo, cómo...? ¿bromeas o dices verdad?

—¿Cuándo? hace pocos días. ¡Cómo! ¿qué te importa?

—¿A mí? nada; es simplemente para deducir los grados de certeza que debo conceder a tu declaración.

—Toda la certeza de la verdad pura y sin ambages. Me caso con Ernestina, ¿lo entiendes? Me caso, y con esto te comunico que entre tú y yo no hay ya nada de lo dicho: tú por tu lado y yo por el mío, tan contentos.

—¡Eres grosero como un lacayo! Dueño eres de hacer lo que te parezca, pero en la forma del procedimiento se conoce a los caballeros. Tú, de caballero no tienes más que la facha... ¿Crees que soy yo un trapo que se recoge y se arroja cuando se quiere?

—Nada tengo que discutir ni nada más que declarar. Me preguntas, contesto derecho, y paz entre ambos. Todo acaba, y estas cosas con mayor razón. Bastante han durado. No habían de durar hasta el día del juicio, y tiempo era ya de restablecer la normalidad en tu matrimonio. Si no te acomoda, lo siento; desahógate, insúltame; pero ten entendido que esta vez no será como la otra: tu dominio sobre mí no existe ya; soy un emancipado, un hombre libre.

Las deslumbradoras manos de Adelaida se alzaron de nuevo y volvieron a caer sobre la falda rosa. Tanta audacia, tanto despego, la irritaban de tal modo que para reprimirse ne-

cesitaba de toda su fuerza de voluntad. Rómulo, tranquilo, desdeñoso, cruzado de piernas, la miraba burlón. Lo definitivo, lo irremediable les separaba, y ella lo sentía en el fondo del alma orgullosa. Amor sensual el suyo, sólo a la carne hería el rompimiento; pero, ¡qué herida ésta más profunda y sangrienta!

—Mira—dijo lentamente,—al conocer tu traición por boca de buenos amigos, me enfurecí, lo confieso, y me dispuse, como la vez que acabas de recordar, a hacértela pagar cara y desbaratarla; pero ahora que te escucho, que te tengo cerca, que me hablas sin rebozo y te veo al través de tu franqueza como bicho repugnante al través del microscopio, y tu grosería, tu falta de sentimientos y de vergüenza, tu vanidad hereditaria, aparecen con pelos y señales inconfundibles... ahora, te desprecio, simplemente. Observa que yo también estoy tranquila, como tú, que no me importa de que te cases o de que revientes. Lo que deseaba saber de fijo, lo sé; pues asunto concluído. ¡Creías, y quizá lo deseabas, vano y estúpido como eres, que iba yo a chillar, a arrancarme los pelos, a desmayarme, a perder la razón, por ti! El hombre único, incomparable, el buen mozo sin rival... Pues no, ¡infeliz! yo también pienso que esto ha durado demasiado; ¡no sé cómo he podido aguantar tanto tiempo a un imbécil de tu calaña! Y si tú tomas el portante, yo tomo el pen-

dingue y te contesto: ¡que te alivies, y abur!

—Prefiero que salgas por ese registro—respondió Rómulo menos aplomado que antes—y no por lo trágico.

—No lo prefieres—insistió Adelaida ganando terreno y creciéndose,—¿qué has de preferirlo? Lo otro, el estallido de los celos, las lágrimas inconsolables, los ruegos al ingrato que se aleja y sin el cual no se puede vivir... pero, ¡ay, desgraciado!, te llevas chasco; ¡a mí con esas! ¡vete bendito de Dios! Te desprecio, te tengo lástima.

—Bueno; hemos concluído.

—Espera, siéntate; ¿qué prisa tienes? ¿te aguarda la Ernestinita con sus pinturas y sus mimos? Pues que aguarde que yo te extienda los pasaportes en toda regla. Falta refrendarlos aún, señor mío... ¡falta el sello, que quiero estamparte en la cara! Es raro lo que me pasa. ¿Qué digo estos días pasados? ¿qué digo? esta tarde, esta noche misma en la mesa, ahora, cuando te obligué a acompañarme hasta aquí, dispuesta estaba a la escenita vulgar de celos, y desesperarme y darte gusto con mis reproches, acaso con mis violencias; y de pronto, ¡qué vuelco! ¡la calma, la luz que reina y se hace dentro de mí! ¡Es raro! Y es que tu juego escénico me da risa. Apuntabas a lo sublime y has puesto el tiro en lo ridículo, como sucede a todos los tontos. Porque resulta cómi-

co realmente, un Pares de tantas campanillas, desperdigado gandul, sin oficio ni beneficio, que ha andado por las cuatro esquinas viendo de negociar con su apellido, subido en el tejado para cantar victoria, ¡y qué victoria! la de haber encontrado hueco en el casillero social a fuerza de bajezas y después de rastrearlo como perro hambriento. ¡Gracias a Dios, hombre! al fin tendrás quien te dé de comer, quien te vista y te pague los vicios, porque serás de estos yernos a los que hay que dar desde los calzoncillos hasta la corbata, y papá Asnabal habrá de tentarse los bolsillos; al fin descansarán tus hermanitos, es decir, las mujeres ricas de tus hermanitos, que éstos hicieron lo que tú, buscar quien les mantuviera. Lo malo, ¡mira qué contratiempo!, lo malo es que te llega tarde la breva: estás muy gastado, hijo; tienes treinta años, lo sé, pero como si contaras cincuenta; la vida al galope que has llevado te imposibilita, o poco menos, para los trotes matrimoniales; convéncete, no te forjes ilusiones, caritativamente te lo advierto, a ver si Ernestinita se llama a engaño y te pone de reemplazo, que es a lo que estás predestinado, ¡oh, Pares sin par! Luego, otra cosa que me parece caso de conciencia: ¿cómo andamos de limpieza de sangre? mal, muy mal; aun se te nota en lo pitañoso de los ojos los rastros aquellos... ¿te atreverás? ¿tendrás valor? ¡una muchacha sana y

pura! óyeme: harás bien en no tomar baños; el agua salada revuelve los humores, y si te los saca fuera, si te sale a la superficie toda la podre que tienes dentro...

Rómulo, súbitamente, se levantó y la cogió furioso por la muñeca.

—¡Cállate o te aplasto, víbora!—dijo, estrujándosela,—¿crees que puedo escuchar en silencio los desahogos de tu despecho?

—¡Suéltame o llamo!—dijo Adelaida sin inmutarse;—el escándalo, si lo das tú y en mi casa, ¿a quién dañará? olvídate de miramientos y de todo, y mi triunfo será mayor: correrá la voz y lo sabrá Ernestina, ¡tu Ernestina!, que ignora la pobrecita la clase de marido que se ha comprado y ha pagado tan caro. ¿Qué sucederá cuando lo sepa? ¡figúrate! se te estropeará el negocio, quizá lo darás por perdido después de tantas fatigas y sudores. ¡Ah! te sientas de nuevo... ¡me alegro! si no tienes más remedio que escucharme y en silencio, contrito, humillado, porque te consta que digo verdad, soy en este momento la voz de tu conciencia, a la que en vano quieres ahogar. Decía... ¿qué decía yo, señor?... Me has apretado tan fuerte, que me duele la muñeca, ¡mira la señal! eres un bárbaro... Decía... ¡ah! sí, que si muestras lo podrido de tu cuerpo, que es tanto, y me quedo corta, como tu alma, la novia, a la que hago el honor de considerarla

moralmente pura, según has podido comprobar... No, no te exaltes, que estas señoritas que todo lo han leído, visto y oído, y además han estado en París, donde el vicio se exhibe en todas partes, me inspiran poca confianza... La novia, repito, sentirá, al verte acercar, la misma repugnancia que una rosa blanca al hollar sus pétalos un bicho. Te conviene, pues, ante todo, cuidar de tu salud, para que, si no te curas radicalmente, siquiera no asome la antigua enfermedad en manchas, rojeces o granos, que afearán la masculina belleza de que te envaneces, y consigas ocultarla tan bien como la villanía de tu alma, que si no eres un caballero, al menos lo pareces. Y así disfrazado, tal vez, lo dudo, mas pudiera ser, tal vez Ernestinita se convenza, ¡son tan bobas las solteras!, que tiene, en efecto, marido, y marido completo. Por todo lo cual, hijo mío, amigo queridísimo, habré de felicitarles a los dos y felicitarme a mí misma: a ti, por lo que te espera con ella, y bien merecido tendrás; a ella, por lo que la espera contigo, y no se lo habrá ganado la pobre; a mí, porque me veo libre de ti. El que sale perdiendo es papá Asnabal; trabajo le mando con el yerno que va a echarse: ¡sus mugidos han de oírse en toda la redondez de la Pampa!

—¡Adelaida, basta ya!—exclamó Rómulo, colérico,—no me ciegues, no me impulses a un

disparate; ¿qué te propones? tus palabras ¿son pueril desahogo o encubren la trama de una venganza, que comenzaría por obligarme a cometer algún acto que me comprometiera, no sé cuál, algo imprudente, estúpido, acosado en mi amor propio?

Miróle fríamente la dama. Y se rió, con burlonas carcajadas.

—¡ Mi vénganza !—dijo ;—sí, hoy por hoy no es otra que ésta : dejar que te cases... y reirme de ti. ¡ Después... sabe el diablo lo que haré, muy sonado, temprano o tarde, no lo dudes ! Quisiera yo impedir tu matrimonio, y lo impediría, ¡ bah ! reina soy en la sociedad, mi cetro de oro todos le reverencian ; de mí se murmura, se dice, se cuenta ; pero como sé envolverme en el manto de las apariencias, se me respeta y se me teme ; luego, ¡ infeliz !, si yo quisiera... pero no quiero, al contrario, por efecto de ese vuelco tan raro y repentino, me muero de ganas de verte casado... ¡ Conque, quedamos uno y otro notificados, y a vivir ! en el mismo mundo social andamos, y forzosamente hemos de tropezarnos ; ¡ cuidado con el encontronazo, amigo Pares !

La mano, al levantarla en ademán de amenaza, fulguró como una espada que se sacara de la vaina, y al mismo tiempo se puso de pie Adelaida.

—¿Me acompaña usted?—dijo graciosamente con afectada reverencia.

—¡Mujer perversa!, como dice tu amigo don Gustavo, que bebe en tu copa y te saca a tiras el pellejo... ¡Mala mujer! ¿qué te propones?

De pie también, Rómulo, cerca de ella, la desafiaba. Causóle súbito terror la frialdad de que la otra hacía alarde y resistíase a marchar sin arrancarle la careta. Se la arrancaría, ¡vaya! separaríanse como enemigos francos y no solapados, ya que ella no se resignaba y no aceptaba su tibia amistad, que es la ceniza de estas hogueras. Enemigos, ¡bueno! pero a cara descubierta, con armas a la vista.

—Dímelo, ¿qué te propones? si no te resignas, si no acatas lo inevitable, lo que había de ocurrir y debió ocurrir hace tiempo; si así como fuí yo sucesor de otro, sin duelo ni funerales por el muerto, no me das a mí sucesor, sucesor inmediato, Gabinito, mi futuro cuñado, por ejemplo... Si no me entierras de este modo y me olvidas, ¿es que me quieres? ¿o es que reservas tu venganza? habla, que el hielo de tu actitud me exaspera.

Adelaida dióle la respuesta alzando la voz y llamando:

—¡Federico! ¡Federico!

—¡Ah!—exclamó Rómulo,—¡esto es lo que te propones: el escándalo!

Se escucharon las patadas del germano y su

colosal silueta surgió, al cabo de larguísimo minuto, en la puerta del saloncito. Era el mastín que acude contento a la voz del amo; y así como el amo palmea el lomo del fiel compañero y le acaricia e incita, Adelaida se abrazó al cuello de su marido con felina suavidad y coquetería, besó sus leonadas barbas, y señalando a Rómulo, inmóvil, le dijo quejosa y suplicante:

—Echale, rico mío; están todos borrachos, y no saben ya lo que se hacen. La han tomado esta noche, ¡y buena! ¡échale, rico, échale!

VI

Pues, señor: tras de tan borrascosa escena, que terminó menos dramáticamente de lo que los aficionados al género desearan, es decir, sin el obligado reto a duelo, tirada de guantes, desmayos y comentarios coreados, o sea por desfile cortés, al que coadyuvó la reserva de los actores, interesados todos tres en guardar el tapujo, quien salió de *La Walkyria* más fresco que nadie fué Rómulo, y eso que, como los señalados de una bofetada, llevaba en el alma el escozor de las durísimas palabras de Adelaida;

pero, conseguida la ruptura, aun a costa de las espaldas, no pensaba ya más que en el alivio de la carga y en lo desembarazado del camino que a la gloriosa conquista de Ernestina conducía. Saldadas sus cuentas con la Schlingen, alboreaba para él la felicidad deseada, el regalo, la abundancia, las riquezas, los fantasmas todos de sus sueños de megalómano hechos carne y realidad, y cual herido en la derrota que en el mismo campo asiste a la llegada de socorros, y curado y alentado presiente la victoria futura, se consolaba de los golpes recibidos con el pensamiento de la recompensa en ciernes, tan segura que la tenía en la mano.

Los otros, Gabinito y don Valentín, estaban más chispos de lo que permitían la buena crianza y el equilibrio necesario para recorrer sin tropiezo el largo kilómetro que separaba *La Walkyria* del *Manchester;* no tanto como don Gustavo, que hubo que dejarle dormir la mona en el fumadero, pero lo bastante para que costase a Rómulo Dios y ayuda sostenerles y hacer que anduvieran derechos y sumisos.

Brillaba la luna; soplaba el aire; el mar roncaba; noche deliciosa, de paz y dulce ambiente, propicia para despejar los sentidos anublados, entusiasmaba a Gabinito, que a cada mal paso rompía a cantar sus *couplets* obscenos, y hacía llorar a don Valentín con el recuerdo de la Teles, que para evocarlo más podía el vino

que la gratitud. Y Rómulo se enfadaba de la rebeldía de ambos, les regañaba, tiraba de ellos por los brazos; ¡buenos estaban! ¡cómo entrar así en el hotel!... Pero si, por lo común, el cuerdo desoye los consejos, ni admite otros que los propios, en su necia suficiencia, ¿qué habían de escucharlos los tambaleantes amigos que en tal momento no sabían por dónde andaban? más gritaba Gabinito y más lloraba don Valentín, y más rabiaba Rómulo con el uno y con el otro.

—Gabino, ¡cállate, no alborotes! ¡mira que en el hotel no se habrán acostado todavía!... ¡Cállese usted, Casuso, o le echo al agua! tiene usted el vino triste: ¡qué manera de llorar!

—*Cochon, le petit cochon...*—cantaba Gabinito a grito pelado.

—¡Teles! ¡mi pobre Teles!—sollozaba don Valentín.

Iban los tres por la playa con el trabajo y desorden que son de suponer, nunca derechos, ya con ánimos de embestir al mar, ya con peligro de caer en el camino, y gracias a Rómulo y a la luna que no caían o se remojaban; aunque esto del remojón acaso fuera mejor remedio para despabilarles que el acreditado sorbo de amoníaco. A poco don Valentín se echó sobre una peña, y anunció su romántico propósito de pasarse la noche en blanco llorando ausencias de su Teles, y ya no hubo modo de que se

levantara, ni Rómulo consiguió otra cosa que se descubriese, a ver si el fresco, oreándole la mollera, le devolvía el juicio.

En tan lamentable estado se mostraba el ínclito Casuso, que no le reconocerían sus amigos aristocráticos. Los blancos cabellos y la barba, enzarzados entre sí y en revuelta; desanudada la corbata; llena de arrugas la pechera; manchadas las solapas del *smoking;* los pantalones empolvados hacia la rodilla, de la primera caída o de la segunda que dió, que en esto del número de las caídas no están acordes los testigos... Hasta en la resolución desenfadada de sentarse encima de lo que ni era ni parecía silla u objeto destinado a tal fin, sin la delicada precaución de poner antes el pañuelo, exponiendo sus amadísimas ropas a deterioro, probaba que el hombre estaba perdido.

Tampoco están acordes aquéllos en las veces que nombró a Teles, en los suspiros que echó ni en las quejas y lágrimas de que el mar fué también testigo; quizás la luna pudiera contarlo; pero sabido es que peca de discreta esta fisgona, y cuanto ve se lo calla. Debieron ser tantas, que Rómulo, medianamente malhumorado, y no le faltaban razones, le amenazó de nuevo con arrojarle al agua; ¡qué pesado se había puesto el maldito! ¿quién era esa Teles del cuerno? ¡Teles! ¡Teles! ¡valiente nombre! ¿era una mujer o una perra de lanas?

—*Cochon, le petit cochon*—seguía cantando Gabinito, echado también sobre la peña, apoyo más cómodo y benévolo que el del amigo.

—¡Ah!—exclamó don Valentín con un borbotón de lágrimas,—¿no sabe usted quién es Teles? Es una perla que yo tengo escondida en mi casa... ¿Usted no conoce tampoco mi casa? Pues por eso, porque no me la roben, no la enseño, y vivo como en una madriguera perdido en el último rincón... Una perla que me quiere, que me adora, que me sirve, que me sufre, y yo la pago con malos tratos, con repugnante ingratitud: apenas la doy para comer. Porque aquí donde usted me ve, tan pulcro y educado y amable y bondadoso, yo no soy más que un sinvergüenza, holgazán y egoistón, ansioso de todo lo bueno y de todo lo grande; un vividor que, por alcanzarlo, se despoja de la dignidad; un apestado más de esa enfermedad que, según su papá de usted—digo, el papá de este otro,—es la desolación de nuestra capital; un apestado, sí, y apestado incurable. ¡Ah! ¡no conoce usted a Teles! ¡Teles! ¡mi hermosa Teles! es decir, como hermosa, ya no lo es: ¡tiene cincuenta años! Lo fué, lo fué, ¡y qué hermosa! Su cara era redondita como la de esa luna, y mostraba, así en el lado de la barba, una sombra de lunares, de pelitos afelpados, que ponía agua en la boca; los ojos... más grandes todavía que los de Adelaida Paso, co-

mo dos agujeros de abismo, dos cráteres de volcán, dos... ¡qué sé yo! algo turbador y de atracción tan poderosa, que no resistí a la mala idea y cometí la malísima acción de sacarla de la Escuela Normal y tomarla de maestra a domicilio. Como he sido siempre muy galán, no me costó mucho trabajo... Después, Teles empezó a marchitarse, envejeció, se puso bastante fea... ¿qué hace usted con una flor que se marchita? no la dejará en el vaso de la sala, como al cortarla, para adorno y recreo: la tirará a la basura... Yo dije a Teles:—Hija, ya no estás para tafetanes; no te echo de casa, pero comprenderás... En fin, no la tiré al basurero, como flor marhita: la consentí que se quedara a mi lado, y esto revela, me parece, mi buen corazón. De lo que me arrepiento es de que no la hago partícipe de mi regalo, cuando lo tengo; de la abundancia, cuando me toca; soy con ella tacaño, soy con ella egoísta, soy con ella cruel. Todo lo quiero para mí, el comer, el vestir y el gozar, y ella que roa los huesos de la miseria en el rincón de mi madriguera. ¿No soy un canalla? dígalo usted claro, doctor Pares; ¿y qué dirá usted si le confieso que desde que he llegado a Marplatina no contesté una sola de sus cartas? ¡qué estilo de cartas y qué forma de letra, doctor Pares! Pués no contesté a ninguna, ni me conmovieron sus lamentos de hambrien-

ta, yo que estoy con la tripa rellena, yo a quien la suerte sonríe, yo a quien la generosidad de los amigos aplasta... ¡Escúpame usted! ¡soy un canalla!... ¡Teles! ¡mi pobre Teles!... ¡Oh mar! ¿por qué no me tragas? Traga a este abominable sujeto, mal hombre y mal cristiano, aunque después me devuelvas, como escoria que soy y podredumbre. ¡Trágame, que no merezco volver a ver sobre la tierra a ese ángel, a ese arcángel!... ¿conoce usted, Pares, un grado mayor en la categoría celeste? ¡a esa seráfica y extraordinaria encarnación de la bondad, de la lealtad y de la mansedumbre, que se llama Teles!

Se sonó las narices, enjugóse las lágrimas y tornó a suspirar otras tantas e innumerables veces; y de nuevo Rómulo, cansado de la llorona retahila, le dijo que haría con él cualquier atrocidad si no callaba; pero don Valentín no se conmovió por la amenaza, y al compás del sucio estribillo de Gabinito, con quejidos que partían a la misma peña, prosiguió así el panegírico de la ausente:

—De su habilidad para la costura, no hay ponderación que dé una idea aproximada: en el zurcir, especialmente, no se nota, digo a usted que no se nota. El desgarrón de una nube sería capaz de zurcir de tal modo, que los mismos habitantes del cielo habían de maravillarse. Pues, ¿y en lo de hacer ojales? algo

asombroso: ni una máquina de estas que hoy pregonan ejecuta la cadeneta con más primor... Y en todo lo demás que se relaciona con una casa bien ordenada. Sólo que si en la mía no hay orden, es por culpa mía, exclusivamente mía. No merezco la perla que tengo; lo que merezco es eso: ¡que el mar me trague y no quede sobre la tierra ni el recuerdo siquiera de Valentín Casuso!

Un trompetazo más fuerte puso fin al nuevo torrente lacrimoso. Rómulo paseaba, convencido de que valía más dejarle que se desahogara a placer, con escasas ganas de reir a causa de la interior cancamurria que en vano también pretendía sofocar; Gabinito, de espaldas, cara a cara a las estrellas, cantaba:

—¡*Cochon, le petit cochon!*

—¡Ay, Casuso de mis entrañas! — dijo Rómulo,—¡cómo la ha pillado usted! ¡un hombre tan serio! ¡si no dejó de mano la copa del borgoña!

—¿Dice usted que el borgoña? — exclamó don Valentín con súbito despertar;—y también el jerez y el *chateau* qué sé yo cuántos... y ese dulzón malvasía, que parece preparado en la botica de don Gustavo. Aquel maldito de las blancas patillas, detrás de mí, échale que no se derrame, y yo derramándolo todo sin prudencia en el estómago... Sí, estoy algo tras-

tornado, ¿he dicho alguna tontería?... ¿Qué es aquello, aquello?

Aquello era la lechosa claridad del patio del *Manchester*, iluminado por la luz eléctrica; era el pueblo todo, sumergido en un lago de plata.

—Estamos cerca—añadió Rómulo,—¿seguimos nuestro camino?

—¡Diez pesos a la sota de copas!—gritó en esto Gabinito, despeñándose de golpe.

—Venga—contestó don Valentín más con el ademán que de palabra.

Palpó los bolsillos del gabán, exhumó las barajas y las presentó triunfalmente. Al reclamo del vicio agrupáronse los tres, don Valentín y Gabinito despejados, o poco menos, y allí mismo, sobre la peña que les servía de mesa, acordaron jugar la partida. ¿Habría luz bastante? Rómulo aseguró que sí; la pícara luna, que tantas cosas encubre, alumbraba lo suficiente; ¡partida más discreta! las olas murmuradoras tampoco iban a contárselo a nadie.

—¡Diez pesos a la sota de copas!—repitió Gabinito,—a mí me gusta la Sota...

—¡Y las copas!—agregó Rómulo;—diez al cuatro de bastos.

—¡Diez al caballo de oros!—dijo don Valentín, que no se acordaba ya de Teles ni del santo de su nombre.

Nervioso, volvió las cartas una por una, y a

cada carta las tres cabezas bajaban y se alzaban, en ansioso movimiento de inspección, sin hablarse, poseídos ya del demonio que les dominaba. Salían las cartas, pasaban las cartas, y las respiraciones se acortaban, anhelantes.

—¡ Caballo de oros !—anunció don Valentín.

—¡ Cien pesos a la sota de copas !—dijo con rabia Gabinito.

—¡ Cincuenta al tres de espadas ! — dijo Rómulo.

—¡ Diez al caballo de bastos !—dijo don Valentín.

Entregó las cartas a Rómulo y las cabezas bajaron y se alzaron más ansiosas, más impacientes. Un minuto, dos minutos, tres minutos...

—¡ Caballo de bastos !—exclamó Rómulo.

—¡ Al diablo los caballos ! — chilló Gabinito ; —trae las cartas. Doscientos pesos a la sota de copas, insisto, ¡ maldita sea la Sota !

—¡ Veinte al as de oros !—dijo Rómulo.

—¡ Diez al caballo de espadas !—dijo don Valentín.

Más ansiosas todavía, más impacientes, las cabezas bajaban y subían. Tres minutos, cinco minutos...

El caballo de espadas apareció en las manos de Gabinito, que, furioso, lo arrojó de cabeza al mar. Y tras de él tiró el mazo de cartas, que el aire dispersó como extrañas mariposas noc-

turnas. ¡ Suerte perra ! *¡ cochon, le petit cochon !*

Don Valentín, silencioso, se esforzaba en coordinar el número de apuestas y la suma de pesos ganados. Miraba al agua, buscando los guarismos que la memoria dejaba de enhebrar... Y de repente, se cogió la cabeza entre ambas manos y lloró a todo trapo.

—¡ Si digo que soy un canalla ! ¿qué creerán ustedes que me he encontrado ahora en este perverso hormiguero de pensamientos? no el generoso y el nobilísimo que debió nacer después de la ganancia, sino el más ruin del mundo ; ¡ no, no hay remisión para mí ! en vez de pensar en mandar a Teles lo que acaba de regalarme la fortuna, para que coma la infeliz, para que se vista y apañe en sus necesidades, pienso en que es lástima que se lo mande, en que puede hacerme falta, porque si hoy gano, mañana pierdo, y todos los días no son de fiesta. ¡ Ah ! ¡ Casuso infame ! ¡ Ah ! ¡ Casuso indigno !

—¿Le pego?—vociferó Gabinito ;—¿a que le doy un guantazo? ¡ acaba de pelarnos los bolsillos y todavía llora ! ¡ al agua, Casuso, y buen viaje !.

¡ Zas ! y allá fué la pajiza cubierta de don Valentín, la nueva, con su gasa flamante y todo. No tenía él la cabeza tan perdida que no tomara cuenta del desafuero. Lanzó un quejido doloroso, y si Rómulo no anda listo y le coge del

gabán, se hunde en el negro abismo para salvar al náufrago, y ofrece su preciosa vida en cambio de la de su chapeo adorado; asimismo, pesado como era, la fina tela del gabán no pudo resistir el violentísimo tirón, y al desgarrarse de alto a bajo cayó don Valentín, mitad en seco, mitad dentro del amargo líquido... ¡Ay! agravio hecho a su guardarropa era peor que si a su persona se hiciera; ¡qué decir cuando vió rota la elegante prenda, perdido el sombrero, y en parte roto también, y mojado, su traje de etiqueta! allí fué el más recio llorar, el invocar a Teles, diosa doméstica, cuya sola intervención era capaz de remediar el estropicio, el renegar de los vinos de Schlingen y el echar furibundas miradas e insultos a Gabinito.

—¡Siempre he dicho que era usted un grosero!—mascullaba, limpiando y enjugándose las ropas; — ¡pero, ahora me ratifico, sí, señor, óigalo bien, me ratifico!

—Estúpido viejo, viejo ridículo—aullaba Gabino.

—¡Ea, ea—intervino seriamente Rómulo,—a la cama todo el mundo, y sin chistar!

Cogió a cada uno del brazo y reanudó la comprometida caminata, más difícil ahora porque había que poner paz a cada momento entre los dos adláteres, que cruzaban los puños y los insultos bajo sus barbas. Como avechuchos que atrae la claridad y fascinados van hacia

ella, iban los tres en dirección más o menos fija del luminoso foco del pueblo, y a medida que se aproximaban y aumentaba la luz, la desastrada facha que traían aparecía más visible; pasada la media noche, no era fácil que tropezaran al entrar con familia alguna, pero no faltaría quien les viera, y un testigo bastaba para la circulación de la aventura en varias ediciones. En el letargo del balneario, el cuento nuevo, corregido y aumentado, es manjar superior y apetitoso.

Iban, pues, los tres maleantes caballeros como el alcohol quería, y dispuso la estrella que les guiaba que al llegar a la verja del *Manchester* (después de un viaje que a Rómulo se hizo eterno) encontraran por allí al mozo aquel de los bigotes chinescos, al mismo Pepe, que tomaba el fresco fumando, y en sus seguras manos entregó Rómulo al malaventurado don Valentín, que por alojarse en las dependencias pudo ser llevado a su habitación con el sigilo requerido; no así a Gabinito, que hubo que hacerle atravesar el gran patio y no se mostraba sumiso a la orden de marcha, primero por culpa de sus piernas y luego por lo irritado que se había puesto de resultas de su larga riña con don Valentín; daba puñetazos al aire, amenazaba con romper la crisma a cualquiera, y todo era pararse y decir a voces:

—Te digo que aquélla es la ventana de la

Sotita; tiene luz: no se ha acostado todavía. ¡Maldita sota de copas! ese tramposo de Casuso... ¿dónde está Casuso? Ahí arriba está la Sotita... ¿Dónde está Casuso? ¡que venga, y le abro la cabeza!

Felizmente todos dormían, o al menos nadie se enteró del escándalo, y eso, que tenían que subir por la escalera principal y pasar delante de las habitaciones de Soto para recoger a Gabinito en la suya. O dormían o estaban sordos. Lo cierto es que pudo ser recluído el energúmeno, al cabo, y Rómulo deslizarse por el pasillo discretamente...

Todos dormían o estaban sordos. La que ni dormía ni sorda estaba era la misma Sotita, invocada por el ebrio con tan destempladas voces, y tras de su ventana, sobre el gran patio primero, y después pegada a su puerta, fué indignado testigo de la entrada poco solemne de los convidados de *La Walkyria*. Cada noche, a las tantas, sentía el rumor en el pasillo de los que subían del antro del juego, y el discreto batir de puertas cercanas le anunciaba la hora en que *él* llegaba a recogerse, las dos, las tres de la madrugada, pero nunca le sorprendió en tal estado como esta vez, que repugnaba a la decencia. Precisamente pensaba en *él*, como a todas horas: por parecerle hermosa velada, tendido el cabello, la batería del tocador preparada, un cepillito en la diestra, los ojos en el espejo... ¡Ay!

Se sentó en la silla, de donde la arrancara la voz amada, y mojó el cepillo en el negruzco menjurje que en un platito de porcelana la ofrecía su reservado concurso para dorar los cabellos que los años empeñábanse en platear. Luego tenía que lavarse la cara con una leche de rosas, de fabricación complicadísima, y ponerse una mascarilla de delicado tafetán, adherente y rígido, destinado a mantener la piel fresca y sin arrugas, suplicio de coquetería a que se sometía resignada, mártir de las conveniencias sociales, como otras muchas heroínas anónimas, que viven y mueren sacrificadas, sin esperanza siquiera de premio futuro. ¡Todo por *él!* para decirle, con la muda elocuencia de mujer, que tiene lengua y no puede hablar, que tiene voluntad y no puede ejercitarla:

—Te quiero, me gustas, me convienes. ¡Decídete!

Con mayor elocuencia aún en esta ocasión en que Flora ni le quería, ni gustaba de *él* ni en pintura. Precisamente por esto, los recursos del engaño debían ser más sabios y escogidos. Decidir una voluntad ajena por la persuasión ocular, diremos, parecía empresa sólo reservada a cualquiera de las Asnabales, por ejemplo, que prendían los ojos y los deseos antes que la Santa Bárbara sentimental; pero con armas que han de ir a buscarse en el arsenal del laboratorio, y el pudor mujeril de impedimenta, ¿qué

victoria esperar ni qué término favorable de aquella campaña insensata?

El desaliento quitó a Flora el cepillo de las manos. La luz artificial, más aduladora, sin embargo, y amable que la del día, decíala que estaba feísima así embadurnada; el olor repulsivo del menjurje tintóreo la levantaba el estómago; el tormento próximo de la mascarilla la espantaba como si, noche a noche, no lo sufriera... Todo por *él*, por el jugador, el perdido, el borracho que, pasillo por medio, dormía en aquel momento entre los vapores del alcohol; por el imbécil, tan ignorante como un salvaje; por el hombre, en fin, *el hombre*, el redentor que del purgatorio de la calle de Río Bamba podía sacar a su familia y darla a ella el pedestal que, al decir de los papás, necesitaba...

¡Sus papás! Flora echó una triste mirada del lado de la habitación contigua y manejó con ardor el cepillo. No, no por *él*... por ellos, sólo por ellos. Y pensar, ¡ay Dios!, que en otro tiempo, bien cercano por cierto, no necesitaba de este duro batallar con los años, porque era hermosa de verdad; a su legítima frescura bastábale, como a las flores el rocío, la sencilla ablución de agua clara; luego la borla de polvos, el peinado natural, una cinta, una nada... ¡y echen ustedes pretendientes! Flora les veía pasar en galante cortejo e interminable, sin con-

moverse, con más curiosidad que interés, a veces indiferente, aburrida, imagen ante la cual se postran los devotos y cuyos ojos de vidrio miran atónitos, a veces también burlona: hallaba a unos muy viejos, a otros demasiado jóvenes, otros bastante feos, aquél de sobra guapo, no tan rico alguno, pobres a muchos, con la nariz o la boca o la barba desagradable; el orgullo le decía al oído:—Tú vales más...; la vanidad:—Mereces más...; el interés:—Busca mejor...—Y pasaban los pretendientes y pasaban los años. Nunca imaginó que aquel bípedo despreciado fuera elemento indispensable de vida, tan absolutamente indispensable para la mujer como el vestido que se lleva; sus ideas independientes, su despego de la masculina compañía, la alejaban del matrimonio más que su indecisa voluntad, y se decía:

—Esperaré, no hay prisa, tengo tiempo, mucho tiempo.

Pensaba también que no era menester someterse a la esclavitud conyugal si no es a gusto, y que podía, soltera, rica y libre, ya que en la simbólica costumbre griega no encontró la realidad buscada, recorrer el mundo, viajar, pues se moría por los viajes, ver tierras, estudiar, aprender... Y en esto, como en todo, se sintió ligada de pies y manos, lazos paternales, lazos sociales, apretadísimos. ¡El matrimonio! ¡ni más norte, ni más fin, ni otra salida que el ma-

trimonio! Bueno, pues a casarse... Pasaban los pretendientes y pasaban los años, y Flora no se decidía; se le hacía muy cuesta arriba decidirse.

De ellos hubo uno, ése sí, que llegó casi a interesarla: Manolo Guerra, todo un buen mozo, rico, de gran familia; por más que le buscaba defectos, no se los encontraba, al menos no los tenía a la vista, que otro de los peligros del género es el que lleva consigo la adquisición de fardos cerrados: no se sabe lo que hay dentro sino después de haberlos pagado y abierto. Lo que había dentro del alma de Manolo Guerra lo vió a tiempo Flora, por fortuna; pero este descubrimiento la costó el sacrificio de sus últimas ilusiones, exacerbando su antipatía ingénita contra el tirano, que a sí mismo se llama rey, y como absoluto procede, legisla, hace y deshace a capricho: poco a poco iba aficionándose a su joven galanteador, admiraba sus gracias varoniles; su ilustración, que no era mucha, la consideraba digna de codearse con la suya, y el que su buen criterio padeciera en esto el influjo masculino revela que, a poco más, el tirano se apodera de ella y la vence, según costumbre y ley fatales; y poco a poco también, las suspicacias de siempre se adormecieron, la rigidez habitual de su temperamento adquiría algún calórico, su voluntad se mostraba más débil; subyugada por la fascinación

del hombre, ofrecía ya todos los síntomas de la transformación periódica a que iba a quedar sujeta: de mujer en esposa, de esposa en esclava, de esclava... en lo que él quisiera, objeto o cosa indefinida... Y un día, en sus paseos de novios, allá en las sierras de Córdoba, donde hubo de pasar don Navigio la convelencencia de una grave enfermedad, vieron dos pájaros en una rama que disputaban, luego que reñían, y por último, que el más fuerte derribaba al otro a picotazos, le perseguía iracundo y maltrataba, y dijo el joven en son de broma:

—Es el marido que le casca a la mujer por desobediente, holgazana o descuidada. Bien hecho.

—Es un marido grosero — rectificó Flora — que pega a su pobre mujer porque no se presta sabe Dios a qué antojos suyos. Mal hecho.

—El marido es el amo—repuso el joven.

—Y el ama la mujer—contestó Flora,—dos voluntades en una, no una voluntad sola.

—Crees, entonces, que el marido...

—Crees, entonces, que la mujer...

Disputaron, se agriaron, y en poco estuvo que acabaran como los dos pájaros. En los ojos de su novio vislumbró Flora el relámpago voluntarioso del varón dominante, y es fama que a incidente tan baladí, y no a conocidos devaneos del pretendiente, se debió el que ella le plantara en seco... Y vuelta a empezar. No ha-

lló otro de su gusto que le reemplazara, y la desilusión aumentó su repugnancia de casorios. ¡Sería libre!

¡Mujer y libre! ¡consorcio imposible de palabras! Los años, que no esperan, seguían pasando; apuntó la primera cana, la fortuna se deshizo, y de pronto despertó Flora de su sueño de orgullo... y se vió delante del espejo manejando el cepillo del tinte, en esta noche de Marplatina en que el último pretendiente, digámoslo más claro, su postrer pretendido y el peor de todos los que le arrastraron el ala, dormía su borrachera pasillo de por medio; despertó Flora y se vió ajada, arruinada y desengañada: como aquellos malos consejeros suyos de antaño, la luz la hablaba al oído, pero diciéndole la verdad:—Estás fea... La peladura de la ceja se agranda... Las patas de gallo aumentan... ¡Es inútil, completamente inútil!

¡Inútil! sí, pero necesario, absolutamente necesario; por ellos, por ellos, los papás, a quienes arrullaba la esperanza en la habitación contigua. Si lo otro, el recurso del trabajo, era imposible, ridículo, vergonzoso... ¡Era preciso buscar un hombre! si no encontraba otro que aquél, ¿qué había de hacer?

—Pero, a ver, Flora, Florita inteligentísima y reposada: ¿de veras le has encontrado, has encontrado ese hombre? ¿el hombre necesario para la salvación de tu familia, el escu-

do, el pedestal, la muleta de tu femenina debilidad, el que ha de encarnar aquel símbolo filosófico de tu tía de Córdoba, es ése que roncando está muy cerca de ti? ¿Es ése al que dispuesta estás a entregar la soberanía de tu voluntad, que supiste defender de Manolo y defender soñabas de todos los varones nacidos? ¿Es ése el tirano, ése el ogro escogido? A ver, Florita, di la verdad, como te la dice el espejo; habla, confiesa, expone tus pensamientos todos en la soledad de tu gabinete, mientras el cepillito amigo disimula tus faltas, según las deben disimular los buenos amigos...

Flora suspiró y quedó cavilosa. Pues no: hasta ahora, hasta el momento presente, no podría decirlo a ciencia cierta, con seguridad absoluta, si era o no era; disipado el enredo del picarón de Casuso, por los hechos mismos, por la exhibición amorosa de la pareja, cuyo noviazgo andaba ya en gacetillas, no había variado la actitud indecisa del otro; ni caía ni dejaba de caer; lo rumiaba, lo rumiaba demasiado: rumiándolo venía un largo año, y desde las últimas noches de la Opera hasta el paseo al Faro, que debió marcar cambio favorable de actitud y no lo marcó en un solo grado, y desde el paseo al Faro hasta esta hora de análisis inquisidor, ni negro ni blanco podría decirse respecto de cuál fuera la intención que ocultaba. ¡Cómo no se lo preguntara! y las conve-

niencias, ¡siempre las conveniencias!, no la permitían más que sonreir delante de *él*... y esperar sentadita y con santa paciencia a que desanudara su lengua y su reserva.

Que su varia charla y gracejo le cautivaban, nadie lo dudaba, pues a la vista de todos abría la boca escuchándola, y por donde anduviera era seguro que le llevaría de faldero... Aquel día, aquel mismo día, en el Tiro de Pichón, que hubo un *shooting-out* (traduzcan ustedes como quieran), un *shooting*... eso, preparatorio, en que *él* quedó vencedor sobre El seíto Miralta, Rómulo y cuantos pasaban por excelentes tiradores... Pues en el Tiro de Pichón se acercó a ella con la escopeta triunfadora, y la habló de muchas cosas veladas, cuyo sentido era fácil interpretar, y por mucho tiempo; la habló con cierta recalcadura misteriosa, brillándole los ojos muertos que la crápula había hundido y sombreado.

¡Ay! ¡que de estas hebras de esperanza hubiera de tejer su porvenir! ¡y que todo su porvenir se encerrara en el querer de aquel hombre corrompido!

Cogió Flora una pantalla de hoja de palma, y suavemente aireó el cabello suelto; era esta operación muy pesada, pues mientras no lo tuviera completamente seco no podía repartirlo en guedejas, que enroscaba luego y aprisionaba dentro de horquillas para rizarlo. En segui-

da venía el concienzudo lavado de la cara, el baño medicinal de los hombros y del seno; después el untar de las manos en almendrada pasta que suavizara la mucha aspereza que el trabajo doméstico, la escoba y la plancha especialmente, la causaba ¡ay! en la calle de Río Bamba, y, por último, la mascarilla, el tormento mayor de todos.

Tenía por costumbre Flora, en esta obligatoria sesión de tocador, interrumpir cada una de las operaciones del programa con paseos discretos en el gabinete, acompañados de soliloquios que duraban tanto como el intervalo que hacía mediar entre una y otra; y así, cuando cogió la pantalla, se levantó, y echándose aire con ella, comenzó a pasear y hablar de esta manera:

—Supongamos, aunque me parece mucho suponer, porque estoy a prueba de desengaños, supongamos que lo del Tiro de Pichón es buen síntoma, y al rendir a mis pies su escopeta triunfadora, me rinde, en el nombre, claro, su voluntad... Supongamos también que el saludito aquél al despedirse para *La Walkyria*, excusándose por no comer en nuestra mesa, es la postdata de la carta del Tiro... El golpe está ya dado, somos novios, nos casamos. ¡Casada estoy! realizado queda el más ferviente deseo de papá y de mamá. Soy una señora apreciable, no una desdeñada solterona; tengo un nom-

bre, que antes no tenía; soy alguien, que antes no era nadie: milagro hecho por el borrachín de enfrente y a quien debo quedar profundamente agradecida por haberse dignado hacerlo. Al mismo tiempo, quedo sometida a *él* y convertida en un objeto de su propiedad particular. Bueno; cuando se les quiere a estos verdugos, que no falta quien les quiera y les bese las manos opresoras, pienso yo y doy de barato que puedan ser muy agradables la esclavitud y la tiranía bajo su dominio; pero, ¿si no se les quiere? ¿si no se les puede querer?... Flora, ¿le quieres tú al borrachín? ¿le puedes querer? le querrás mañana que sea tu amo, como decía Manolo, y bien caro que le costó la palabra... *(Pausa.)* No, no le quiero, no le querré nunca *(agitando más la pantalla)*, es demasiado vulgar e inculto. Es un necio. Es un crapuloso. Es un... ¿no tiene el diablo más cualidades que prestarme para adornarle? Y yo digo que si no he de quererle nunca, ¿qué felicidad encontraré a su lado? ninguna, absolutamente ninguna... *(Pausa.)* Tampoco al lado de otro hombre, aunque no fuera ni borrachín como *él*, ni como *él* tan despreciable en todo sentido. Y es que, la verdad, esta verdad que me está vedado confesar en alta voz, yo no puedo ya querer a nadie, cuestión de años, de temperamento o de gustos, y me encuentro muy bien de solterona; si el papel de esposa lo he de

hacer muy malamente, ¿por qué se me fuerza a hacerlo? ¿por qué la familia y la sociedad me lo imponen? ¿sólo para casarse ha nacido la mujer? ¿sólo para el hombre?

Cien veces, en sus monólogos alrededor del manoseado tema y barajando las más sobadas razones, arribaba a esta pregunta cruel, y en ella estrellábase toda su lógica, como si diera con la cabeza contra el muro. ¡Sólo para el hombre! Con él, el respeto, el aprecio, la dicha, la abundancia; sin él, el vacío, el ridículo, la murmuración, la miseria... Las manos, por ser de mujer, no tenía el derecho de ejercitarlas sino en la costura o en domésticas tareas análogas; la inteligencia, por ser de mujer, reducida a poner de acuerdo la modista con la elegancia y la cocinera con la economía; si falta la audacia que rompe la valla de las preocupaciones, cátate perdida en el rebaño de mansas ovejas. Y menos mal cuando el nombre obscuro, la cuna humilde, autorizan o consienten o perdonan o disimulan desplantes y atrevidas incursiones en el campo intelectual masculino; pero cuando se disfruta de la honra de ser hija del doctor Soto o de cualquier doctor de la iglesia aristocrática, aunque no haya trigo en el granero, la sentencia de misia Loreto será ley, y sin apelación. ¡Audacia, energía! ¿quién se las diera a Flora para resolver de una vez el siniestro problema?

Arrojó la pantalla, y seco ya el cabello, comenzó el peliagudo reparto y la dura prisión de las guedejas dentro de las horquillas. Esta operación, más larga que las demás, la distrajo mucho; sus ideas tomaron otro rumbo, el que solían con harto placer por las praderas de la independencia y del trabajo libre, emancipada de toda clase de tutelas, paternal, marital y social, con la virtud por escudo y el favor de Dios.

Y como otras cien y cien mil veces, el viaje imaginario la produjo cansancio y desesperación; miraba y palpaba sus grillos, más apretados que los que servían de tortura a sus cabellos, y al remachar de cada uno decía:

—¡Si no puedo moverme! eso no lo podré hacer nunca, y como me falta el valor, el valor de la heroína, no me queda más que entregarme al verdugo y consentir en el sacrificio... Píntate, Florita, hermoséate, finge, miente, estudia el papel de esposa y repásalo, que si lo desempeñas bien, se te promete, en primer lugar, la seguridad del pan de la familia, lo primordial; luego... lo demás, todo lo demás que sabes... Sí, señor *(volviéndose como si hablara con alguien)*, le haremos a usted diputado; porque aun cuando la influencia de papá anda un poco quebrantada, y tanto que hoy no había recibido todavía la respuesta presidencial a la carta aquella reclamando para sí lo que la injusticia quiere dar a Eneene, alguna le queda todavía,

y ha de servirle para conseguir que las puertas del Congreso y de la política se abran para usted, señor borrachín...

Quedó, al fin, prisionera la última guedeja, y antes de lavarse paseó unos minutos, continuando el soliloquio:

—¡Tendría gracia que, viéndose diputado, se echara atrás y me plantara! muchísima gracia. Oiga usted, mi odiado pretendiente, mi desagradable futuro: ¡cuidado con eso! yo no le querré a usted y como una medicina que se da a un enfermo, estaré dispuesta a tragarlo cerrando los ojos; pero el plante no me gustaría... ¡Dios mío! sólo la idea... Ya se me obscurece todo de nuevo: desaparece el hombre, el salvador, y me siento perdida, vacilo, me parece que piso en falso, que tropiezo, que caigo...

Tropezó con el lavabo, que la ofrecía el refrescante líquido lechoso, y sumergió la cara en la jofaina, larga y generosa ablusión que, si poco contribuía a realizar el milagro de la fuente de Juvencio, alegraba sus pensamientos contaminados de desconfianza.

Pero era esta idea del abandono y de la esterilidad de su porfía tan poderosa en la imaginación de Florita, que en seguida le salía por los ojos en forma de lágrimas; quisiérale al otro, al dormilón indiferente, con toda su alma, con amor profundísimo de mujer normal, de esclava resignada, y no padeciera quizá tan intensa-

mente la tortura que sufría. ¿Era el castigo de su rebeldía a las leyes naturales y sociales?

—Ya pareció aquello—decía paseando, mientras se enjugaba la cara;—lagrimitas tenemos. Voy a creer que le quiero, que estoy enamoradísima de *él*... Hasta siento celos de que otra me lo quite, otra más joven y más bonita. Un hombre, aunque sea un mamarracho como mi adorado vecino, es objeto siempre de disputa entre dos o tres o más mujeres, de alta o de baja estofa, bellas o feas, ricas o pobres, y eso porque para cada hombre hay diez mujeres, según la proporción estadística... Si no fuese yo como soy y en mis buenos tiempos no hubiera desperdiciado los muchos Manolos que se me brindaban de rodillas, ¿me vería como me veo? ¡oh, soberbia, cómo ciegas y cuán terrible es tu influencia!... Pero, ¿tengo yo la culpa de ser como soy? ¿tengo yo la culpa de que el camino que noblemente deseo seguir se me cierre y aparezca erizado de mil obstáculos? El matrimonio es la salvación, *él* el salvador... ¡Ay, borrachín de mi alma, qué caro me cuestas!

Enjugada la cara, faltaba el baño del busto... Ya sé yo que hay quien espera, con libidinosa impaciencia, este número del programa nocturno de Florita, pues aun cuando el tocado de un arenque no parezca cosa de trascendencia entre los peces mayores y menores, no faltan Gabinitos estragados que desearan pa-

garse el espectáculo. Mas, dirigiéndome al impertinente, cúmpleme decirle que mi pluma es bien nacida, y como bien nacida pulquérrima y honesta: ni permite que la manchen suciedades del arroyo, ni consienten que modas malsanas, como todas las modas pasajeras, la hagan violencia para gusto de la plebe; y así, lo que vamos a hacer ahora que Florita entreabre su camisolín de encaje, es retirarnos sin ruido y en obsequio a la decencia, por el mismo Adán, salvaje y todo, respetada en el Paraíso, permaneceremos en el pasillo todo el tiempo que oigamos el chapoteo del agua en la palangana. Poco tiempo será, y muy pronto la señorita de Soto se dignará prevenirnos que podemos pasar... es decir, ella no, ¡a tales horas!... pero, como nuestras intenciones son perfectamente puras, en nada faltamos a la moral deslizándonos de nuevo en el gabinete, ahora que el camisolín ha vuelto a abrocharse y esconde lo que no debíamos ver...

De pie ante el tocador, Florita ajustaba el antifaz de tafetán como un cómico del teatro antiguo que va a salir a escena, adaptándolo de tal modo a la piel que no formara arrugas y fuera como otra cara que usara para dormir, mientras la del día, la que mostraba en sociedad, desaparecía bajo la máscara; así disfrazada, vió que por los agujeros del tafetán los ojos auténticos volcaban dos lágrimas de protesta, la pro-

testa eterna de su rebeldía, y se apresuró a secarlas por temor de que estropearan el artificio; cogió la palmatoria y, volviéndose hacia la puerta de entrada, hizo burlesca reverencia y se despidió:

—Señor borrachín, ¡muy buenas noches!

VII

EL BAILE

(Gran salón de fiestas del MANCHESTER-HOTEL *en Marplatina. Gran iluminación. Gran orquesta. Gran concurrencia. Gran lujo. Algunos bailan, otros pasean, muchos miran desde las puertas os más bostezan, los menos callan, casi todos murmuran. Es de noche.)*

PERSONAJES

TODOS LOS NOMBRADOS Y MUCHOS ANÓNIMOS

ESCENA PRIMERA

D. GABINO.—D. FEDERICO. Luego, D. GUSTAVO y D. NAVIGIO

D. GABINO *(arrastrando del brazo a Schlingen hacia un ángulo del salón)*.—Venga usted para acá, amigo mío; salgamos de este hervidero que nos amenaza liquidación forzosa.

¡Mu, mu! Lo que es las parejitas que bailan no reparan en obstáculos... ¡Mu, mu!

D. Federico *(reposadamente)*.—La juventud es vértigo; el baile es también vértigo: sume usted los dos coeficientes...

D. Gabino.—La locura... Aquí estamos muy bien: vemos todo con comodidad y no nos molestan.

D. Federico. — Es natural que los viejos busquemos el abrigo de los rincones. No estamos para otra cosa.

D. Gabino.—¡Hombre! ¿y eso lo dice usted, con mujer joven y bonita? Modestia es, y muy grande. ¡Mu!

D. Federico.—El cargo de marido es carga pesada, de joven por el cargo y de viejo por la carga. En total, que cargados vivimos, señor Asnabal, y todo nos va cargando con el tiempo... Este espectáculo...

D. Gabino.—A mí me divierte, ¡mu! cualquiera diría que bailando están aquí valses y rigodones las grandes fortunas de nuestro país; pues no, y usted lo sabe muy bien: pequeñas rentas, sueldos exiguos, pobreza solemnísima, la insolvencia descarada, al lado de unos cuantos millones desperdigados, todos, eso sí, haciendo de Rostchildes con un aplomo extraordinario, asombroso. Es nuestro *tic* nacional, amigo Schlingen. Mire usted a Soto... mire a Ca-

suso... mire al que mis hijas llaman el *Pisahuevos*... Ejemplos vivos y que colean.

D. FEDERICO. — El delirio de las grandezas es vesania que hiere las imaginaciones fértiles y exuberantes. No sueña en grande un país pobre y sin recursos. ¡ Dichosos los países que deliran, porque de ellos es el porvenir !

D. GABINO. — Prefiero un país que marche despacio, por sus cabales, apoyado en la economía y aconsejado por la prudencia. Estas erupciones de progreso me dan miedo. Y cuando toda la sangre se sube a la cabeza, como sucede en nuestra República, con Buenos Aires repleto y las provincias anémicas, pienso involuntariamente en la apoplejía. No guarda proporción, no guarda, y la proporción es regla de arte y de vida.

D. FEDERICO.—Cierto es, y a conseguir que se guarde debemos contribuir todos.

D. GABINO *(vivamente)*. — Pero, no contribuímos, ni en poco ni en mucho. Al contrario, ¡ mu ! si no forjamos más que proyectos grandiosos... Todo grande, todo en grande y todo a lo grande. Lo pequeño lo despreciamos, como si en el tamaño consistiera el mérito. Para nosotros todo es cuestión de tamaño. Concebimos los proyectos más desmesurados, y la vanidad nos adula con el comentario ridículo :—¡ Ni en París ! ¡ ni en Londres ! ¡ ni en Nueva York ! Y de hecho, nos consideramos gigantes y hom-

breándonos ya con estas grandes capitales. El delirio nos aparta cada vez más de lo real. Estamos ebrios de vanidad.

D. FEDERICO.—El delirio es uno de los principales resortes del progreso. El que no sueña, no se atreve; el que no se atreve, no intenta; el que no lo intenta, no logra nada.

D. GABINO.—¡Vaya! que no ha hecho usted su gran fortuna delirando, ni el amigo Brünn, que aquí se acerca, tampoco, ni yo... sino pisando firme en la realidad, ¡mu! usted con sus combinaciones comerciales, don Gustavo con sus drogas y yo con la procreación de mis vacas...

D. FEDERICO *(machacón)*. — Delirando, delirando todos, señor Asnabal. Soñando con ser grande, a grande se llega, si la suerte ayuda.

D. GABINO *(malhumorado)*. — No me convence usted. ¿Pretenderá usted, pongo por caso, que Eliseíto Miralta llegará a rico bailando cotillones en Marplatina? ¿o Casuso, comiendo mal por vestir bien? ¿o una Sota de éstas que dejan la escoba para ponerse el sombrero?

D. FEDERICO *(desconcertado)*. — Distingamos; vamos por partes...

D. GUSTAVO *(acercándose)*.—¿Qué es eso? ¿discusión tenemos?

D. NAVIGIO *(acercándose)*.—¿Discusión política?

D. GABINO. — Discutimos, sí, señores, por-

que en algo hemos de entretenernos los viejos mientras la juventud se divierte; discutimos, pero no de política, con la que no tenemos ni queremos tratos nosotros, la masa neutra, los obreros de la colmena.

D. NAVIGIO *(inclinándose)*.—Muchas gracias por el favor. Deduzco de ahí que nosotros los políticos somos los zánganos.

D. GABINO.—¡Hombre, no! ¡por dónde toma usted las cosas, doctor! decía, ¡mu!...

D. GUSTAVO *(interrumpiendo)*.—¡Mis felicitaciones, señor Asnabal! hacen la pareja más gentil del mundo. Va de veras, ¿eh?

D. GABINO *(indiferente)*.—Así parece. Allá ellos, ¡mu!... Son asuntos en los que no me mezclo. Mis hijos tienen carta blanca para decidir de sú porvenir. Si se casan a mi gusto, no sólo recibirán el haber de la madre, sino el mío también; no quiero que nadie se impaciente porque tardo demasiado en irme al carnero: deseo vivir tranquilo y sin prisas... Si se casan a disgusto mío, recibirán lo que la ley les acuerda y un puntapié de mi parte. ¡Mu!

D. NAVIGIO.—Pues esta vez debe estar usted contentísimo. ¡Uno de nuestros primeros apellidos!

D. GABINO *(desdeñoso)*.—No estoy, no, descontento... Pero, francamente, habría querido que Ernestina se casara con un hombre y no con un apellido; con un hijo de sus obras, y

no con el nieto de las da su abuelo... ¡ Mu ! éste es otro de los síntomas de nuestra demencia, ¿ve usted, Schlingen? andamos ahora tras de los apellidos, como en Europa tras de los títulos, y no falta papá condenado a vestir, alojar y dar de comer al yerno hambriento porque luzca una hija una corona, más o menos desdorada. ¡ Necedad ! ¡ estupidez ! ¡ mu !

D. Federico *(expansivo)*.—Afortunadamente, no es el caso de usted, señor Asnabal. Cuando el apellido va junto con las buenas condiciones, el valor cotizable es mayor, casi tanto como el de la parte pecuniaria. Yo le felicito a usted... ¡ oh ! realmente, verdaderamente, le felicito a usted de todo corazón.

D. Gustavo *(aparte)*.—Lo creo.

D. Navigio *(aparte)*.—¡ Te veo !

D. Gabino *(dando la mano a Schlingen)*.—Gracias, amigo mío.

D. Federico *(conmovido)*.—¡ De todo corazón !

D. Gustavo y D. Navigio.—Choque usted, amigo Asnabal, y que sea enhorabuena.

D. Gabino *(dándoles la mano)*. — Gracias, gracias... Esto se me antoja un pésame o despedida de duelo. Basta, señores... ¡ Mu ! ¿qué movimiento es ése?

D. Navigio.—Parece que nuestras damas andan soliviantadas con la presencia de esa seño-

ra Wanda en el baile. Dicen que es un atrevimiento, una injuria...

D. GABINO.—¡Pues, me gusta! ¿es ésta una sala particular? y, sobre todo, ¿sabemos o no sabemos quién es la señora Wanda?

D. GUSTAVO. — Como saberlo, no; se supone...

D. GABINO. — ¿Y sobre cuatro suposiciones han dictado sentencia nuestras damas meticulosas? Digo a ustedes que si fuéramos a examinar aquí patentes de sanidad...

D. NAVIGIO.—Amigo Asnabal, ¡que se escurre usted!

D. GABINO.—Déjeme usted que me escurra, ¡mu! ¿Soy ó no soy amigo de la justicia? Vamos allá a predicar la razón a las revolucionarias... Colectivamente, nos pasamos de pudibundos; particularmente, nos pasamos... a la otra alforja. ¡Hipocresía! ¡fariseísmo! ¿vamos o no vamos?

LOS TRES.—Vamos. *(Se alejan y confunden entre la muchedumbre.)*

ESCENA II

ERNESTINA.—RÓMULO

(Primer dúo con sordina.)

ERNESTINA.—Repito que no le creo que no haya usted tenido algo que ver con Florita. ¿Por qué lo niega usted? ¡buenas rabietas me han hecho pasar ustedes! Y Edelmira, como es tan mala, me traía cada mañana y cada noche nueva prueba...

RÓMULO.—Bromas de Edelmira. ¡Cómo ha podido usted imaginarlo! Ni en sueños, ¡valga mi juramento!

ERNESTINA.—Sin embargo, mucho que se pasaban ustedes las horas charlando, y siempre juntos y siempre con secretitos...

RÓMULO.—Pero siempre con Gabino y siempre por Gabino.

ERNESTINA.—¿De veras? Gabinito es un caprichoso, un antojadizo... ¡Tiene unas cosas! a quién se le ocurre...

RÓMULO.—Solamente a él... y a ella.

ERNESTINA.—De ella no lo extraño, la pobre está *in extremis;* pero mi hermano... ¡por Dios!... Felizmente, en él son viarazas sin con-

secuencias. En cuanto a usted... No extraño tampoco que ella le prendiera, ¡pica muy alto la señorita!

RÓMULO *(más bajo)*.—¡Cómo ha podido usted imaginarlo! Siguiendo sus huellas he venido, y ningún otro pensamiento, más que el de la crueldad de Ernestina, me ha ocupado en toda la temporada.

ERNESTINA *(mirando su abanico)*. — ¡Mi crueldad! ¿qué sabía usted cómo era, si nunca me dijo nada? y para decirme algo... *(burlona)* necesitó de la ayuda de vecino.

RÓMULO.—También usted la pidió para dejárselo decir... Me lo ha contado el mismo vecino.

ERNESTINA *(riendo)*.—La verdad es que hemos estado hechos un par de bobos. Nos buscábamos mutuamente, nos ponía la casualidad... o la voluntad, frente a frente... y preguntábamos dónde estábamos al que pasaba. El juego de las esquinitas. Y todo por amor propio, ¡no lo niegue usted!

RÓMULO. — Ha dicho usted *mutuamente*, lo cual significa...

ERNESTINA *(con viveza)*.—No significa nada; ¿quiere que le halague el oído? pues, no le daré ese gusto.

RÓMULO.—¡Mala!

ERNESTINA.—¡Pretencioso!

RÓMULO. — De todos modos el gusto me lo

da, y grandísimo, mostrándome esos ojos... ¡Hermosa, dulce, admirable Ernestina!

ERNESTINA.—¡Qué horror! eche usted adjetivos... y mentiras. ¡Vaya! y tan callado y seriote que parecía. Yo creía que no tenía usted voz más que para ensalzar la espiritualidad de Florita, y pensé muchas veces que su cortedad aparente conmigo era porque me juzgaba desabrida, una muñeca de lujo, y nada más.

RÓMULO.—¡Usted pensaba eso! y yo pensaba que usted me juzgaría un muñeco también, un qué sé yo qué o un sabe Dios cuántos...

ERNESTINA.—¡Eso no es verdad! usted pensaba que yo estaba muertecita por usted... ¡botarate!... ¡pues, no es cierto!

RÓMULO.—Ya sé que no es cierto. Ni entonces, ni ahora.

ERNESTINA.—Que me enojo, ¿eh? como sigamos removiendo el pasado, vamos a tener la primera peleíta, que acaso saldría a colación algo que, dándolo por muerto, he dejado a usted que lo entierre sin responso, en la seguridad *(recalcando)* que no resucitará al tercer día.

RÓMULO *(confuso)*.—Amén. Dejemos en paz al pasado.

ERNESTINA *(alegremente)*.—Dejémoslo. Mejor será que hagamos proyectos para lo futuro, que soñemos... ¡Qué horror! ¡qué empujón! ¡no miran por dónde bailan!

RÓMULO.—Somos nosotros los que no sabemos por dónde caminamos. ¿Quiere usted que nos refugiemos en algún riconcito?

ERNESTINA.—No, no... Bailemos también, y así pagaremos en la misma moneda a los impertinentes. Mire usted a Gabinito y la de Schlingen. ¿Nos acercamos?

RÓMULO.—No, vamos hacia otro lado. Bailemos. *(Se alejan bailando.)*

ESCENA III

GABINITO.—ADELAIDA

(Segundo dúo con sordina.)

GABINITO *(cesando de bailar, sofocado)*.—Hace mucho calor para seguir saltando, ¿verdad, divina Adelaida? nos pasearemos, y así tendré yo el honor de lucir mi compañera... No se quejará usted de la discreción de Rómulo... ¿Le conserva usted rencor?

ADELAIDA *(con desprecio)*.—Sería hacerle un favor que no merece. Habrá usted observado que ni le miro siquiera. El doctor Pares ha pasado a las profundidades de mi archivo, y allí se lo comerá la polilla del olvido. Requiescat... y que mi desdén le sea leve. La que me ins-

pira verdadera compasión es su hermanita de usted, ¡ah! será desgraciadísima; ¿cómo le ha hecho caso a ese...? No quiero calificarle por respeto a ella; pero usted, que le conoce tanto como yo, no sé cómo lleva su amistad al extremo de consentir... ¡Y tan mona! ¡ay, qué lástima!

GABINITO.—No exagere usted, Adelaida, porque creeré que mi pobre amigo no está tan archivado y olvidado como parece. Sea usted benévola, generosa... Las almas nobles no se vengan, perdonan.

ADELAIDA.—Y presentan la mejilla para una segunda bofetada. Soy demasiado humana, amigo mío, para tanta sublimidad. Pero, no tema usted, que si yo no perdono, en este caso mi venganza consiste en no vengarme, por ahora, de manera alguna, es decir, que dejo a los hechos mismos el cuidado de vengarme. La vanidad se castiga con la indiferencia y el menosprecio: figúrese, el que pretendía funerales majestáticos, con lágrimas, duelos, lamentos y desmayos, ¡qué cara pondrá al verme reir!

GABINITO.—Eso, mucha risa, y el mundo a la espalda. ¡El rey ha muerto! ¡Viva el rey!

ADELAIDA.—Yo soy republicana.

GABINITO *(con resolución y más enojo)*.—Diga usted entonces: ¡Pares ha muerto! ¡viva Asnabal!

ADELAIDA *(riendo)*.—¡Picarón! ¡y qué fran-

co es el niño! sabía que tenía usted las manos muy largas; pero, generalmente, los que dan muestras *palpables* de este defecto no se expresan con tanta frescura... París es realmente una Universidad, donde el que no se gradúa de listo en este ramo es porque no quiere... Pues, a mí me han referido no sé qué de intenciones matrimoniales suyas...

GABINITO.—¡Disparates! viarazas, como dice Ernestina. ¿En qué ha de entretenerse uno en estos balnearios, para pasar el rato? yo, por mi parte, en hacer ojitos a las muchachas, y me divierto que es una barbaridad, porque escojo siempre la más fea, o la más vieja, o la más pobre; mientras, se traga el anzuelo, y después de tragarlo ocurren lances tan graciosos con la que bien puedo llamar mi víctima, y su mamá (generalmente tiene mamá), o una tía, que la sirve de compañía, postiza o de veras, que es de morirse... Experimentos psicológicos muy interesantes.

ADELAIDA.—¡Qué manera de abusar de su superioridad... pecunaria!

GABINITO.—Por pasar el rato, nada más.

ADELAIDA *(volviéndose hacia la derecha).*—De aquel lado llegan hasta aquí disparos de miradas amorosas... Es un corazón incendiado que echa chispas. ¡Hombre terrible! ¿y no le remuerde a usted la conciencia?

GABINITO *(mirando con disimulo hacia el*

mismo lado).—Confieso que a veces... siento lástima... pero, ¿dónde está el daño? vaya por las calabazas con que ustedes nos obsequian.

ADELAIDA.—Me habían asegurado que en esta ocasión le llevaban a usted ambiciones políticas, y por lo tanto, la cosa no era broma...

GABINITO *(con desdén).*—¡La política! ¿qué entiendo yo de eso? por pasar el rato también, quizá me ocupara en ella... Yo me aburro, y lo que busco es distraerme de cualquier modo, aunque no a precio tan elevado como el matrimonio. ¡Yo no me caso, ni por pienso!

ADELAIDA.—Hace usted bien; sólo se casan los tontos.

GABINITO.—Y los que se aburren... cuando no encuentran mujeres como usted...

ADELAIDA *(con intención).*—¿También por pasar el rato? ¿me clasifica usted entre las desgraciadas a quienes de burla *hace ojitos?.* hombre, ¡muchas gracias!

GABINITO *(galante).*—Bien lo sabe que no... Es usted la mujer más soberbiamente hermosa y apetecible que yo he visto. ¡Ni en París!

ADELAIDA *(burlona).*—Realmente después de tal elogio, debo estar satisfecha. Se le llena a usted la boca con las cinco letras de ese nombre sugestivo.

GABINITO *(más bajo).*—De agua se me llena viéndola a usted... Divina Adelaida, ¿a qué ho-

ra está más ocupado don Federico en el precioso trabajo de sus tallas?

ADELAIDA *(con malicia)*.—Ya he dicho a usted que soy republicana... e independiente.

GABINITO.—Mejor. Escogeré yo la hora entonces.

ADELAIDA.—Cuidado que no le atrase el reloj. ¡Ja! ¡Ja!

GABINITO. Y nos vengaremos de Rómulo, ¿verdad? *(Adelaida sonríe; siguen hablando en voz baja, y lentamente caminan hacia la izquierda.)*

ESCENA IV

MISIA LORETO.—FLORA

MISIA LORETO *(contrariada)*.—Se van de aquel lado. ¡Y siempre con esa mujer! Es que tú no le miras.

FLORA *(indiferente)*.—Sí le miro, mamá.

MISIA LORETO.—O no le miras sonriendo.

FLORA.—También le sonrío, mamá.

MISIA LORETO *(impaciente)*.—¿Qué es entonces? no lo comprendo. Allí viene Eliseíto... Hazte la tonta, como si no le conocieras. Quizá tiene celos de Eliseíto... Demuéstrale que nada te interesa Eliseíto. Esta noche no baila-

rás con él, ni con nadie. Hay que aclarar la situación. Vamos allá con disimulo, y nos haremos los encontradizos... *(Vanse hacia la izquierda.)*

ESCENA V

EL PISAHUEVOS.—EL RABIOSO.—EL PARTECORAZONES.—EL COLORADITO.—LA DAMA DUENDE.—LA TÍA CANGREJO.—LA MILITRUNCHA.—LA PEREGILA.

EL PISAHUEVOS *(con aire de haber descubierto la América)*.—Pasan unas cosas en esta sociedad de la *haute*, como dice el cronista de *La Opinión*... Es de quedarse uno frito. Acaban de contarme...

TODOS.—¿Qué? ¿qué?

EL PISAHUEVOS.—No es un cuento; es un trozo de la historia misteriosa de ese alemanote de Schlingen. Figúrense ustedes que en su país ha estado procesado...

LA MILITRUNCHA *(atropelladamente)*.—¿Por asesino? cara de eso tiene.

EL PISAHUEVOS.—¡Por robo en un Banco, del que era empleado subalterno! Abuso de confianza, suplantación de firma o falsificación, no

sé; lo cierto es que desapareció con unos cuantos miles de marcos...

La Peregila *(con extrañeza)*.—¿De marcos?

El Pisahuevos *(doctoralmente)*.—Los marcos son los pesos de Alemania... Pues, sí, señores; desapareció con el robo, y se vino aquí de un salto. Hubo su exhorto correspondiente; pero el pillo del tudesco supo hacerse de tan buenas relaciones (sabido es que de la época de Eneene data su preponderancia bursátil), que no le faltó quien le defendiera y protegiera, el mismo Eneene y toda su camarilla, y ahí se está todavía el exhorto muerto de risa, sin que ningún ministro alemán haya podido moverlo.

El Rabioso *(incomodado)*.—¡Y a pesar de eso ha emparentado con una de nuestras principales familias, de cepa colonial, y va a su casa la mejor sociedad!

El Coloradito.—Diga usted: gracias a eso.

El Rabioso *(más incomodado)*.—Es que es preciso concluir con estas inmoralidades. Hay que sanear, hay que desenmascarar, hay que castigar. ¿Y la moral?

El Partecorazones.—Hace tiempo que la perdimos de vista

El Rabioso *(gritando)*.—Es inicuo, es vergonzoso... No debiera poner nadie los pies en su casa.

El Coloradito.—¡Cálmese usted!

LA DAMA DUENDE *(tranquilamente)*.—Por mi parte declaro que ni me llama la atención, ni me indigna ese trozo de historia. Schlingen es un producto social moderno, y natural me parece que se conduzca a la moderna, como hombre y como marido. ¿Es rico? ¿qué importa al mundo cómo? ¿da fiestas? ¿qué importa quién las da? Ni a mí ni a ustedes nos ha robado nada; por lo tanto, el que vayamos a su casa o oír buena música y comer bien no indica sino que sabemos vivir... Contemporizando, y siempre y a todas horas y en toda ocasión, contemporizando se vive en sociedad. Si no, encerrarse a piedra y lodo, y hacer vida de comadrejas...

EL RABIOSO *(con mucho fuego)*. — Señora, esas teorías... Realmente, esas teorías...

LA TÍA CANGREJO.—Yo también pienso lo mismo que usted. Que haya robado o no, que lo averigüe la justicia. Esto de meterse a juez trae muchos disgustos y perjuicios. Y a nosotros lo que nos debe importar es la diversión... Mire usted que los quesitos helados que se sirven en *La Walkyria*...

LA MILITRUNCHA.—¡Ah! deliciosos.

LA DAMA DUENDE.—¡Deliciosos!

LA PEREGILA.—Otras cosas son peores: ¿ven ustedes? la rusa, esa descarada, ¿qué hace aquí la rusa? ¿por qué la han dejado entrar?

LA MILITRUNCHA.—Eso digo yo... Aquí viene bien la pregunta: ¿y la moral?

EL RABIOSO *(amargamente)*.—Señora, se ha mudado de país.

LA DAMA DUENDE *(a la Peregila)*.—¿Ha observado usted las maniobras de la de Soto? anda detrás del otro con Florita a rastras, que es una vergüenza. No se toma ya el trabajo de disimularlo. Y el otro, de *temporada* con la otra. Tampoco lo disimulan. ¿Para qué? Fíjese usted en el vestido de la Schlingen... Es elegantísimo.

LA TÍA CANGREJO.—¡Ay! ¡qué vals precioso! ¡qué compás! ¡qué cadencia! ¡me recuerda mis buenos tiempos!

(El grupo guarda silencio al aproximarse Wanda y sus compañeros.)

ESCENA VI

WANDA.—CABALLERO 1.°.—CABALLERO 2.°

(Diálogo traducido directamente del ruso.)

WANDA *(avergonzada)*.—Si encontrara dónde meterme, me ocultaría muy a gusto: un rincón, un agujero cualquiera... Vámonos, salgamos de una vez. Debo estar como una amapola. ¡Qué persecución! ya no son sólo los hom-

bres; también las mujeres... ¡Como a bestia feroz!

CABALLERO 1.°. *(colérico)*. — ¿Marcharnos? de ninguna manera.

CABALLERO 2.°—¡No faltaría más!

WANDA *(afligida)*.—Es que a mí me va a dar algo... ¡Ser el blanco de la atención general, atención impertinente y descortés! Desde mi llegada a Marplatina me viene ocurriendo lo mismo. Creía tener derecho a venir con mi sirvienta, mientras mi marido terminaba sus asuntos en la ciudad, pero aquí parece que una dama no puede andar sola, aunque la acompañe su decoro. Se la corteja, se la molesta, se la persigue y se la ultraja. Ya te escribí, Boris, refiriéndote los avances ofensivos de ese rebaño de imbéciles, del que es carnero distinguido el alemán borracho, aquel que se me arrodilló en la playa una mañana... Al cabo, he tenido que encerrarme en el hotel porque me encontraba sitiada. Y ahora ya ves lo que sucede... ¿Por quién me toman?... *(impaciente)*. Vámonos.

CABALLERO 1.°—No, no nos iremos. Hemos venido a desafiarles precisamente. La lección de cortesía que vamos a darles será contundente. Que miren cuanto quieran, pero al menor movimiento... ¡habrá escándalo!

WANDA *(insistiendo)*.—Vámonos, Boris... Fíjate cómo las señoras se apartan y cuchi-

chean. Sin duda me han tomado por una de esas... ¡Ay, vámonos!

CABALLERO 1.º—Bastón, ¿para qué te quiero?

CABALLERO 2.º—Bastón, ¿para qué te he traído?

WANDA *(sonriendo a medias)*.—¡Si se los han dejado ustedes en el guardarropa!... felizmente, porque sería peor si se armara un escándalo. Más prudente es marcharnos.

CABALLERO 1.º—Yo no me marcho.

CABALLERO 2.º—Ni yo.

WANDA.—¡Ay, Dios mío!

CABALLERO 1.º—A falta de bastón, buenos son los puños.

CABALLERO 2.º—Y puños como éstos *(enseñándolos)*, legítimos del Norte. Aquí estamos y aquí nos quedaremos. *(Se detienen en el centro del salón y miran con insolencia alrededor.)*

ESCENA VII

D. VALENTÍN.—ELISEÍTO

(Tercero y último dúo con sordina.)

D. VALENTÍN *(pasa rápido y saluda tímidamente al grupo)*.—¡Demonio, qué ojos tan fieros los de los amigotes de la polaca! ojos que

miráis así, sendos trompis prometéis... ¿Rezará conmigo? ¿no he sido yo el falso historiador de la dama, y no la he hecho mal casada, cantatriz famosa, con otras mentiras de que ya no me acuerdo? Tendría gracia que resultara casada, pero a las buenas, y ese de las barbas imperiales fuera el consorte legítimo, que viene a tomar venganza de... de... Que la tome de los pretendientes, que la tome del ardoroso droguero, no de mí, que si he mentido en lo de forjar la historia, he sostenido siempre que era más honrada que Lucrecia... ¡Qué ojos! pasa, Casuso; sigue, escóndete, desaparece, no sea que la suerte, que te va abandonando, y tu santo, que te vuelve la espalda, permitan, de postre, que te lleves la gran paliza de la temporada.

ELISEÍTO *(dándole alcance)*.—¡Señor Casuso, señor Casuso! ¿adónde va usted tan veloz?

D. VALENTÍN.—¡Al diablo! hace mucho calor, no bailo ni enamoro a nadie... ergo, estaré mejor en la terraza.

ELISEÍTO.—Es el caso que yo deseaba hablarle... *(vacilando)*; bueno, hablaremos en la terraza.

D. VALENTÍN.—Entretanto, hágame usted el favor de no tirar de mi *smoking*... *(suspirando)*. Le tengo inválido de resultas de un accidente fatal, en el que este hijo de mis entrañas recibió una herida, lo menos de diez centímetros, aquí, cerca del bolsillo: habría preferido

recibirla yo, en parte en que no fuera profunda ni peligrosa, porque uno cura, amigo Miralta, pero una prenda rota queda inservible. ¿Ve usted? ¿no se conoce el zurcido? dígame usted la verdad; me tortura la idea de que pueda conocerse... Si las manos de aquella que yo me sé fueran las habilísimas zurcidoras, no me devoraría la duda...

ELISEÍTO *(examinando atentamente)*.—Nada, no se conoce... Si usted no lo dice, nadie lo creería...

D. VALENTÍN.—Gracias, amigo mío, por el consuelo que usted me da. En llevando yo ropa que no sea muy católica, ya me tiene usted nervioso y lleno de aprensión. Dime cómo vistes y te diré quién eres.

ELISEÍTO.—En un elegantón de su clase caben estas exageraciones... Porque a elegante pocos le ganan a usted; elegancia señorial, noble, de abolengo, en que el cuerpo mantiene las líneas naturales, y la tela no hace más que ceñirlas sin deformarlas. Hoy ya nadie sabe vestir. Nos ponemos lo mismo que se pone el vecino, sin meternos a averiguar si lo que a él le sienta por flaco nos sentará a nosotros gordos. Yo le he conocido a usted una levita color de pizarra...

D. VALENTÍN *(encantado)*.—¡Ah! sí, sí, hace dos años...

ELISEÍTO.—Levita preciosa, que a usted, al-

to y esbelto, le iba que ni pintada; y a mí, un retaco, me caía lastimosamente.

D. VALENTÍN *(con prosopopeya)*.—Sí, sí; el vestir bien es un arte como los demás, y la primera cualidad que se requiere es la figura, la materia prima, como quien dice; luego el gusto. sin el cual la figura, por buena que sea, degenera en mamarracho; luego...

ELISEÍTO *(distraído)*.—¿Va usted a la terraza?

D. VALENTÍN.—Adonde usted quiera.

ELISEÍTO *(indeciso)*.—Aquí, lo mismo dá... Porque yo deseaba hablarle, señor Casuso...

D. VALENTÍN.—Ya está usted hablando, que aquí, en la terraza y en cualquier parte, soy su más obsecuente servidor.

ELISEÍTO.—Muchas gracias. De su amabilidad tengo recibidas tantas pruebas, que no dudo sabrá disculparme esta molestia...

D. VALENTÍN *(con escama)*.—Por disculpado. amigo mío.

ELISEÍTO *(resuelto)*.—Muchas gracias. Es el caso, señor Casuso, que hace ya varios días que no recibo carta de papá; ¿enfermedad, ausencia o simplemente falta del correo? no sé; he escrito, he telegrafiado, y nada. Con este silencio que me preocupa tanto, ha coincidido una desgracia para mí irreparable: he perdido la cartera, y no vacía, con mis últimos cien pesos. ¡Imagínese usted mi situación! obligado a ha-

cer frente a mis compromisos, mientras papá no me escribe o no recupero la cartera, lo que será milagro, ¿qué hago? entonces he pensado en el amigo Casuso...

D. VALENTÍN *(displicente)*.—A mal puerto viene usted, amiguito. Desde el jueves último que la suerte me trata al estricote. Usted es testigo: anoche, cien pesos; anteanoche, doscientos. Lo que me dió al principio, ahora se complace en quitármelo. Y yo no cuento con un papá rico que enmiende los rigores del juego. De modo que no me resta más que acompañar a usted en el sentimiento.

ELISEÍTO *(consternado)*.—¿Ni siquiera cincuenta pesos?

D. VALENTÍN.—Ni cincuenta centavos.

ELISEÍTO.—¿Qué voy a hacer entonces?

D. VALENTÍN *(zumbón)*. — A falta de cumquibus, ofreceré a usted un consejo que remedia radicalmente su pérdida: ¡cómprese usted otra cartera! *(Se sonríe y se aleja.)*

ELISEÍTO *(furioso)*.—¡Y para esto he elogiado yo su levita color de pizarra y su figura desgalichada! ¡Tipo! me vengaré contando que lleva el *smoking* roto y mal zurcido, sí, señor, muy mal zurcido... *(Sale del salón precipitadamente.)*

ESCENA VIII

FLORA.—MISIA LORETO

FLORA *(tímidamente)*.—Mamá, no sigamos. ¡ Si lo hace adrede ! ¿no reparas cómo mira de reojo, y apenas nos descubre echa para otro lado? estamos sirviéndole de diversión y poniéndonos en ridículo.

MISIA LORETO *(desalentada)*.—Sí, lo he reparado, hija mía ; ¿por qué se conduce así? no lo comprendo... o lo comprendo demasiado, y la idea sola me espanta... ¿Qué hacemos, Flora, qué hacemos si esto no cuaja? porque ni tú ni yo estamos para otra campaña. Tu padre tampoco, sobre quien pesamos más que dos catedrales. La perspectiva de nueva temporada de ópera y nuevo abono de coche, con los gastos de modista correspondientes, le aterra, y con razón... Ya sabes que me tiene dicho :—Ocúpate tú de Florita, que lo principal es sostener la casa... ¡ Sostener nuestra casa hoy, es lo mismo que llevar el mundo sobre las espaldas ! Hasta ahora no sabe él una palabra de nuestras dudas y de las vacilaciones de ese vulgarote ; al contrario, cree que todo marcha bien, porque aunque él no toma parte en nuestra cam-

paña y cifra en ella menos esperanzas que en sus combinaciones políticas, algo confía en lo que yo le he presentado como muy probable y hacedero... Entretanto, el otro sin acercarse en toda la noche, y siempre con el rodaballo de la fulana; ¡qué hombres! madres que tenéis hijas, ¡ahogadlas antes que criarlas para dárselas de pasto a estos degenerados de última moda! con razón, hija, te repugnan...

FLORA *(suspirando)*. — Sentémonos, mamá.

MISIA LORETO. — Sentémonos *(se sienta)*, abandonemos la pista, y sea lo que nuestra mala suerte quiera... Me parece que he andado siete leguas detrás de *él*. Estoy reventada.

FLORA.—Y yo *(se sienta)*. Después que descanses un poco, subiremos a acostarnos.

MISIA LORETO.—Eso no; ¿qué dirá *él*?

FLORA.—¿Y a mí qué?

MISIA LORETO.—Poco a poco, que no estamos para echar a rodar a nadie. Los tiempos han cambiado, y hoy solicita la que ayer fué solicitada. No lo olvides, y ten paciencia... Estos hombres son así: les gusta darse tono y les complace dejarse querer, desdeñar, humillar también...

FLORA *(con soberbia)*.—Pues a mí no me ha de humillar *él*, ni nadie. Sabes por qué me presto a esta comedia, y cómo me cuesta someterme...

MISIA LORETO *(alarmada)*. — Cuidado, que

te va a dar la pataleta. No te descompongas, que nos miran... He querido decir, rebelde de mi alma, que a estos gansos hay que tomarlos como son. ¿Quién sabe si tus jaquecas y eclipses repentinos no le hacen dudar de que le quieres, y le acobardan. Si rehuyes las ocasiones de verle, claro está que no te interesa. Y los hombres son desconfiados hasta cuando se les atrae con el reclamo de la coquetería. Celosos de su libertad, la defienden como un animal salvaje cualquiera... Bonito estaría que desapareciéramos del salón a lo mejor.

FLORA.—Menos bonito es *planchar* toda la noche en su obsequio y sin resultado.

MISIA LORETO.—Paciencia... que al fin sentada esperas. Ahí vienen las de Asnabal...

ESCENA IX

Las mismas.—EDELMIRA.—AIDA.—GRAZIELLA. —Luego, ADELAIDA.—LA DAMA DUENDE.— LA PEREGILA y coro de conjuradas.

EDELMIRA *(acercándose)*.—¿Han visto ustedes lo que pasa?

GRAZIELLA y AIDA *(acercándose y a un tiempo)*.—¿Saben ustedes lo que ocurre?

MISIA LORETO *(con desabrimiento)*. — No nos hemos enterado de nada. ¿Hay fuego?

EDELMIRA. — Esa rusa escandalosa, que se nos ha colado. Y dicen que cortésmente la van a echar junto con sus compañeros.

MISIA LORETO.—Por mí, que les echen.

GRAZIELLA. — Es que ellos no se dejarán echar *así no más*.

AIDA.—¡ Y habrá bochinche! ¡ qué gusto!

FLORA *(con interés)*.—¿Han cometido alguna incorrección para que les expulsen?

AIDA *(turbada)*.—No; pero como aseguran que es una...

EDELMIRA *(recalcando)*.—Sí, es una...

FLORA.—¿Eso quién lo afirma? ¿quién lo prueba? en el tiempo que lleva aquí se ha conducido con la mayor seriedad. ¿Que sea mujer y se halle sola, son motivos suficientes *(indignada)*, son motivos suficientes para que la perversidad y la calumnia se desaten contra ella?

MISIA LORETO. — Cállate, Florita, ¿tú qué sabes?

FLORA *(agitada)*.—Es que no puedo, mamá, es que...

EDELMIRA.—No está sola; se ha traído dos caballeros...

MISIA LORETO.—¡ También es descaro!

AIDA.—Dos caballeros, que no se sabe el parentesco que tengan con ella.

GRAZIELLA *(con ingenuidad)*. — Hermanos de leche, dice Eliseíto.

FLORA.—Con dos defensores, ya puede hacer frente a todas las murmuraciones. ¡Está salvada!

AIDA.—Lo cierto es que esos dos caballeros han llegado hoy por el nocturno, y se les ha visto con ella en la Rambla y en la playa. Como hacía dos días que la rusa no salía del hotel y creíamos que estuviera enferma, ha llamado mucho la atención la aparatosa exhibición de la mañana, y sobre todo el aire de ellos, que iban comiéndose a los que encontraban. Eliseíto se ganó un codazo, sólo porque se detuvo a mirarles, y gracias que Eliseíto es pacífico... Y ahora están provocando a cuantos pasan.

MISIA LORETO.—Ahí llega Adelaida... Ella nos dará noticias. ¡qué colorada viene!

ADELAIDA *(acercándose seguida de las demás)*.—Aquí venimos, Loreto, a pedir su apoyo... ¡Es un escándalo! ¿Sabe usted que la famosa rusa, como si éste fuera un salón de cancán público, se ha atrevido a presentarse...?

MISIA LORETO *(riendo)*. — Sí, y acompañada de dos sujetos.

LA PEREGILA.—Que serán sus empresarios.

LA DAMA DUENDE.—Llamémosles empresarios por decoro.

ADELAIDA.—Ya comprenderá usted, Loreto,

que nosotras no debemos consentir semejante audacia...

CORO.—No debemos, no debemos.

ADELAIDA.—Si hoy se la consiente a la rusa, mañana vendrán aquí las parejas de bailarinas francesas y las tres italianas que todas la tardes vemos en *La Perla*, y nosotras, las damas, quedaremos confinadas en nuestras casas o en la estrechez de las hacitaciones del hotel, por no codearnos con la chusma alegre, que todo lo invade y corrompe. Es preciso protestar, es preciso demostrar, en forma ruidosa, que no sufriremos tal mezcolanza. Demasiado tenemos con ésta de otra índole, que en un balneario no hay medio de evitar.

CORO.—Es preciso, es preciso.

LA PEREGILA.—Ante todo, la decencia.

LA DAMA DUENDE.—Y el respeto debido a las señoras.

MISIA LORETO.—Conforme; pero, ¿de qué manera ha de ser nuestra protesta?

ADELAIDA.—Muy sencilla, y por su misma sencillez tan fácil de realizar como de verdadera eficacia. Retirarnos todas del baile, una vez convenidas, en grupos, o una por una, según se acuerde, pero todas en un momento dado, para que entiendan que la evacución del salón es deliberada, y en menos de cinco minutos se verá la pájara de Polonia solitaria en-

tre los hombres... ¡No la digo a usted nada del efecto! seguramente que no volverá.

CORO.—No volverá.

MISIA LORETO.—Aprobado. Cuenten ustedes conmigo.

FLORA *(suplicante)*.—¡Mamá!

EDELMIRA.—¡Qué gusto! nos vamos a reir en grande.

GRAZIELLA.—Cuando se vea sola será cosa de no perder el espectáculo. Yo me pondré a espiar entre las cortinas.

AIDA.—Y yo.

EDELMIRA.—Pero, ¿no aseguraban que iban a echarles?

ADELAIDA.—En ello se pensó, mas se ha abandonado la idea por temor de que los compinches se resistieran y tuviéramos una de puñetazos que convirtiera el salón del *Manchester* en una taberna. Mejor es nuestro plan.

CORO.—Mucho mejor.

MISIA LORETO.—Manos a la obra. Vamos.

ADELAIDA.—Espere usted, pues aun falta hablar con la de Zaldívar y la familia de aquella señora del copete, que no sé cómo se llama. El golpe está en que nos retiremos todas, porque una sola que permanezca desluciría la función. Ya daremos la señal, que será nada más que el desfile repentino. La primera que salga arrastrará a las demás. Hasta luego.

MISIA LORETO.—Oiga usted, Adelaida...

¿Qué agitación es ésa? mire: alrededor de la rusa están su marido de usted y don Gustavo y el señor Asnabal... y también Navigio. ¿Qué es eso? y hablan... Y el señor Asnabal le da el brazo a la rusa. ¡Oh!

TODAS *(mirando sorprendidas).* —¡Oh!—

ADELAIDA.—¡El brazo!

EDELMIRA.—¡Y vienen de este lado!

(Todas miran. Estupefacción. Silencio profundo.)

ESCENA X

Las mismas.—D. GABINO

D. GABINO *(adelanta dando el brazo a Wanda, seguida de los dos caballeros, los amigos y muchos curiosos, y la presenta respetuosamente al grupo de conjuradas).*—La señora Wanda de Kondriafskoff, distinguida dama polaca *(Wanda hace una reverencia)*; su esposo, el señor de Kondriafskoff, uno de nuestros más ricos industriales y amigo mío, a quien he tenido mucho gusto en encontrar aquí *(reverencia del caballero 1.°)*; su hermano, el señor Boris Kondriafskoff *(reverencia del caballero 2.°).*

FLORA *(aparte)*. — ¡El hombre, siempre el hombre!

(Todas se inclinan. El director de orquesta marca en el aire con la batuta el último calderón, y la nota final del vals se extingue entre los murmullos de la concurrencia.)

VIII

Los primeros días de marzo fueron lluviosos, fríos y desagradables en extremo; avanzadas del otoño, que se preparaba a hacer su entrada triunfal en Marplatina con su ruidoso cortejo de vientos y tempestades, malogrando, con enojosa descortesía, cuanto proyecto de diversión al aire libre se trazara en obsequio de la colonia veraniega: tal como el paseo a la Laguna, que ofreció el opulento don Gabino, y aguó una serie de chubascos más fuertes los unos que los otros; cabalgatas, carreras de bicicletas y demás esparcimientos inocentes que requerían el valor personal de batirse a cuerpo gentil con los elementos en discordia. Como el vicio es distracción que busca la sombra de un techo y el abrigo de las paredes, los viciosos

no se preocuparon del mal tiempo, antes saludaron con gusto sus groseras manifestaciones y se entregaron a Jorge, ofreciendo a su oreja simbólica el holocausto de la camisa, lo mismo en las timbas públicas, y en cierto modo oficiales, que en las particulares y reservadas, como la de Sangil, donde las blancas manos de las cuatro Asnabales movían fichas y barajas con más ardor ciertamente que agujas y carreteles; pero los honestos, y eran muchos, contrariados, amenazaban al cielo y se llamaban a engaño, las chicas sobre todo, a quienes complace triscar por los campos, que en ellos Amor se muestra más expansivo y sensible.

Quedaron, pues, postergados para el año venidero la alegre parranda de don Gabino «si es que vivimos ¡mu! y Dios nos conserva el humor», y todo lo demás del programa; pero no por ello dejaron los bañistas de divertirse en recinto cerrado, por supuesto, y véase cómo, según los detalles de la agenda de Edelmira, que era gracioso corresponsal de un primito, cronistilla de *La Opinión*, y señalaba día por día los hechos sociales más culminantes del balneario y dignos del relieve de la letra de molde :—Domingo 2. Misa en San Pablo a toda orquesta. Cantó Ernestina muy bien, y obtuvo un éxito grandísimo. — Lunes 3. Baile de niños en el salón de fiestas del *Manchester*. Precioso. — Martes 4. Banquete y baile en *La Walkyria*.

Archisuperior. — Sábado 8. *Diner blanc* en la *villa* de Gómez. Divertidísimo. — Domingo 9. Llegada del Gobernador. Sin comentario.

Hinchadas estas notas diestramente, y adornadas con detalles y nombres propios de los más en boga, daban el opio en *La Opinión*, y el empalagoso azucarillo, servido por mano del cronista, adulaba vanidades e irritaba envidias con peligro de indigestiones; mas, siendo como es en estas tierras la crítica hija incestuosa de la amistad y el parentesco, no habrá modo de saber la verdad sino demandándola del integérrimo tío Paco, y él nos dirá que la misa en San Pablo fué un acto antes sacrílego que piadoso, por razones que no le da la gana expresar; el baile de niños, mamarrachada carnavalesca, en que los inocentes recibieron, en vez de los dulces y juguetes que pedían sus manecitas, la perversa semilla de la vanidad a calderadas; el divertido *diner blanc*, o comida de solteritas jóvenes... De esto no sabe el tío Paco una palabra, porque no le dejaron entrar, y así, por galantería, no dudaremos que fué tal cual lo cuenta el aludido cronistilla, a quien abandonamos la responsabilidad de los demás juicios, en gracia de la brevedad y la falta de espacio, motivo éste que él más que nadie sabrá apreciar.

No consta en la agenda de Edelmira la llegada a Marplatina del *hombre negro*... Y cui-

dado que es éste uno de los hechos sociales más importantes, más todavía que la del señor Gobernador de la provincia, que llegó el día antes; como que produjo más de un susto y la desaparición repentina del *Pisahuevos* y su familia, que era, con él, ciento y la madre, y otros anónimos a quienes se tragó el mar, o por lo menos no se ha sabido qué destino les cupo ni qué Providencia les cobijó en su fuga ante aquel flagelo, cólera de bolsillos y peste de tramposos. Llámole el *hombre negro* al misterioso personaje porque de negro vestía y tiraba a mulato en su persona; no hay indicio de su verdadero nombre; ni Casuso, ni el doctor Soto, ni algún otro desventurado, a mal traer con sus cuentas, se han prestado a describirlo, reservando hasta el secreto del obsequio de su honrosa visita; y si no consta en la agenda de Edelmira el santo ni el milagro, será por tratarse de un hecho particular, particularísimo.

El primero que gozó de su inhumana presencia parece fué don Valentín, en su propio mechinal, allá arriba en las dependencias. Asaz marchito andaba don Valentín desde la batalla junto al mar, en que perdió sus mejores prendas, y después del suceso *wandálico* que, al descubrir la verdadera personalidad de la rusa, le hizo objeto de sabrosas pullas, y aunque la mentira sea el cañamazo de la historia, amenguó bastante su crédito y ya nadie le creía que

eran las doce a mediodía; tan marchito, que en muchas de las fiestas apuntadas no mostró ni las narices, con extrañeza del mundano círculo, no así del mar, a quien cada mañana enderezaba sus lamentaciones de perdidoso y dolorido.

Acababa, pues, de levantarse don Valentín un día de estos de la semana lluviosa, y lavado y perfumado cepillaba afectuosamente su americana, examinando con amor paternal ojales, botones, forros y costuras, como del aspecto de la lengua y de la cara se juzga de la salud del sujeto, y cogía la botellita de la bencina para quitar una sombra de mancha que observó alarmadísimo junto al cuello, cuando un *pam*, *pam* en la puerta le suspendió de pronto... *Pam*, *pam*.

—*Entrez*—dijo don Valentín, en francés, como persona fina que era.

Y entró el *hombre negro*, a la francesa, saludando a la criolla; es decir, entró a medias, porque era él tan corpulento y la habitación tan reducida, que si apenas había espacio para la dulce compañía del huésped y su maleta, ¿qué había de haberlo para uno nuevo de tanto volumen e importancia como aquél? Quedó, pues, una de sus largas piernas del lado de allá de la puerta, y la otra en comunicación con el lavabo, mientras la mano pardusca solicitaba la delicada de don Valentín para estrecharla en señal de las buenas intenciones que su feo due-

ño traía; la cabeza encrespada, balanceándose en lo alto del pescuezo, como enclavada en una pica, decía con meloso sonsonete:

—Señor Casuso, aquí estoy; usted dispensará... Vengo a lo que usted sabe.

Verde se puso don Valentín; farfulló palabras que no se entendieron, se echó atrás, recogió la mano de miedo de que cayera prisionera de la instrusa, y habríase arrojado por la ventana si ésta fuera de las bajas y no ofreciera peligro de muerte la huída. Sabía, por lastimosa experiencia, que el *hombre negro*, como aquellos dioses sanguinarios que exigían el sacrificio de vidas humanas, no se aplacaba con promesas ni frases vacías, sino con dineros de ley, y a toca teja; resistir o negarse era provocar el escándalo en aquel centro aristocrático, con mengua de sí mismo, arma que el visitante usaba diestramente y venía dispuesto a esgrimir en Marplatina, cuando en Marplatina se presentaba.

Bastantes minutos necesitó don Valentín para hacerse estas reflexiones; y al cabo, recobrándose un poco, para darse aplomo, esponjó las nivosas patillitas delante del espejo, se puso lentamente la americana, sin acordarse ya de la mancha, y dijo al otro sin mirarle:

—No sé para qué se ha molestado usted. Los mil pesos que le debo no justifican un viaje tan

largo. Supongo que habrá casos más graves aquí que el mío...

—Sí, señor Casuso, sí—contestó, balanceándose, la cabeza del *hombre negro*.

—Además — insistió don Valentín, — usted sabe que cuando tengo pago, y que si no pago es porque no tengo.

—El lujo de Marplatina no se paga con palabras, y donde hay para lujo debe haber para los compromisos contraídos—arguyó, siempre sonriendo, la horrible cabeza del prestamista.

—Hay o no hay—repuso el infeliz don Valentín, que, prendida la americana, no atinaba con la salida;—en el bolsillo propio sabe más el loco que el cuerdo en el ajeno.

—Señor Casuso, sentiré mucho...

—No me amenace usted, que será inútil. Entre usted, si puede: aquí están mis llaves y mi cartera. Suyo es cuanto encuentre. Pase usted.

Quiso pasar el *hombre negro*, pero no fué posible, y lo más que logró se redujo a traer la pierna que tenía en el pasillo y juntarla con la otra, para quedar preso entre el lavabo y la cama; don Valentín, no hallando otro medio de salir con bien de aquel trance que entregar a la fiera el numerario que hubiera encima, le presentó su cartera, que, a lo sumo, reunía ciento y tantos pesos con pocos centavos, y le

expuso la maleta, abierta en canal, sin más tesoro que la fina ropa de uso.

—Conténtese usted con eso — dijo suspirando,—y tenga paciencia hasta el fin de la temporada. ¡La mala suerte me persigue!

Arrambló el otro con lo que pudo, marcó cuatro trazos en un papel que traía ya dispuesto, y de nuevo la pardusca mano solicitó el contacto de la de su víctima, bailando la cabeza risueña y no dejando de sonreir, a pesar de que don Valentín, sentándose abatido y humillado en el borde del lecho, se desentendió de su amable ademán; salió sin dar la espalda, y en la puerta saludó de nuevo:

—Adiós, señor Casuso; hasta la próxima vez... Nosotros somos amigos que no podemos vivir sin vernos. ¿Me hace usted el favor de indicarme la habitación del doctor Soto?

Contestó don Valentín que él no lo sabía, mandándole noramala, y el *hombre negro*, como buitre que de las alturas se abate, revoloteó por aquellos corredores y escaleras, y en el principal llamó con la garra a la puerta de Soto. Abrióle la misma Florita, que ya le conocía, ¡ay! ya lo creo, de la calle de Río Bamba, y no se atrevió a darle con la puerta en el pico, porque el avechucho, alguna vez que lo intentó, allá, en la ciudad, había graznado de tal modo que los vecinos se enteraron; asustada la

pobrecilla buscó al padre, le anunció la negra embajada y les dejó solos.

Solos y encerrados, no se sabe qué ocurrió entre el visitante y el malaventurado político, sino que, a poco, por la rendija de la puerta se escurrió el avechucho, continuando su provechosa excursión escalera abajo, y por la misma rendija, que nadie cerró, escuchóse la deprecación habitual de misia Loreto, más lastimera que nunca:

—¡ Señor, ten piedad de nosotros!

Era aquel día la víspera de la misteriosa tragedia marplatienense. Conviene fijar fechas, señalar hechos y observar que, después de esta visita, la cara que sacó don Navigio, rasurada como siempre, siempre a flor de los labios el colmillo bailarín que la sátira hizo alguna vez blanco de sus saetas, era archifúnebre, con visos de decaimiento a que la naturaleza agotada y el espíritu entristecido contribuían de consuno. Precisamente el día anterior, con motivo de la llegada de su amigo el Gobernador de la provincia, estuvo tan contento que parecióle aquel día el mejor de la temporada, no sólo porque el Gobernador acogió benévolo todas sus pretensiones, las propias y las que a nombre ajeno cuidó de intercalar, sino porque en una, principalmente, logró la aquiescencia entusiasta del excelentísimo señor.

Era el Gobernador un caballerón de mucha

barriga y exiguo chirumen, que más que gobernar a nadie, parecía gobernado por el grupito de diputadillos, amigazos y ambiciosos que le rodeaban, achaque de casi todos los gobernadores de pueblos, habidos y desgraciadamente por haber, honrosa excepción sea hecha, entre muy pocas, del insigne de la Barataria; encantado de la alegría que su presencia provocaba en el balneario, si no real y sincera, por lo menos expresada con fiestas y banquetes, única expresión de la alegría oficial, prometía a todos este mundo y el otro, y a don Navigio, su antiguo colega del Senado, cuanto le pidió, que si no fué tanto, en poco estaba de pasar a más.

Muy satisfecho, pues, don Navigio, que sobre promesas venía edificando pacientemente su castillo de esperanzas, durmió más tranquilo aquella noche que si debajo de la almohada tuviera las soñadas talegas con que libertarse de todos los hombres negros que le acosaban... Así, después de la desagradable visita, salió, como se ha dicho, muy cambiado, y aprovechando una clara se fué por el camino del Molino, paraguas en ristre. A la verdad, no iba a ninguna parte el triste don Navigio; tenía pensado bajar a tomar el desayuno con el Gobernador y despuntar el vicio político entre su corte; pero, perdidas las ganas, se encaminó por donde menos conocidos encontraría, ansioso de

hallarse a solas y recapacitar ampliamente acerca de su intrincada situación.

—¿Qué hago? ¿sigo resistiendo? ¿me rindo a discreción? Flora no se casa, yo no hallo empleo... ¿qué hago?

El paraguas, pasando de una mano a la otra, sirviendo ya de bastón o descansando a modo de fusil sobre el hombro, marcaba los momentos más críticos de la lucha reflexiva, y sus remolineos, a veces, indicaban cuán grande era ésta y cuán porfiada. ¿Qué hago? A tal pregunta, la conciencia responde siempre con precisión, y sólo la muerte o la locura la reduce al silencio, sea un criminal, sea un santo quien la interrogue; interrogada por don Navigio, respondióle lo mismo que ayer y que el primer día en que tomó extraviado el camino; pero la respuesta no era al tenor de los gustos y pasiones del interpelante, y así lo expresaba el paraguas, saltando, como acróbata, de una mano a la otra, o dando vertiginosas vueltas sobre sí mismo.

—¿Qué hago?—repetía don Navigio;—ya sé la receta: orden, economía, modestia... precisamente las tres virtudes que ni para un remedio encontraría en mi tierra si las buscara. Y si no las hay, ¿cómo he de encontrarlas? y si no las encuentro, ¿cómo he de aplicarlas a mi grave enfermedad, mortal de puro grave? ¿Qué hago? desaparecer del escenario social es en-

terrarme en vida yo y mi familia; mi casa será nuestro sepulcro, y ni el nombre lucirá sobre la puerta... Sostener el alambre de Florita es ya imposible... ¿Qué hago?

No se predica la abstinencia en torno de una mesa suntuosa: la conciencia de don Navigio perdía el tiempo en querer inculcarle ideas morales en aquel centro del lujo y del desenfreno; huésped de Marplatina, el relapso veía triunfar delante de sus ojos el mal ejemplo, y la perspectiva austera que le trazaba era más difícil de seguir. Orden, economía, modestia, ¡disparate, pamplina! Es lo mismo que decir al hambriento, presentándole una fuente de manjares:—¡No comas!...—y al sediento, ante una jarra de vino:—¡No bebas!

A poco empezó a lloviznar, garúa fina, polvillo líquido que apenas mojaba, y don Navigio abrió el paraguas; iba salvando los charcos del camino con más destreza que los que en el de su situación se le ofrecían, y aunque libraba los pies del agua, los metía en el barro, percance que le hacía decir:

—Salgo del fuego para caer en las brasas. Son tantos los charcos que he de saltar, que al fin me hundiré hasta el cuello y me cubriré de lodo. ¡Camino infernal! ¿adónde voy?

Detúvose, y observó que el pueblo quedaba a su espalda, algo lejano; hacia la derecha, el mar contorneaba la costa, festoneándola de es-

puma; a la izquierda, las casitas campestres se acurrucaban entre la verdura, tristonas y calladas como vacíos palomares. Dos caballeros, dos bañistas del *Manchester*, que no huían, ciertamente, del *hombre negro*, con el aplomo que da el lastre de los bolsillos, pasaron jinetes en hermosos caballos, ajustado el talle por la chaquetilla de terciopelo inglés, las piernas hasta el tobillo enfundadas en fina piel color de caramelo, y saludaron a don Navigio descubriéndose.

—Mal tiempo, ¿eh, doctor? muy mal tiempo.

Muy malo, sí, señores, muy malo. Don Navigio continuó chapaleando en el lodazal, sin cuidarse de lo que pensarían los otros; ¿qué habían de pensar al cabo? llevaban la riqueza a la grupa, y acompañados de hembra tan soberbia, poco debería preocuparles hallar a pie a la política de bracero con la pobreza, espectáculo que por raro y extraordinario, sin embargo, era digno de atención. Y chapaleando en aquel lodazal de sus reflexiones, dió más allá con otro jinete, también elegante y con un faetón que guiaba una dama guapísima, faetón y jinete atravesados en el camino, como si anbos tuvieran algo que decirse y se lo dijeran sin mayor reserva, a pesar de las tiesas orejas con que los caballos escuchaban; y no siendo ciego don Navigio, reconoció desde luego a Gabinito en el jinete y a Adelaida Schlingen en la del faetón, antojándosele que el encuentro

no era casual, por observaciones propias y rumores ajenos que barajaban ambos nombres hacía días, en denigración de don Federico y con fatal pronóstico para su nueva luna de miel. Desde el torreón de *La Walkyria* se dominaba perfectamente el Molino y todo el contorno; de modo que si el pacienzudo tallista quería, no tenía más que ponerse a una de las ojivas y ver lo mismo que estaba viendo don Navigio; pero sabido es que don Federico no quería ver nada, sistema con que aseguraba su tranquilidad conyugal, y base de su filosofía, que alejaba toda idea de engaño, y así, realmente, nadie más que los calumniadores, chinchorreros y maliciosos atrevíanse a afirmar que le engañaba su mujer.

Muy tranquilos, pues, la dama y el jinete, tan entretenidos estaban que no se precavían de la garúa ni poco ni mucho, ni de quién pasaba; Adelaida, con pamela de paja adornada de espigas y amapolas, ligera blusa de seda y falda obscura, parecía una ingenua colegiala que da su primer paseo de novia en libertad: tan menudita era y tal airecillo mostraba de candor... Grave aprieto fué para don Navigio aquel mal paso: ¿se haría el ciego, como don Federico? los breves minutos que tardó en acercarse discutieron el punto su urbanidad y su dignidad... de padre de Florita, porque lo que don Federico no quería ver tampoco debía ver-

lo el padre de Florita, que en ello le iba la propia conveniencia; pero, aun cubriéndose con el paraguas, providencia callejera en estos casos, cortaban los otros el camino, y, no ocultándose ellos, que la vergüenza es la que se oculta, le descubrieron en seguida y le saludaron, Gabinito con la mano, Adelaida con el latiguillo.

—Mal tiempo, ¿eh, doctor? muy mal tiempo.

Muy malo, sí, señores, muy malo. ¿Quería aceptar la señora el paraguas? Adelaida lo agradeció sin aceptarlo, y no se ocuparon más de él, continuando don Navigio por la embarrada carretera más caviloso y dado al diablo que antes. Pensaba ahora en Florita y en misia Loreto, cuya candidez de mamá rayaba en lo absurdo, y se dijo que si después de la visita del *hombre negro* la permanencia en Marplatina era difícil, después del encuentro de ahora resultaba inútil... Don Navigio cerró el paraguas de golpe y se lo echó al hombro; su cara clerical se encendió como rojo farol veneciano; y el huérfano colmillo hincó en el labio la desgastada punta. ¡Inútil! es decir, la derrota en toda la línea; la huída, la muerte obscura en el refugio de la calle de Río Bamba, sabe Dios si en medio de la calle, sin refugio posible ni auxilio humano. Violentamente dió un salto a tierra el paraguas, lo plantó don Navigio en la carretera, mojón que marca un límite infranqueable, y bailándole el colmi-

llo empujado por el borbotón de palabras, dió cara al pueblo y al problema, completamente resuelto.

—No llegaré a este límite, ¡digo que no llegaré! no me entregaré ni a discreción, ni con condiciones, sean éstas cuales fueren. Pelearé hasta con mi sombra, y, si sucumbo, será en buena ley. ¿Qué hago? salir de Marplatina un día de éstos, con el pretexto de lo de la Corte; inventaré una carta del Presidente, y saldré sin apariencias de derrotado... Y allá veremos. El doctor Soto muere, pero no se rinde, como la Guardia vieja.

Dijo, y siguió adelante, colgado ahora el paraguas de sus dos manos; que cruzaba a la espalda, actitud de calma, de resignación y abatimiento, cual si la arrogante parrafada fuese nada más que un pinito de su voluntad en quiebra. Pisándole los talones venían el faetón y el jinete, y las risas de Adelaida le mortificaban, risas irónicas quizá, risas del vicio triunfante y soberano; como él iba despacio y ellos traían el paso de sus brutos, le alcanzaron, cruzáronse con él de nuevo y le obsequiaron con la frasecita ociosa que subrayaban impertinentes el latiguillo y la mano:

—Mal tiempo, ¿eh, doctor?

Muy mal tiempo. ¡Y tan malo! ¡Así os estrellaseis los dos, tunantones indecentes! Bailó solo el colmillo de don Navigio, coléri-

co, y no prestándose el hombre a marchar detrás, escolta y testimonio poco lucidos, dió bruscamente media vuelta y puso la embarrada proa al pueblo, desanduvo largo trecho y tornó a seguir adelante, nave sin gobierno, juguete, se alarmó ante la idea de que la chiflada de dar tiempo y espacio a los otros para alejarse... De todos modos, ¿no había resuelto resistir? la manera y los medios de la resistencia serían objeto de ulteriores reflexiones en colaboración de misia Loreto. El paraguas, que pendía inerte, se alarmó ante la idea de que la chiflada de Florita iba a renovar sus cursis tiradas feministas, aquel proyecto disparatado suyo de meterse a institutriz o algo por el estilo, trabajo remunerado, pan conquistado por sus manos aristocráticas, oponiéndose a que las cosas continuaran como antes, ahora que el pensar en bodas era soñar con subir a la luna de un salto. ¿De dónde había aprendido Flora teorías semejantes? Las revistuchas inglesas, sus lecturas norteamericanas tenían la culpa, y sobre todo él y su madre, que no prohibieron la entrada del enemigo en la casa. ¡Menuda batalla le esperaba aquel día!

Otra vez cayó el paraguas desalentado, y marcando fué cada paso de don Navegio, que, no mirando ya los baches, andaba más de prisa y parecíale el camino más llano, sin duda porque

ni el faetón ni el jinete le estorbaban. Entretanto, arreció la llov.zna, la niebla cubrió la costa, trepó el cantil, avanzó sobre la playa y los campos, y en blancos vapores envolvió la carretera... Trasunto de la situación en que se hallaba, rodearon al caprichoso paseante las tinieblas, y no v.era a tres pasos dos montados en un burro.

—Pero, ¿adónde voy?—se dijo don Navigio deteniéndose y buscando el abrigo del paraguas.

Sentíase cansado, con los pies húmedos, la cabeza caliente y el estómago vacío como un tambor. Decid ó volver al hotel y esperar en la terraza la hora del almuerzo, a fin de dilatar la de las explicaciones con su mujer y su hija, rumiando mientras lo que les diría y los g.ros y argumentos que para decírselo emplearía más discretos y concisos, pues tanto temor le daba la atropellada elocuencia de la señora como la fría dialéctica de Flor.ta.

Y se disponía a regresar tranquilamente, cuando hendiendo la espesa nube, nuevo Santiago sobre su caballo blanco, aparec.ó Gabinito a todo galope, tan ciego, que si don Navigio no gana la cuneta y se resigna a tomar un baño de p.es, allí es el punto final de las tribulac.ones pasadas y de las que, por desgracia, aun aguardaban al político sin ventura. Gabinito paró en seco y se excusó de su imprudencia.

—No hay de qué — contestó el doctor reponiéndose y con algún despego,—esta maldita niebla aconseja andar más despacio.

—Sí, señor—dijo el joven,—pero vaya usted con consejos a un *mancarrón* que huele la querencia... y además duro de boca.

Allí mismo obsequió con cuatro rebencazos al animal, encabritándole de modo que casi le saca a él por la cabeza y obligó a don Navigio a tomar otro pediluvio forzado; y así que se calmaron los dos, y el doctor pudo acercarse sin peligro, echaron a andar, chano, chano, jinete y peatón hacia el *Manchester* en sosegado diálogo.

—Pues mire usted — dijo don Navigio, — al ningún lado; se me ocurrió ir a pie hasta el Molino. Por prescripción médica debo hacer un ejercicio diario de dos horas, siempre de espaldas al viento; pero para cumplirla hay que contar con el tiempo y con el mismo viento, que poco gustoso sin duda de descortesías, cambia a lo mejor y le sopla por el frente, cuando le creía usted refrescándole los faldones...

—Tonterías de los médicos—sentenció Gabinito:—si fuera uno a hacer caso de todas sus prescripciones y a tragar todas sus drogas...

—¡Ay, amigo mío! sólo la juventud tiene derecho de ser rebelde.

—Mi juventud no vale lo que su madurez, doctor Soto; lo confieso. No me ando yo a patita

estos dos o tres kilómetros que se ha andado usted, y con la humedad que lleva tenía bastante para un catarro superior.

—Sí, ¿eh?

Miró don Navigio la raquítica estampa del caballerete, y sonrió con lástima.

—Asimismo no estoy muy tranquilo—repuso Gabinito;—y seguramente cuando mi familia se entere de que he salido con una mañana tan mala... Pero, tenía que salir.

No dijo a qué, ni don Navigio se lo preguntó; ni había necesidad, puesto que lo sabía.

—Hay que cuidar de la salud, amiguito, por sí mismo, por la familia y por la patria.

—¿La patria? ¿qué falta le hago yo a la patria?

La patria necesita de los buenos ciudadanos, y todos estamos obligados a servirla con nuestro brazo y nuestra inteligencia. Sería lástima que comprometiera su vida quien, según todas las probabilidades, en las próximas elecciones sacaría la investidura de diputado, brindándosele de esta manera brillante oportunidad para cumplir aquellos sagrados deberes y realizar sus ideales todos de hijo amante que sueña con la grandeza y la felicidad de la nación. El Gobernador se lo había prometido, promesa oficial, rotunda, terminante, contestando al interés verdaderamente paternal que con él, don Navigio, había apoyado su candidatura, con pala-

bras no menos calurosas en loor de aquel digno hijo de su padre, cuyo apellido, de poderoso arraigo en la provincia, era prenda segura, garantía inapreciable del calor, del entusiasmo que había de dedicar al desempeño de su cargo. ¡Y qué mayor orgullo para la juventud, llegar a ocupar la silla curul del legislador sin pasiones, sin prejuicios, sin odios, sin otro fin, sin otro norte, sin otra norma ni otra guía que la ventura de la patria! ¡juventud, esperanza de la patria, bendita seas! ¡tú eres la vida y el porvenir! patria dichosa, levanta el ánimo, que la juventud se apresta a servirte, a alegrarte, a engrandecerte, a...

Todo esto, esmaltado de lugares comunes, y con el énfasis de una arenga parlamentaria, muestra de su oratoria (tamaño reducido), lo dijo don Navigio sin parar, andando, chano, chano, junto al caballo santiagués, y lo oyó el joven apóstol entre risueño y aburrido, animándosele algo los ojos cuando se convenció de que dentro de tanta hojarasca estaba, como fruta sabrosa, la promesa de Su Excelencia.

—¿Va de veras?—preguntó, dando principio a la tanda de bostezos.

—¿Puede usted dudarlo, si yo se lo aseguro?

—Quedo a usted muy reconocido, doctor Soto, sumamente reconocido... Pero, declaro a usted que me pone en apuros, y siento que haya tomado a lo serio la conversación nuestra de

aquel día en el muelle, ¿se acuerda usted? viendo descargar el pescado. Hablábamos de leyes de caza y pesca, refiriéndonos, entre otros abusos, a la destrucción bárbara de lobos marinos en esta costa, y a mí se me ocurrió decir :—Si yo fuera diputado... Pues, ya me doy por ungido en el Congreso, y me figuro sentado en mi escaño, y a todos con las caras vueltas a mí, esperando que apoye con mi palabra el proyecto de ley, abro la boca, muevo la lengua y no me sale sonido alguno de labios para afuera ; busco mi voz debajo de la lengua, en el fondo de la garganta, en lo alto del techo... debajo del banco, y no la encuentro, ni voz, ni ideas, ni nada más que atolondramiento y cólera de verme allí puesto en ridículo, a la faz del país entero... Doctor Soto, ¡ por Dios ! déjeme usted en paz, que modestamente reconozco mi inutilidad. Que se sienten en esas curules, como usted dice, hombres de estudio y de talento, si los hay, porque a mí me vendrían demasiado anchas. Confieso que yo no tengo ideales, ni cosa alguna de esas que usted ha mentado con tanta elocuencia, ni cifro mi ambición y mis esperanzas solamente en la ventura de la patria, ni pienso consagrarla todas mis energías, las pocas que me restan. ¡ Ideales ! ¿qué son los ideales? algo como esta neblina que nos molesta y nos estorba el paso desembarazado. Hoy por hoy, yo no sueño más que en divertirme, divertirme

mucho, divertirme siempre, de todos modos y en todas las formas; vivir, gozar, pasarlo bien. ¡Este es nuestro credo, doctor Soto!

Dijo y tosió recio, con cavernoso desvencijamiento del pecho. Don Navigio se le fué a la carga, levantando esta piedra de sólida argumentación:

—Eso lo dice usted porque su celibato esteriliza sus más nobles sentimientos, y no deja en su corazón más lugar que el que ocupa el monstruoso egoísmo, feroz enemigo, cáncer terrible de nuestras sociedades. Cásese usted, busque mujer buena y cariñosa; tenga hijos hermosos, funde un hogar feliz que le ate a la vida y al suelo patrio... Verá usted cómo encuentra la voz perdida, la energía debilitada, y se le llena de ideales el alma, como el prado de margaritas.

—¿Casaca? — exclamó Gabinito, haciendo abortar un bostezo con la risa;—¡ja, ja! ¡valiente disparate! ése es remedio del siglo pasado, doctor Soto.

—De todos los siglos, pasados y futuros — afirmó don Navigio, algo desconcertado con la risa del joven, y sin medir todavía todo su alcance;—fuera del matrimonio no encontrará usted más que vicio, desorden, intranquilidad, despilfarro, ruina, locura, muerte...

—Y dentro del matrimonio aburrimiento, cansancio, discordia, malas digestiones, desesperación, aquello que usted sabe, locura, y

muerte también, ya que todos hemos de morir, casados o solteros.

—El casado, señor Asnabal...

Con mucho donaire fueron jugando a la pelota con el tema largo espacio, y don Navigio se calló el primero, demudado de pronto, porque recibió este cantazo, que a poco le tumba en la carretera:

—¿Casaca? ¡no, señor! soy joven, rico, libre... Mi programa del año verá usted qué bonito es: en octubre, a París. ¡París! ¿sabe usted lo que es París? junte todo lo hermoso, lo grande, lo mejor que hay en el mundo; ¿ya lo ha juntado usted? pues, ahí tiene usted a París, templo del Amor, del Arte y de la Ciencia. Declaro humildemente que mi peregrinación no reza con estas dos últimas deidades... ¡Qué mujeres aquellas, doctor Soto! ¡y qué vida de placeres! ¡ah!... Después de una temporadita bien aprovechada, saldré a dar la vuelta al mundo, viajaré, viajaré como el judío más judío... y écheme usted un galgo. ¡Conque, a mala hora viene usted a recetarme matrimonio, doctor Soto!

Digo que se demudó don Navigio al oír esto; metió el pie en un charco y se puso perdido, obligándole el percance a detenerse para limpiar con el pañuelo los chisguetes de lodo. Gabinito, que sin duda no daba la menor intención a sus manifestaciones, se excusó de no lle-

varle a la grupa, porque harían la facha más ridícula y su entrada en el hotel sería la comidilla del día.

—Sí, señor — contestó el doctor, guardando el sucio lienzo en el bolsillo;—no faltaría más sino que me llevara usted enancado; ¡muchas gracias! por razones parecidas no ofrezco a usted mi paraguas; a unos falta lo que a otros sobra: tal es la ley del equilibrio social, aunque a primera vista parezca una ley desequilibrada. Quédese usted con su caballo y yo con mi paraguas, y mojémonos los dos, usted el cuerpo y yo los pies, que uno y otro vamos compensados. ¡Y a mal tiempo, buena cara!

Chano, chano, siguieron sin hablar, Gabinito distraído con la deslumbrante evocación de París, y don Navigio... Don Navigio dando estas puntadas y remates mentalmente a su resolución:

—En seguida de llegar se lo suelto a Loreto, para desengañarla de una vez; basta de estúpidos intentos, y que el mono este vaya a reirse de la señora mona, su abuela, y se guarde sus pesos para las parisienses. Y que reviente él y su parentela, y Marplatina, y el *hombre negro*, y el mundo como una sola bomba gigantesca y terrible... Loreto se convencerá, o reventará también. Y Florita, que se calle, que se resigne, que no nos salga con su feminismo salvador, porque yo, el pacífico, que en esta pelea

contra la adversidad voy dejando pedazos de vida, haré lo que no he hecho nunca : ¡ una barbaridad ! Pasado mañana nos despediremos... Y vuelta a la lucha, la lucha diaria, la lucha eterna por sostener el rango, que es el alambre de Florita y nuestro propio alambre... ¡ Lástima de conferencia con el Gobernador ! otra cosa que haré en cuanto llegue : decirle que de lo dicho no hay nada, y que éste, mejor que en el Congreso, estará en una jaula de Palermo...

Gabinito, entretanto, regresaba de su imaginario viaje, y fijaba los ojos en el caviloso compañero, saltando del choque esta idea :

—Si lo del Congreso y lo del matrimonio se relacionará con las pretensiones que dice Adelaida y dicen todos que se permite abrigar el arenque seco... ¡ Tiene gracia ! ¿a que sí se relaciona? ¡ titiriteros de morondanga ! ¿estáis locos vosotros o está loca la niña pasada? ¿cuándo se ha pagado tan caro el arenque, ni por qué había yo de pagarlo, ni en qué, ni cómo, ni cuándo os he demostrado yo interés en adquirirlo? ¡ Bah !

Tan expresivo y sincero era este ¡ bah ! de menosprecio, que no se contentó el de a caballo en imaginarlo, sino que lo indicó a la vez en forma muda, con los hombros y un gesto de los labios que dirigió al de a pie sin disimulo. Pero don Navigio, cubierto con el paraguas, no podía verlo ; y como el silencio, después de tan

regocijada discusión, tenía apariencias de enfado, y en forma alguna ni por ninguna causa conveníale a él mostrarlo, respondió al movimiento de Gabinito con esta salida:

—¡Buen paseo el nuestro, señor Asnabal!

—¡Bueno!—repitió Gabinito,—y gran día el de hoy.

—¡Mucho!

—Lo digo por la neblina.

—Y yo también... ¡justo! por la neblina.

Chano, chano, habían llegado a la intersección de la cuesta que hacia la playa del *Manchester* desciende y la línea del tranvía; el magnífico edificio del hotel esfumaba su robusta silueta, templo del dios *bon vivant*, de que ambos eran devotos fervorosos, y allí se detuvieron para despedirse, porque dijo Gabinito que antes del almuerzo daría una vuelta por la Rambla en busca de Rómulo para la consabida estación en *La Perla* luego de dejar el albo rocín en la cuadra; y entre la nube desapareció el Santiago de pacotilla con más prisa que si fuera a matar moros, emprendiendo el grave doctor Soto la bajada a la playa, paraguas al hombro otra vez, síntoma alarmante, derramando suspiros y maldiciones:

—¡Botarate!... ¡crápula! ¡juventud sin ideales! ¡patria sin juventud! ¿qué será de ti? ¿qué será de ella? ¿qué será de nosotros? ¿qué será de todos? ¡Ay!

Repitió el *¿qué será?* con amargura, y aunque la solemne interrogación aplicada parecía a la patria y a la juventud, su pensamiento personificaba inconsciente estas entidades, y eran misia Loreto y Florita quienes callaban sin responderle en el fondo de su mente.

—¿Qué será de nosotros?—murmuraba don Navigio.

Tendía la neblina sus tules sobre la playa, y aquí y allá las garitas de mimbre, como féretros egipcios, permanecían de centinela, impasibles delante del mar, que de ellas se burlaba cubriéndolas de espumarajos; aquel día, aquel gran día que decía irónicamente Gabinito, las ondinas y nereidas marplatinenses habían juzgado prudente no salir de sus conchas de nácar, que en este caso eran las confortantes habitaciones del hotel, y por ende, suspendida la exposición matutina de pantorras, faltaba el acostumbrado público de mirones y golosos; ni un sombrerito de paja, ni arremangados pantalones a la inglesa, ni borceguíes amarillos dentro de las garitas, momias de aquellos féretros: en la playa toda imponía la tormenta su ruidoso silencio.

Don Navigio comparaba este silencio y esta agitación con el estado de su ánimo, y hacía sufrir al paraguas el suplicio del camino, mareo de volatinero incansable. Cuando entró en el patio, distinguió a misia Loreto, que desde

su ventana le telegrafiaba no sé qué, alguna pregunta frívola, si venía mojado o traía apetito, y él contestó con inequívoco movimiento de languidez, de tristeza profunda, indicando que ya subiría, que tenían que hablar largo y resolver muchas cosas.

Pero, no subió de seguida; no se atrevió a subir, con temor inexplicable. Sentóse en la terraza, fatigado, más de tanto pensar en vano que de la caminata, y no miró a los que estaban, grupos sueltos, alegres, conocidos todos, de entre los cuales alguna mano se adelantó para saludarle, y no pocas voces le dieron los buenos días, estómagos que esperaban impacientes la hora de la refacción. Vuelta la redonda cara al mar, don Navigio repetía *¿qué será?* angustioso, perdido su pensamiento entre la niebla, como si leer pretendiese una página en blanco.

IX

Todavía a estas horas, pasados algunos años de la catástrofe, ni misia Loreto ni don Navigio se explican la actitud de Flora al enterarse de cuanto descubriera su padre aquella ma-

ñana, ni se dan cabal cuenta del desenlace de sucesos que, en apariencia, tan poco le afectaban y en realidad la libertaban de un yugo que decía aborrecer tanto; porque si le quería, o al menos interesábase algo por *él*, tuviese puesto en *él* su amor propio, únicamente, o sus esperanzas, no acogiera la noticia con risotadas, invectivas y demostraciones de poco aprecio y complacencia; y, si no le quería, no cayera luego en aquel abatimiento entremezclado de lágrimas y suspiros.

¡Extraña criatura! obscura nebulosa que no acabaron nunca de esclarecer ni el padre, ni la madre, ni persona alguna. ¡Alma que no amó, jamás será comprendida! Recuerda misia Loreto, sin embargo, que entre estos dos estados psíquicos expresó Flora, con los ojos nada más, pues ella la tapó la boca con el gesto de repulsa acostumbrado, la idea suya tenaz, idea sajona y extravagante que la tenía perturbada; y luego de convencerse de que, resueltamente, ni el padre ni la madre la daban apoyo, cambió la risa en lágrimas y en suspiros la algazara.

¡Criatura extraña! El descubrimiento de don Navigio, revistiendo de certeza lo sospechado, era la libertad personal, la emancipación del hombre odiado... pero era también la vuelta a la calle de Río Bamba, el reinado perpetuo de la escoba y el plumero, los entreactos de señoría intolerables, el sainete burlesco, de-

lantal y sombrero, sala y cocina, miseria efectiva y riqueza mentida... Entre ambos extremos, y alrededor de aquella idea sofocada, ¿no se encontrará la causa de su actitud, que a estas horas, después de tanto tiempo de la catástrofe, buscan aún los padres sin éxito?

Cuando la vió llorar, cuenta misia Loreto que la preguntó si era por *él* o por qué, y ella se volvió iracunda:

—¿Por *él?* ¡jamás!

No añadió palabra, y dejó que la obesa señora desahogara su indignación contra el corrompido que de tal manera se negaba a ser su yerno, y entablara con don Navigio el consejo que exigía tan grave acontecimiento; se encerró en su habitación, y lo primero que hizo fué zambullir la cara en la palangana, enjabonarla, restregarla y lavarla tan concienzudamente como lo pedían para borrarse las malas señales del afeite cotidiano; destripó en seguida el peinado, sacando cuanta mota y añadido rellenaba su cabeza, y, suelto el pelo, a trechos rubio, a trechos castaño, con blanqueo de canas nacientes en muchos sitios, corrió a contemplarse delante del espejo, tal cual era, tal como estaba decidida a parecer en adelante, con todos sus años encima, sin disfrazarse ni restarse uno solo, ya que la conquista del hombre no lo demandaba. Arrugas, patas de gallo, todo salió a la luz, y mostróse contenta de verse así, mujer madura

que renuncia a la vanidad y dignamente acata los fallos de la naturaleza.

Recogió el cabello sencillamente sobre la nuca, enganchándolo en una horquilla de concha falsa, y procedió luego a lo que bien puede llamarse un auto de fe, aunque el fuego no fuera el elemento con que se dió horrible muerte a tanto inocente; pues apoderándose de la blanca botella que contenía la preciadísima leche de rosas, la descorchó y la tiró de cabeza al cubo; unos botes de cristal, enanos, con marbetes muy pintaditos y dorados, llenos de no sé qué untuosa materia sonrosada, cayeron en lo profundo del mismo recipiente, y tan triste fin sufrieron asimismo otros frascos larguiruchos, y una cajita de cartón, y un pomo de estaño, y varios objetos semejantes de la farmacopea de tocador; la mascarilla padeció el suplicio de las tijeras y murió destrozada, en venganza de la pegajosa intimidad con que se la había honrado y del tironeo insufrible con que pagaba tamaña honra, hurtándola el sueño por el servicio de estirar la piel y engañar la vista... ¡Hecatombe espantosa! la única que se salvó de su furor iconoclasta contra aquellos, en cierto modo, dioses conservadores y benéficos de la belleza femenina, fué la polvera, que siguió, sin temor ni peligro, presidiendo el lavabo, rechoncha, lustrosa, ceñido el cuello de marfil por una cinta azul.

Hecha la matanza, Flora paseó por la habitación, según costumbre, y habló consigo misma; lloró en una butaca, no de remordimiento por lo que había hecho, seguramente, y se asomó a la ventana a mirar el paisaje a través de la niebla cuando se cansó de llorar, de pasear y de decirse siempre las mismas cosas.

Su madre la llamó para bajar a almorzar, y contestó que no tenía ganas. Y no bajó, ni almorzó, ni probó más que unos tragos de caldo, y eso porque don Navigio vino con la taza a dárselos él mismo y misia Loreto la suplicó que los tomara. En el comedor la echaron muchos de menos, según decía la señora; las cuatro Asnabales la enviaban recados cariñosísimos; don Valentín, siempre atento y cortés a la antigua, la escribió un papelito deseándola alivio; el Gobernador preguntó por ella, entre los postres y el café, con interés realmente digno de agradecimiento, y *él*, *él*, se acercó a don Navigio para enterarse si sería cosa de cuidado... ¡Quién sabe! tal vez las tonterías que dijo carecían de importancia y hasta de sinceridad; vaciedades que el mal gusto pone generalmente en boca de los hombres, amigos de hacerse valer. Una explicación, una explicación oportuna...

—¡Una explicación! — exclamó Flora;—sé lo que deseaba saber; no me doy por desengañada, porque engañada no estaba... No hablemos más.

Y no se habló más, con miedo don Navigio y misia Loreto de que le acometiera una de aquellas crisis en que, si no perdía la chaveta, lo parecía, tantos eran los desatinos que se la ocurrían, más formal que si predicara verdades y sentencias de los Santos Padres. No se habló más, sino de los preparativos para la marcha; apenas se atrevió misia Loreto a insinuar que debería *arreglarse* un poco la cara y el pelo, pues a lo mejor subirían los amigos de visita, insinuación que Flora no tuvo a bien contestar, como si aquello de arreglar lo fatalmente desarreglado le supiera a necedad e impertinencia nunca oídas; y estaba misia Loreto tan quebrantada de ánimo, que no insistió, de lo que bastante se ha arrepentido más tarde.

Apenas si recuerda la pobre señora lo que pasó en el resto del día. Que no subió nadie a verlas, y con nadie habló Flora, está segura; con nadie, ni con ella. Andaba suspirona, y ya asomada a la ventana, ya sentada, la vió llorar varias veces y restregarse los ojos sin el cuidado que ponía comúnmente para evitar la irritación que los afeaba; ya febril, ya perezosa, despojar el armario y llenar de ropa las maletas, que desordenaba luego retirando cada pieza, en un desconcierto de su voluntad alarmante: así hasta que la campana de la comida dió los tres toques de rigor.

—¿Vas a bajar? — preguntóle tímidamente la madre.

—Sí, mamá.

Marchóse misia Loreto, satisfecha de esta respuesta, y procedió a la complicada operación de su tocado, en lo que tardó media hora escasa, a pesar de las dificultades que suponía la falta de ayuda necesaria para la buena disciplina de corchetes, plegados, lazos y alfileres, y al tornar a la habitación de la hija encontróla como antes: mirando, sentada, la bombilla de la luz eléctrica.

—Pero, ¿no te vistes, Flora? ¿no vas a bajar?

—Sí, mamá.

—Date prisa; son las tantas. Abajo te esperamos.

—Abajo te esperamos—repitió don Navigio, metido tan orondo dentro de su *smoking*.

—Ya bajo—repitió Flora, poniéndose súbitamente de pie;—tengo que hablar con el Gobernador.

¡Con el Gobernador! ¿y qué mensaje urgente era ése? ¿qué cosas iba a decirle? ¿Qué cosas? muchas cosas importantes, de positiva necesidad; mercedes que sólo pueden otorgar los que mandan. Desde que llegó a Marplatina le molían todos con pedidos, solicitudes, recomendaciones; la única que no le había echado el memorial correspondiente era ella, por corte-

dad y vergüenza de su fingido rango. Decía *fingido* mirando a la madre, cruelmente, con paseo de los ojos calenturientos por todo el largo y lo ancho de su persona vestida de seda, y asaetеando, de soslayo, el correcto empaque de don Navigio.

Sí, estaba decidida a hablar con el Gobernador, y su primera frase sería ésta:

—Señor Gobernador, aquí está una doncella menesterosa que viene a solicitar la gracia de un don...

—Adiós mi dinero—exclamó don Navigio;—¿pataleta tenemos?

—¡Flora de mi alma!—dijo misia Loreto muy afligida.

Y Flora soltó la rienda a los nervios desbocados; increpó y suplicó a la vez, pasando sin transición de una fase a la otra de su crisis histérica.

—¡A ver! ¿por qué no dejarme hablar con el Gobernador? ¿sabes tú, mamá, sabes tú, papá, lo que pienso yo decirle?... ¡Ay! es que ya no hay quien la quiera a una en el mundo! todo es contrariar y empujar al límite de la desesperación... ¡Si no estoy loca!... No, mamá, repito que no sabes lo que voy a hablarle...

Y lo que deseaba pedir al Gobernador, ¡si no la dejaban explicarse!, lo que deseaba pedirle era el nombramiento de maestra en una escuela de La Plata o de la provincia; con estudios

suficientes para la tarea, sentíase capaz de desempeñarla a maravilla; y si no parecían suficientes, porque la ley los exigiera más extensos para alcanzar el diploma, dispuesta estaba a proseguirlos hasta alcanzarlo; total, tres meses, seis meses, y como premio la paz en el trabajo, noblemente conquistada, y el pan seguro... ¿También juzgaban esto un disparate? ¿había de cerrarse también este camino a la señorita de Soto? la señorita de Soto, por ser tal, y no habiendo encontrado el hombre que la mantuviera, ¿estaba, pues, condenada a morir de miseria? ¿no había de romper una sola de las ligaduras que la inmovilizaban e inutilizaban?... El padre se encogía de hombros; la madre sonreía con lástima. Pues, las rompería todas, daría suelta a su voluntad, recuperaría el libre ejercicio de sus facultades, de todas, de todas sus facultades... sería una mujer, no una muñeca, un ser consciente, soberano; como había arrojado y destruído los torpes restauradores de su juventud y de su belleza pasadas, echaría de sí, apartaría, costárale el esfuerzo que la costase, la montaña de prejuicios bajo la cual se empeñaban en sepultarla, y la señorita de Soto, decaída de su grandeza social, pero conservando entera su altivez, trabajaría, viviría haciendo uso de sus manos y de su inteligencia, como el varón más fuerte, en vez de rebajarla a la indigna labor de fingir en-

cantos y fingir riquezas, y siempre fingir lo que no se tiene o se perdió, para la conquista utópica de una bestia de carga.

—Cálmate—intervenía misia Loreto entristecida;—ni tu padre ni yo nos oponemos a que hagas esas cosas que dices y a que hables al Gobernador y te pongas de maestra... y hasta de niñera. No me burlo, no. La mujer que quiere trabajar, no la falta en qué. Lo difícil es que a la señorita de Soto la tomen a lo serio sus propósitos... pero, ya arreglaremos esto. Ahora, tranquilidad y tila, antes de bajar al comedor. Voy a traerte una tacita. Después pensaremos despacio y obraremos de acuerdo contigo, siempre de acuerdo.

—Que se acueste—aconsejó don Navigio, que había escuchado la tirada de su hija paseando y sin chistar;—que se acueste, y la pones unos fomentos de agua sedativa. Y como para realizar sus proyectos no es menester faltar a lo que las reglas nos obligan, que tenga cuidado con lo que al Gobernador le dice, porque él mismo va a dudar de su buen juicio y se quedará sin escuela... Maestras sin escuela hay muchas; pero sin cabeza, ninguna... ¡Ligaduras, ligaduras! ¿las encontrarás más apretadas que las mías, tan apretadas que ya me ahogan?

Flora, estremecida por el sacudimiento nervioso, temblaba en la butaca en que se había acurrucado, interrogando al padre y a la madre

con los ojos febriles, y murmuraba, en son de comentario a las exhortaciones paternales:

—¡Bueno, bueno!

¿Amenaza? ¿resignación? Después calló, sombría. Misia Loreto no comprendió nada, ni el retintín de la frase; tal vez a estas horas no lo ha descifrado tampoco, que su entendimiento no ahonda más allá de la superficie de las cosas, y sólo en el campo de la frivolidad espiga y recoge la paja de las ideas; pero se acuerda muy bien que, desentendiéndose de ello, la trajo la taza de tila, y con el auxilio de don Navigio logró que tomara hasta la última gota y les prometiera tranquilizarse, aviarse en seguida y bajar al comedor, donde la esperarían; y como a los niños se les adormece con la promesa de bonitos juguetes, don Navigio la juró que hablaría él mismo con el Gobernador y se encargaba de asegurarla lo de la escuela, pues había muchos para un trompo, y en esto de los empleos al que madruga el Gobierno le ayuda.

En todas estas andanzas, hubo de descubrir misia Loreto rastros patentes y denunciadores de la hecatombe farmacológica, lo que la alarmó en demasía, convenciéndola de que a Florita se la había aflojado un tornillo, si no dos... Pero aun tuvo humor, viéndola tranquila, de bajar tan compuesta, y devota siempre de las apariencias, con devoción fanática digna de mejor y más alto objeto, sonreir a todos en el come-

dor, ocupando ruidosamente con don Navigio su mesa habitual, que era la segunda de la izquierda, junto a la tercera ventana. En la próxima, sentado estaba el solitario Casuso, de nívea pechera correctísima; en la siguiente, don Gustavo; en la de más allá, la familia entera de *la del Copete*... y en la primera del centro, agrandada y florida para la circunstancia, don Gabino y su prole con los Schlingen, marido y mujer, los tres Kondraifskoff y Rómulo Pares, de convidados. Deslumbraba el teatral comedor con la exposición de trajes, cuarta o quinta de la serie del día; los dorados y las luces; los peinados artísticos; los prendidos riquísimos; el estiramiento de las pecheras y de los bustos; y al par de todo esto, la música, que distrae el anónimo y le obliga a dar libertad a la economía para que repare en paz lo gastado. Luego, el concierto de la plata, del cristal y de las flores, risas y frases en todo momento, la alegría del lujo en desborde, la satisfacción de la hartura...

Puede decirse que misia Loreto, cual su vecino Casuso, en éxtasis siempre delante de su cubierto, comía con los ojos; en mirar, en curiosear, pasábasele el espacio de un plato al otro, sobre todo aquella noche, que por amargos motivos y tener enfrente a la dama rusa y a Adelaida Paso no probó bocado. Misia Loreto habrá olvidado otros detalles; pero del ves-

tido color salmón de Adelaida y del brochado de la rusa se acordará mientras viva, así como de la mariposa de pedrería que llevaba aquélla posada sobre el hombro, ¡qué mariposa! y los anillos de los dedos, engarzados en luz y torpes de tanto peso, que en ocasiones, y aunque parezca un contrasentido, la riqueza estorba. Sonreía a todos misia Loreto, disfrutando de su felicidad momentánea con ansia; a las cuatro Asnabales, que, como cuatro rosas de Jericó, la dirigían saluditos afectuosos y mudas preguntas, participaba que Flora bajaría muy pronto, restablecida ya de su jaqueca; y don Navigio despachaba telegramas, con los brazos y la cabeza, allá, al fondo, a la mesa en que el señor Gobernador llenaba su barriga con generosidad oficial.

La algazara de la mesa de don Gabino, con los agudos de las muchachas y los mugidos del papá, era escandalosa; reía a reventar el bienaventurado don Federico, y más comían que hablaban los de las efes, y más hablaban que comían la gata y el santiagués matutino, y ni comían ni hablaban los novios... Poco a poco, el bienestar adormecía a misia Loreto, y ya no abría más que un ojo al estallido de una carcajada o la voz del mozo que la brindaba una fuente.

Pensaba en Florita, en su retardo, en su situación y mala suerte, y a veces, aquel ojo que

se abría lanzaba un rayo de rencor a la mesa frontera, o se fijaba compasivo en la pletórica faz de don Navigio, en amistosa conferencia con su plato. ¡Señor! ¿por qué no habían de gozar en paz del momento presente, y la negra idea del mañana turbaría siempre su satisfacción?

Caía de nuevo el rayo rencoroso enfrente, y el espectáculo de la abundancia, de la tranquila posesión de riquezas sin cuento, la irritaba. Don Valentín, terciada la servilleta, se levantó y vino a preguntarles por Florita, ocupando el asiento de ésta vacío, y ya se quedó allí, charla que charla, mentiras y verdades ingratas, más mentiras que verdades, como la supuesta historia de la mariposa que brillaba en el hombro de la Schlingen, y era, a decir de don Valentín, el gaje conyugal del rompimiento con Rómulo, cuando el capricho no había aún decretado su reemplazo inmediato por Gabinito, lo que constituía el mayor timo del mundo en perjuicio del babieca del marido. Acerca de ello contaba detalles muy picarescos don Valentín, sin que alcanzaran el favor de ser reídos, porque si alguna gracia tenían, no hacían ninguna a la pareja mohina, y aún menos la anécdota que circulaba acerca de la *Peregila* y su sorpresa en la Rambla con don Gustavo a horas en que todos los gatos son pardos.

Misia Loreto, con dignidad señoril, cortó el resuello al maldiciente.

—¿Sabe usted que pasado mañana levantamos el campo?

Don Valentín no lo sabía, pero contestó que sí, y allá fué otra mentira: por Edelmira, la menor de las Asnabales, cuyo parentesco periodístico la hacía inapreciable para correr noticias. ¡Marcharse! ¿y por qué tan pronto? el mal tiempo no duraría mucho, y no era llegada tampoco la fecha marcada en el código de la elegancia.

—Asuntos de éste—dijo la señora, suspirando.

—Sí—afirmó don Navigio,—me marean con lo de la Corte, y el Presidente me llama... Antes que todo, están mis deberes profesionales.

—¡Pues, claro!—asintió don Valentín, convencido.

El escándalo de la mesa vecina les distrajo, y la mirada del gran Casuso se encendió rencorosa, como la de misia Loreto, enfermos los dos del mismo mal, pues a él también le escocía ver cómo los demás gustaban de la vida a boca llena y bolsillo repleto. Y entretanto, don Navigio recorría la minuta, cuando no mascaba, pensando juiciosamente que en el aprovechar de hoy está el consuelo de mañana.

A todo esto, no parecía Florita. ¡Qué atavío más complicado el suyo! ¿o la lectura la dis-

traía tanto, que se olvidaba de su estómago?

—Ya baja—repitió misia Loreto,—no sé por qué se demora tanto.

—Faltan dos números del programa—observó el doctor Soto,—la legumbre y los postres.

—Poco le queda entonces—dijo don Valentín; —nada, que estas muchachas viven del aire, como los camaleones.

—Y hoy está atroz—confesó la madre,—con un cuarto de luna que promete. Voy a subir. El sobresalto me tiene en espinas. Hasta luego, Casuso.

—Yo la acompañaré a usted—saltó éste, arrojando la servilleta.

—Hasta luego—despidiólos don Navigio;—¡feliz usted, amigo, a quien los hijos no interrumpen la comida!

La ruidosa acción de levantarse ambos provocó un movimiento de cabeza. Salieron, pero no pasaron del pie de la escalera, al ver que Flora bajaba lentamente; la vieron y la desconocieron, lo mismo misia Loreto que don Valentín asombrados ambos y dudando si sería Flora o no sería: porque estaba sin vestir, valga la expresión, sin componer, de acuerdo con las pragmáticas sociales y de la moda, nada más que con la falda de alpaca azul de diario, cuerpo alto negro, y el pelo a la diabla; ni un grano de polvo, ni una gota de carmín, ni un trazo de lápiz... Ni siquiera aquellos subterfugios

de algodón con que la escualidez reemplaza lo que olvidó de rellenar natura, y la belleza quiere que redondo sea y prominente... Otra Flora, envejecida, feísima, una acólita del Ejército de Salvación, figurilla obscura y humilde que chocaba, que desdecía dentro del marco tan elegante.

Pasmada, misia Loreto se quedó sin habla. Y como Flora seguía bajando, pronto llegó a ellos, y su aproximación devolvió a la madre la palabra.

—¿Adónde vas, Florita? ¿por qué no te has vestido? ¿por qué te muestras así?

—¿Estoy desnuda, acaso?—exclamó la joven, mirándose la falda y palpándose asombrada el cuello,—¿me encuentra usted mal, Casuso?... ¡Ah! ya sé: es que mi pobre mamá se empeña en que he de ser joven y bonita, y debo andar vestida de rica, y la realidad la asusta. No, mamá de mi alma, *arrojar la cara importa*... y como no puedo arrojarla, me presento tal cual soy, y con presentarme así en el comedor, a nadie falto.

—Faltas a las conveniencias—dijo Misia Loreto, sofocada,—faltas a todo; ¿qué van a decir los amigos al verte con esa facha?

—¡La verdad!—contestó tranquilamente Flora,—que soy una facha; ¿no es cierto, Casusito? ¿no es cierto que usted no creía que fuera yo tan fea?

—Ea, tú estás loca; sube, sube.

—No contraríe usted a su mamá—suplicó don Valentín;—suba usted y acuéstese, que por lo que dicen sus ojos está con fiebre.

—Toque usted, Casusito, y tendré la prueba de que mis ojos mienten o los suyos no entienden lo que dicen. ¿A qué tanto asombro, tanta boca abierta delante de la verdad, si ante el engaño no se ha escandalizado nadie?

Reía, entregando su mano a don Valentín para que se convenciera de que el pulso era normal; y él, aunque de la ciencia de Hipócrates no sabía jota, pudo comprobar, sin embargo, al simple contacto, que parecía con calentura y muy alta.

—¡Si estás abrasando!—exclamó misia Loreto palpándola con amoroso afán;—¡nada, nada, arriba!

—Suba usted—insistió don Valentín.

—¡Dale! ¿y por qué he de subir? ¿de modo que se me arroja vergonzosamente y se me obliga o ocultarme, como un delincuente, de la vista de todos, porque no me he puesto los trapitos y los alfileres que impone la señora etiqueta? ¡Por Dios, mamá; por Dios, Casusito!

La porfía, prolongándose, dió tiempo a que los últimos números del programa culinario se ejecutaran hasta el fin, y los que no gustan de la sobremesa y prefieren el ejercicio ambulativo o el tumbo a la bartola salieran del comedor

y fueran testigos de aquella escena en que la Sotita figuraba como personaje principal y estrafalario, tan estrafalario que muchos no la reconocieron, tanto pueden el traje y el afeite.

De los primeros en llegar se destacaron Gabinito y Rómulo, que, cigarro en mano, buscaban sitio libre donde el humo no molestara a las damas; y, con espanto de misia Loreto, antes de esconder Flora la cara desmedrada, distinta de la que acostumbraba llevar, provocando el efecto del cambio que había mudado en otra persona la escurridita y atildada que conocían, les llamó para ofrecerles la mano y la dijeran si estaba o no con fiebre.

—¿Verdad que no? se empeñan en mandarme a la cama, como a don Basilio. *Don Basilio à la febbre*... Pues no, señor, insisto en que no.

Ambos se habían acercado y la tocaban mirándola con extrañeza. Ella lo notó y soltó la risa.

—Qué, ¿no me reconocen ustedes? ¿se asustan también de la realidad? ¡ay, amigos míos, si esas mujercitas de París las vieran ustedes a la luz de la verdad! ¿qué digo sólo las de París?... ¡Cuidado con el engaño, señores! hay que mirar el alma y no la cara... ¡Adiós, Ernestina; adiós, Adelaida! allí aparece también Graziella... ¿Qué, soy yo no soy yo?... Vamos, a ver: los médicos, ¿qué dicen?

Gabinito y Rómulo fallaron que debía acos-

tarse, porque el pulso andaba más que una locomotora. Y al mismo tiempo pensaban uno y otro, ¡ay, si el pensamiento hablara sin el permiso de la voluntad!, pensaban que el demonche de la Sotita no merecía siquiera los honores de arenque con que la habían investido, sino ser incluída en una categoría inferior de la familia ictiológica.

—¿Te convences?—interpuso misia Loreto, cargadísima ya;—vamos, buenas noches, señores. Allí viene tu padre, Florita... Nada, bromas de éstas...

Y algo bruscamente, con mimos o velado enojo, consiguió que subiera la chiflada, escoltada de saludos y buenos deseos.

Y ya en la habitación, cerrada que fué la puerta, la señora se expandió a sus anchas acerca de lo que ella juzgaba gravísima transgresión de un mandamiento social, pecado suficiente para condenar al infierno de la crítica a la más pintada, digo, en este caso a la menos pintada; ¡presentarse así! ¡y delante de *él*, para que perdiera la postrera ilusión, si es que alguna le quedaba! hiciera lo propio la mejor de las Asnabales, y desmerecería en su físico; ¿cuánto apostamos a que desmerecería? porque la compostura en la persona es como el barniz en un cuadro, que sirve para realzar colores y detalles.

Lo que más duele a misia Loreto, aun hoy

que, impenitente, en su desnuda salita de la calle de Río Bamba, repasa entre el crujir de la seda, los recuerdos de aquellos terribles sucesos, es el tonillo joco-serio que ella y don Navigio emplearon entonces con la desesperada... Flora, bajo la influencia de otra fase de su crisis, había trocado su alegre humor de la escalera en aplanamiento profundo, y sentada, con la cabeza sobre la almohada, junto al lecho, no contestaba al sermón maternal sino con el estribillo, repetido en voz baja :

—Yo tenía una idea... yo tenía una idea... ¿Para qué he bajado? ¿para qué?

—Para hablar con el Gobernador —apuntó misia Loreto riendo,—y al efecto te has vestido de *doncella menesterosa*... Olvidas que tu padre se ocupa en buscarte trabajo y que, en último caso, buenas agencias de colocaciones hay, que te podrán facilitar algún *conchabo*. Nada, no te preocupes más, y descansa. Si quieres, ahora iré a buscarte la idea perdida, que, como no es ninguna alhaja, por ahí se te habrá caído y ahí se estará en algún rincón. ¡Ja, ja! lucidos quedamos contigo, hija. Quisiera oír los comentarios de abajo... es decir, no quiero oírlos. Ya me zumban las orejas. ¡Valiente diíta! ¡nuestro gozo en un pozo, y el ridículo por premio de tantas fatigas!... ¿Te duele la cabeza?

Dijo Flora que no, y lo que deseaba era que-

dar sola para descansar. No quiso desnudarse ni tomar nada, y menos que viniera el médico. Aun insistió la madre, con el atropellado cariño que en ella era característico de su humor, tan pronto agrio como zumbón y apasionado, sobre todo en aquella circunstancia, que vió deshecha su madeja y pulverizados todos sus proyectos; y cuenta que no consintió en retirarse sino por el mucho rogarle de su hija, y que al retirarse la besó y oyó que la decía:

—¡No lo he olvidado, mamá, no lo he olvidado!

¿El qué? sin duda las recomendaciones de que se calmara y se acostase cuanto antes...

Quedó Flora como muerta, aplanada por la fiebre, o por la idea, ya recobrada, que chispeó al abrazar a su madre. Muchísimo tiempo se estuvo sin dar otra señal de vida que algún suspiro, y suspirando en la obscuridad, escuchó la discreta escapatoria de la mamá; luego, al cabo de dos o tres horas, el regreso de don Navigio, el apagado sonar de puertas y de pasos, la doble entrada temerosa en su alcoba, la cansada respiración de misia Loreto, rozándola la cara, el susurro de frases tranquilizadoras, y otra vez los pasos y las puertas sonando débilmente y más fuerte, al través del tabique, el dúo conyugal sempiterno, que estallaba en la soledad, la jeremiada de la situación, examen y resumen lastimosos de algo a que no se po-

nía remedio, porque ni la voluntad ni el amor propio querían que se pusiera.

Todo se acalló, por último, y allá, transcurridas otras tantas horas, sonaron nuevos pasos en el corredor, los de *él*, ¡tan conocidos! *él*, que se retiraba, ganador o perdidoso... ¡Adorado borrachín, querido mamarracho! ¡muy buenas noches! descansa en paz, que los pensamientos de la Sotita no revolotearán más sobre tu frente que el vicio hace amarillear y consume, ni te solicitarán hostigados por otros tan mezquinos como los tuyos, y cuando el sol, cansado de ayudar al trabajo sobre la tierra, te despierte y abras tus ojos sin luz, de cerebro sin ideas, lámpara sin aceite, ya la Sotita... ¿dónde estará la Sotita? no se lo preguntes a nadie, que nadie será capaz de responder. ¡Silencio! ¡misterio! ¡Salvador de mentirijillas! siquiera esta noche no se lavotea, se pinta y se compone la Sotita en tu obsequio, ni sufre martirio de coquetería por tus pedacitos... Borrachín, borrachín, ¡descansa en paz!

Suspiró hondamente Flora, y se incorporó cautelosa. La idea magna, inmensa, monstruosa, señoreaba su alma. Deslizóse hasta el suelo, se escurrió con precaución y abrió la ventana... En el escurrirse y en la operación de abrir debió emplear ¡qué sé yo! muchos minutos, por temor de que la sintieran, y abierta la ventana, echó fuera la cabeza, como tímido mo-

lusco, y la metió luego apresurada. Indecisa, miraba por el hueco la masa de la neblina, arrebolada por el globo de luz eléctrica del patio, y oía la voz del mar que la llamaba:

—¡Ven! yo solo, yo solo puedo complacérte; soy el salvador que buscas: el matrimonio y el trabajo te rechazan, y la religión no te ampara porque la flor de tu fe se ha secado, como la de tu juventud y la de tus ilusiones. ¡Ven! ¡yo solo, yo solo soy tu salvador! ¡te recogeré en mis brazos, y en ellos dormirás para siempre, Eva rebelde al fallo divino! te recogeré y muy hondo, muy hondo, allá, en una verde gruta, sobre lecho de musgo, te acostaré, y velarán tu sueño bonitos peces de escamas de oro, de plata y de topacios... ¡Nadie sabrá dónde está la Sotita!... ¡Ven, ven!

—¡Eva rebelde al fallo divino!—repetía el mar,—no esperes nada de los hombres: los hombres corren tras de la belleza y de la juventud, o tras del oro, téngale quien le tenga: ¿eres bella? no; ¿eres joven? no; ¿eres rica? no. La fruta que madura y no hay mano que la coja a tiempo, cae del árbol y en tierra se pudre y la comen los gusanos. Has dejado que el tiempo pasara; solterona, buscas un hombre, y el hombre te desprecia: pronto caerás del árbol de la vida... Ven, ven, ¡yo soy tu salvador!

Al bronco acento consolantísimo, respondía el eco:

—Ven, ven, ¡yo solo!

Parada, escuchaba Flora, seguía escuchando. Y la fiebre, como el foco eléctrico del patio, incendió las nieblas de su espíritu, y vió sombras que se destacaban, formas que adquirían relieve... Vió al fantasma de cristal, cuyo aparato de relojería marchaba, *tic*, *tac*, *tic*, *tac*, sin el péndulo del corazón, acercarse y apoderarse de ella como la otra vez; como la otra vez, sentíase ligada de pies y manos, sin amparo ajeno ni defensa propia, y se abandonaba, dejábase llevar, y, lo que la otra vez no ocurrió, reconocía en la cara del fantasma (aunque no es común que los fantasmas la enseñen, sino que la guarden muy entapujada), tan pronto un parecido con don Navigio, ya con misia Loreto, que algo amenguaba su miedo. Y revuelo va, revuelo viene, ¡paf! caían los dos en el húmedo patinillo de la calle de Río Bamba, y surgían las habitaciones indigentes y los armarios repletos de trapos costosos, lo necesario abolido casi, reducido a la mínima categoría; lo superfluo, abundante e insolente, reinando sobre los despojos de la miseria; la mesa sin pan y el coche a la puerta.

En seguida el deber, hoscoso y duro, la ponía en las manos una escoba, y barre, barre el patinillo; barre, barre toda la casa; y friega y

plancha, y guisa y lava. *Tic, tac*, hacía el aparatito consabido: la hora del paseo, la hora del teatro. Y a pasear, a divertirse, culto exterior tiránico y sin tregua. ¿Hasta dónde? ¿hasta cuándo?

Cogíala el fantasma en vilo, y ¡zas! ya estaba en la playa de Marplatina... Sonríe, Florita; habla, Florita; vístete, píntate, adórnate... ¡Allí está el hombre que buscamos, el hombre necesario, el hombre indispensable! persíguele, Florita, cautívale, asegúrale; si te resiste, te verás perdida; si se te escapa, no tendrás remisión. Y anda, anda detrás del hombre, por aquí, por allí, suplicando, suplicando:

—¡Míreme usted, escúcheme usted, quiérame usted! como infeliz mujer que soy, condenada a la debilidad, a la esclavitud y a la infancia perdurable; si usted no me quiere, si usted no me protege, si usted no me sostiene, ¿qué será de mí? ¿quién me dará de comer? ¿quién me vestirá? ¿quién me hará respetar? Mi inteligencia sólo puede ocuparse en frivolidades; mi voluntad, en caprichos; mis manos, en labores propias del sexo; ¡y gracias! ser incompleto, imperfecto, máquina que se mueve al impulso de usted nada más, y como veleta gira del lado que sopla el aire. ¡Por favor, hombre, señor y rey!

Y el hombre, sin hacer caso. Perseguido de otras mujeres, búrlase de las rivalidades y pe-

leas suyas; es el pan, la holgura, la fuerza y la felicidad de cada una, y se complace en gozar de su tiranía... Como alegre cabalgada pasó entre la neblina la turba de pretendientes desdeñados que ella, Flora, se complació en tiranizar a su vez: Manolo Guerra el primero, luego otro de barbilla de chivo, uno de retorcidos bigotes, dos abogados, tres médicos, cuatro hacendados, un militar, escuadrón masculino deslumbrador, gala de juventud, viril riqueza derrochada, y todos la decían:

—¡Eva rebelde, castigada seas!

Así gritaba *él*, el vengador, confundido entre los demás. Iba borracho, tambaleante, cubierto de lacras, que no eran sino las de su alma villana, y su gesto despreciativo la azotaba la cara como un látigo. Porque no se la vieran ajada *él* y los otros, cubríala de afeites, una capa sobre otra, de blanco y de rojo, carmín y albayalde en cantidad suficiente para pintar muchas caras y rejuvenecer muchas viejas, y la capa de agrietaba, y reaparecían las arrugas, y más la insultaban Manolo, el chivo, el bigotudo, y *él* con los otros.

Entonces Flora se echó en tierra, como niño que llora y llama a su madre. Estaba en la playa, sentía el soplo del mar, la respiración del monstruo tan cerca que temblaba mirando al fantasma, su sola compañía, y con las uñas comenzó a descascarar la piel del rostro, acaba y

vuelta a empezar, formando en poco tiempo junto a sí un montón de limaduras, como de virutas el carpintero, y en el cuenco de la mano se lavó en seguida, tiñendo el agua de rojo y todo el mar, como de sangre. Luego, aquellos lazos de los pies y de las manos (que ligados los tenía, aunque aparecían libres y dueños de sus movimientos) los desató, los deshizo, los rompió uno a una con trabajo inmenso, con dolor a veces, pues eran a manera de esposas que el prolongado ajuste ha encarnado hasta el hueso. Y limpia completamente y en libertad, lanzóse de golpe al mar, sin que el fantasma y los otros lo evitaran... Libre, se hundía, mecida blandamente en los brazos de aquél, que seguía murmurando:

—¡ Ven, ven, ¡ yo solo!

Y como el fantasma de cristal, la conducía muy lejos, allá, a la prometida gruta verde con su lecho de musgo, donde había de acostarla y la darían guardia heraldos con dalmáticas de pedrería; y en lugar de la gruta, aparecía de nuevo la casa de la calle de Río Bamba, y el montón de limaduras se adhería a su piel, y otra vez sentía las esposas ceñirle las carnes.

¡ Mar engañoso! ¿tu voz miente también como la de los humanos? ¿no habría, pues, un asilo para ella? Palpitante, esperaba la respuesta del destino. ¿Dónde estaba? no en su casa, ni en la playa; en lo alto de una escale-

ra, larguísima, sin fin, que tocaba por un extremo al cielo y por el otro al mar. Bajando iba, y con traje poco decente, porque el fantasma, *tic*, *tac*, *tic*, *tac*, que venía detrás, y la turba-multa de pretendientes fenecidos, la zaherían en crueles apartes... ¿Tan indecente era su traje? ¡ah! sí, ¡qué vergüenza! no era de seda, ni llevaba perifollos, ni lo adornaba el oro; también se había puesto otra cara: en el apuro de bajar aquella escalera tan larga, como entre muchos sombreros se coge el ajeno, salió con su cara propia, olvidando la artificial de su uso diario. ¡Qué vergüenza! ¡oh abominación! Aturdida, desesperada, Flora se arrojó nuevamente al agua y se hundió, se hundía cada vez más, y mientras manoteando, vislumbraba ¡al fin! la verde gruta de su último sueño, escuchaba aún allá arriba, en la atmósfera social, de que huía, la voz formidable:

—Eva rebelde, ¡castigada seas!

X

Batistone, el bañero italiano, retiradas ya las casetas buen espacio, con ayuda del manso caballejo, fuera del alcance de la marea, que subía, subía con bramidos ensordecedores; pues-

tas en línea de batalla todas, y hundidas sus ruedas en la arena, cimientos frágiles, pero suficientes para su seguridad, sacó su pipa, la yesca, y al primer golpe hizo brotar la chispa del pedernal... Entre la neblina, espesa como blanca humareda, con sus pantalones y su chaquetón de tela impermeable amarilla, cubierta su cabeza por el apabullado sombrero de ala caída hacia atrás y estrecho borde delantero, remedo de casco que para guerrear con la tempestad gasta el marino, parecía Batistone no sé qué extraño cetáceo que en la orilla se moviera.

Encendida la pipa, sentóse tranquilamente en la playa, arrimadas las espaldas a la última caseta, y así, bien resguardado del viento, esperó, chupa que chupa, a ver quién era el guapo que aquella mañana bajaba a tomar el baño.

¡ Al *diavolo* las señoritas peripuestas y los lindos presumidos! ni pantorrillas desvergonzadas, ni ojos concupiscentes atreveríanse con el temporal a dejar el abrigo de sus habitaciones. La playa, barrida por las olas, no mostraría su adorada alfombra hollada por zapatitos y zapatos, rubios o morenos, en descarada complicidad ; nada más que el espumoso rebramar del agua agitadísima delante de las casetas, cerradas y mudas como tumbas. Y Batistone sonreía, enviando bocanadas de humo y señas expresivas a la criolla Martina, la conocida Martineta de sus antojos, como él acurrucada y a la

espera de la clientela, no tan lejos ni tan ciega que no pudiera contestarle con voz aguda que dominaba el rumor del oleaje:

—Aguarda, Batista, que sentado no has de cansarte.

¡Perra, ingrata, irreductible Martineta! despegaba la pipa de los labios y la amenazaba con ella, riendo a borbotones. Acá y allí, otros bañeros se espatarraban o canturriaban, o inmóviles como esfinges miraban subir la marea, los que también habían puesto a buen recaudo sus alistados armatostes, mientras el caballejo de Batista prestaba mansamente sus servicios de uno en otro, alejándose cada vez más entre latigazos y juramentos.

A la pipa amenazadora y a las risas de su vecino, la criolla Martineta contestó con dicharachos de hembra de monte, ariscada y selvática:—¡Sí, para ti estaba, gringazo patojo!

Y de pronto, tal como la araña en su tela, vieron un punto negro en la neblina agitarse del lado del *Manchester*, agrandarse poco a poco y cobrar las formas de una mujer que hacia ellos venía y de la que no se distinguía la cara, envuelta de pies a cabeza en un abrigo de estos ingleses, con capuchón y todo. Venía muy de prisa, a pesar de que la arena dificultaba sus pasos, y con ser presurosa su marcha, parecía irresoluta, pues ya se acercaba a la orilla tanto, tanto, que se mojaba los pies, acaso com-

placiéndose en el inocente juego de retar a las olas y esquivarlas, ya se apartaba y más rápida continuaba su camino. Batistone se enderezó con curiosidad. ¡Al *diavolo* la señorita valiente! ¿vendría a bañarse? ¡qué humor más raro y qué calor sofocante! Volvióse a la Martina, expresando su pensamiento con un gesto:

—Te la recomiendo, que es de tu parroquia.

Y pasó la encapuchada delante de él, marcando sobre la playa la menuda huella de sus zapatitos, ora buscando el arrimo de las casetas, ya aproximándose al mar tan temerariamente que le pisaba las melenas, voluntad sin brújula, impulsada por la calentura. Curiosa como Batistone, la seguía Martina con la vista, y una de las veces que la del capuchón remojaba sus bajos más de lo regular pudo reconocerla y la gritó:

—¡Niña Flora! ¡niña Flora!

Parada bruscamente, Flora ladeó la cabeza dudando si atendería aquella voz conocida, o no. ¿Deliraba aún? ¿estaba despierta? ¿por qué y cómo, escapando a la vigilancia de sus padres, encontrábase allí? ¿era aquella voz la misma que toda la noche había martilleado en sus oídos promesas y consejos desesperados?

Corrió hacia ella Martina y la ofreció sus masculinos brazos. ¿Qué deseaba la niña Flora? ¿bañarse? Aunque la mañana estaba demasiado fresquita, si deseaba tomar su baño cotidiano

poníase a sus órdenes, como siempre, para servirla. Flora la miraba atentamente... No; aquella mujerona atezada, con sombrero de paja y barbijo azul, de falda arremangada sobre las rodillas, descubiertas las redondas pantorras y desnudos los pies de ancha base y colorado juanete, no era su perseguidor, no era el fantasma de cristal... ¡Ah! sí, era Martina, la bañera Martina, cuyos rigores con Batistone tanto las hacían reir.

—Sí, Martina—contestó suspirando,—quiero bañarme.

Andando, pues, a la caseta, que allí tenía la niña su traje, y a fe que no necesitaba gastar tiempo en componerse, porque como no había mirones... Entretanto, la traería el cubo con agua y cuanto fuera menester. La acompañó hasta la caseta, la ayudó a subir y cerró la puerta; ligeramente bajó en seguida a la orilla y llenó un cubo del salobre líquido, que trajo con tanta agilidad como si fuera un dedal; lo depositó a su lado y se sentó en la arena, obsequiando a Batistone, cuya pesadez la era insufrible y no la dejaba en paz, con gesto chabacano que, aun de lejos, parecía harto expresivo.

Cuenta Martina que transcurrió mucho tiempo, bastante más del necesario para el cambio de vestido, sin que saliera la señorita de Soto; y como no escuchaba ella ruido que con tal operación se relacionara ni ningún otro dentro de

la caseta, *pam, pam,* se atrevió a llamar en la puerta; no la respondió nadie; abrió, y halló a Flora sentada en el banco, sin pensar en desnudarse, sino sabe Dios en qué cosas, porque, recostada la cabeza, lloraba con tan grande flujo de lágrimas que daba compasión.

—Sí, Martina—insistió,—quiero bañarme.

Pensó la criolla que su parroquiana no andaba bien de tornillos o algo la ocurría muy grave, mal de celos, sin duda, amores playeros, que son los de mayor peligro y peores consecuencias; pero como esto nada la importara, la ayudó a cambiarse de traje y se asustó de verla tan esmirriada y en los puros huesos.... ¡Jesús, y lo que son por dentro estas señoritas! ¡y quién las mira luego en la playa tan distintas, con los postizos de arriba y los de abajo!

No se cuidó la acongojada Florita de ponérselos, ni los tenía a mano tampoco aunque quisiera; y vestida ya con el pantalón y la blusa de lana azul, calzados los zapatos de lona y embutido el gorro de hule, la echó Martina sobre los hombros la larga capa, dirigiéndose ambas hacia el sitio en que las cuerdas tendidas sobre el agua ofrecían seguro de todo riesgo; reo que llevan a ajusticiar, Flora se apoyaba lánguida en el brazo de la bañera, andando tan lentamente como si arrastrara grillos, los ojos fijos en el monstruo que la esperaba rugiendo. Y Martina la exhortaba a su modo, bruscamente,

con aspereza campesina : ¡ vaya con la muy floja de la niña Flora ! ¡ asustarse de las cabriolas del mar y temblar así ! ¡ buena gata estaba ! nunca lo había hecho... Ya, ya ; ¿a que era porque aquellos señores de los gemelos no se mostraban en sus garitas, cual santos de palo en sus nichos?

Miró Flora al lugar predilecto de los espectadores matutinos, y vió tumbadas las garitas por el vendaval, la de *él* de bruces y empapada ; la conocía por los pabellones de cutí listado rojo y blanco que la decoraban alegremente. Imaginó que era aquél el símbolo de su derrota, su último sueño deshecho por la realidad ; apartó los ojos, y con mayor temblor, de frío o de emoción, dijo a Martina :

—Vamos, vamos.

—Vamos — repitió la criolla,—al agua, patos, y cuidado con soltarse de mí o de la cuerda. El mar no está para bromas.

Entraron las dos decididamente en el agua, y la impresión hizo chillar a Flora y reir a Martina. Pero muy pronto Flora se calló, lívida, los labios morados, con castañeteo de dientes intolerable ; siguiendo la dirección de la cuerda avanzaban despacio, cogida Flora con una mano de la cuerda y con la otra de Martina, mientras el agua iba cubriéndolas y las olas pretendían rechazarlas iracundas, las que salvaban saltando diestramente, Flora con menos

firmeza, temblorosa y vacilante. Y avanzando siguieron, hasta que el agua las llegó a la cintura; entonces se plantó Martina y quiso que la señorita se plantara también: no más, que ahondaba ya demasiado y se exponían a un percance.

Pero Flora dijo que no; soltó la mano de la bañera, y sin soltarse de la cuerda continuó su avance; ya no sentía frío, ya no la inspiraba miedo el monstruo, que abría cariñoso sus senos para recibirla, y avanzaba, avanzaba, sin esquivar el furioso abrazo de las olas, tranquila, muda.

—Cuidado—gritaba Martina,—no se suelte usted... No más... Ya basta.

Y Flora seguía avanzando. No escuchaba a Martina, escuchaba la voz del mar, el ronco balbuceo:

—Ven, ¡yo solo!

Hacia él iba, tranquila, muda, a él se entregaba resignada. Acabóse la cuerda y Flora se detuvo maquinalmente, volviéndose recelosa: sobre la gasa de la niebla el busto de Martina se esfumaba, borrajeada figura sobre el papel; de la playa no se distinguía objeto, manchas informes de contornos fugitivos; el pueblo había desaparecido, oculto tras aquel telón impalpable, y sólo el *Manchester-Hotel*, por lo cercano, dibujaba su mole de sombras, alcázar de vanidad. Arriba, ni cielo, ni esperanza, ni na-

da; la masa grisácea opresora. Oyéronse graznidos de gaviotas, comadres que se zarandean del moño por una piltrafa, y un bañero entonó en italiano una barcarola, cortada en retazos por carcajadas.

Asida del cabo de la cuerda, que la sostenía sobre el abismo y la ligaba a la vida, Flora podía apenas defenderse de los embates del mar: las olas la envolvían, la empujaban, la golpeaban, y ella, como boya viviente, se aferraba a aquel nudo de cáñamo, con crispadura dolorosa de los dedos.

Pasaban unas, deshechas, y otras llegaron más violentas, y más violentas otras todavía la cubrieron, ensordeciéndola y cegándola; acostáronla otras más impetuosas sobre el líquido regazo, y al fin, el dolor, la fuerza o la voluntad ¡misterio impenetrable! la arrancó de la mano el cabo salvador, sumergiéndola súbitamente...

Al mismo tiempo gritaba Martina:

—No más... Cuidado. Vuelva usted.

Y como no la viera ya sobre la plomiza superficie, lanzó un alarido:

—¡Batista, Batista!

Moviéronse las sombras de la playa, y en tropel se precipitaron a la orilla; la voz de Martina, como campana de alarma, las guiaba al lugar del siniestro, y dos y tres y cuatro se lanzaron al agua, nadando hacia todos lados, atur-

didos, Batistone el primero, que interrogaba a Martina con un ¡sacramento! entre los dientes, la cabeza de foca sacudida por el violentísimo resoplar.

—¡Allí, Batista, allí!—señalaba desesperada Martina.

Y allá fué el bañero, con pernadas furiosas, más allá, mucho más allá. Y mientras los otros rastreaban por diversos lados, y gemía Martina, y graznaban las gaviotas, distinguió Batistone un punto negro que sobre la superficie del agua aparecía y desaparecía de nuevo, y allá fué, más allá, mucho más allá, donde el punto negro reaparecía, y con él dos brazos, dos manos que se agitaban angustiosas, hundiéndose de golpe para asomar una última vez allá, más allá, mucho más allá. Logró acercarse Batistone tanto entonces, que alargó la suya triunfalmente en son de apoderarse de aquéllas que demandaban auxilio; pero algo extraño burló sus nobles intenciones; los ojos de la que se ahogaba le descubrieron y se dilataron con terror, fijos en él un segundo: era el hombre, *el hombre*, sin el cual no podía vivir, y al cual no quería deber la vida. Y en su rebeldía suprema, sumergióse, desapareció para siempre, y ni rastros quedaron ya de la que iba en busca de la verde gruta, donde la darían guardia eterna heraldos con dalmáticas de pedrería.

... ...

Pues, señor, excuso decir que el horrible suceso (contado aquí a la pata la llana, sin románticos caireles) soliviantó a Marplatina entera, a la República toda, y el eco dolorido llegó hasta los dinteles de los atribuladísimos señores de Soto. La prensa lloró lágrimas de tinta, y muy legítimas los amigos, los conocidos, cuantos supieron apreciar las dotes de la Sotita infortunada. Notorio fué, por ejemplo, que las cuatro Asnabales se recluyeron en sus habitaciones durante ocho días, en señal de duelo, y Ernestina, más sensible que las otras, sufrió paroxismos tan grandes como los que exponían la vida de misia Loreto a cada rato; notorio fué que don Gabino, lo mismo en el comedor del *Manchester*, que en la Rambla, soltó más interrogantes y mugidos que de costumbre; que a la Schlingen no se la vió en algún tiempo ni a pie ni en coche, permaneciendo *La Walkyria* cerrada a piedra y lodo y a obscuras, y que muchas fiestas se aplazaron y algunas quedaron en proyecto *per in sæcula*. De don Valentín... ¿cómo expresar la pena de don Valentín? no tocó una carta en tres días y cayó en mutismo y tristeza grandísimos, al punto de que, siendo el acontecimiento propio para bordar las más bonitas mentiras, no encontró una, ni media.

En cuanto a los jóvenes... Los jóvenes dis-

cutieron. Porque el hecho representaba un problema difícil: ¿tratábase de un accidente o de un suicidio? ¿lo que hundió en los abismos a aquella angélica Sotita, fué un calambre repentino, un mareo inevitable, una causa física y vulgarísima, o la voluntad quebrantada, la esperanza marchita, la desesperación que como piedra a los pies le había arrastrado a la muerte, y así su cuerpo no lo devolvía el mar, egoísta? Don Navigio y misia Loreto, en primer término, escarbando razones que la aflicción no permitía examinar bien, y muchos, afirmaban lo del accidente. Accidentes así ocurren todos los días y en todas las playas. Pero las declaraciones de Martina y de Batista, sobre todo la de Batista, el evidente rechazo de su auxilio, aquella mirada y aquel movimiento con que impidió la intervención salvadora, para muchos también revelaban el deliberado propósito de matarse. Y si no, ¿a qué el pretexto del baño en ocasión tan inoportuna, sola y con reserva? ¿Y no era síntoma o indicio precursor su extraña actitud de la víspera, de desequilibrada completa?

Ahora bien: si fué suicidio, ¿por qué el suicidio? Cavilación general, dudas de muchos, afirmaciones aventuradas... Rómulo y Gabinito se esponjaban como pavos. Cada cual, allá muy escondida, abrigaba la idea de que Flora

había muerto por sus pedacitos, idea lógica que se apoyaba en base tan firme como ésta: para Rómulo, en que el hecho se produjo a los pocos días de la proclamación oficial de su boda con Ernestina; para Gabino, en que el hecho se produjo a las pocas horas del desahucio estampado en la misma cara del padre. Y los dos, convencidos, sin confesarlo el uno al otro, carraspeaban, acariciando sus bigotes borgoñones Rómulo con mayor énfasis, como que tales estragos eran capaces. Hasta Eliseíto lo pensó, ¡miren ustedes!, y por cuenta propia, relacionando el suceso con fingidos desvíos suyos en la noche del último baile.

Supuestos, decires, desatinos e invenciones corrieron a granel, y al cabo con la partida de los afligidos señores de Soto, perdida ya la esperanza de encontrar el cuerpo de la hija desventurada, se apaciguó el cotarro, y no eran pasados quince días cuando ya pocos se acordaban de Flora y de su nombre. Ocupábanse de marchar también, porque la estación, muy adelantada, lo aconsejaba sin mayores trámites, siendo los primeros en seguir a los de Soto la familia de Asnabal; a ésta, naturalmente, Rómulo; y a Rómulo, por motivos también conocidos, don Valentín.

¡Ay! cuando don Valentín se dispuso a marchar por la fuerza, e hizo examen de conciencia y de bolsillo, el desánimo le postró sobre su

maletín buen rato, allá en el mechinal de las alturas, entretejidos los dedos en las patillitas, los codos sobre las rodillas. ¡ Valiente temporada ! ¡ suerte maldita ! con los cuatro centavos que le quedaban del alza y baja de los naipes no tenía bastante para pagar la gusanera de saldos y picos, pequeñas cuentas y cuentas grandes que en la ciudad le esperaban hambrientos, ni para dar una taza de caldo a Teles... ni para tomar el billete de vuelta. ¡ Oh, Teles ! ¡ dulce sacrificada ! ¿ qué sería de ella, que todo lo aguardaba de su señor olvidadizo y cruel ? ¿ viviría Teles ?

Suspiraba tristemente don Valentín. Pensaba en que la víspera era dueño legítimo de tres billetes de doscientos pesos, ¡ de tres ! los cuales, ¡ palabra de honor !, destinaba a vestir a Teles y a su casa, muy necesitada de abrigo ahora que el invierno se echaba encima, y a proporcionar a Teles alimento, ella, la bondadosísima, la mansa, la santa, sometida al ayuno, mientras él en el *Manchester* reventaba de harto. Sí, muy seriamente, para tan excelente obra guardaba don Valentín los tres billetes, ¡ tres !... Pero, no sabía cómo, si fué él por su voluntad o le arrastró Eliseo a la sala del crimen... Y ¡ claro ! volaron los tres, tan guapamente.

No se le perdonaba. Jamás había hecho ton-

tería igual, la de jugar la víspera de la partida estando bien armado.

—¡ Ah ! ¡ Casuso estúpido—decía tironeando una y otra patilla,—tenías seiscientos pesos en la mano, en el bolsillo, tuyos como tus dedos y tus narices, y vas a jugarlos y los pierdes ! ¡ bárbaro ! ¿cuándo has caído en eso? ¿no has vuelto de cada temporada con tu poco o tu mucho, pero siempre con algo? y de ésta, ¿qué llevas?... ¡ A que me echo al agua como la pobre Sotita y me ahogo y no me dejo ver más de ojos humanos !... No hay otro remedio que acudir al doctor Pares... Y cuando el sobretodo de pieles venga a mis manos, que ha de ser en seguida, no será para lucirlo en la Opera, no, señor, sino para llevárselo al prendero. ¡ Esta es la más negra ! cuando Casuso empeña la ropa, mal anda, digo, ¡ y qué mal ! ¡ y qué temporada ! ¡ y qué suerte ! y así entrara por esa puerta el hombre negro y acabara conmigo... para eso, para acabar, pues tal me veo, que no sé cómo saldré de aquí, ni de qué viviré este invierno, ¡ cigarrón imprevisor y vanidoso !

Resumen de sus cavilaciones y amarguras fué el que se decidiese a dar el más traidor sablazo a Rómulo, siempre con aquella finura suya que más que pedir, dijérase iba a ofrecer algo ; y con lo que éste le dió, no mucho, pudo salir de Marplatina tan orondo como un capitalista que se aburre, despidiéndose de todos

hasta el año próximo y de todos despedido con pesar, pues con él se iba la nota alegre, el más regocijado elemento del balneario, el Casusito de la guitarra llorona, de las excursiones y de las gacetillas. Hasta el chinesco Pepe no le quiso dejar sino en la estación, recibiendo en premio la propina más generosa de cuantas recibió en aquella y otras temporadas.

¡Oh magnánimo e ínclito Casuso! ¿a qué contar lo verboso y satisfecho que se mostró en el viaje, y para qué indicar su desmadejada actitud al recostarse en el fondo del coche alquilón de dos caballos, que a fementido galope por las calles bonaerenses le llevaba? ¡ay, no entraba como triunfador don Valentín en la gran ciudad! derrotado de Marplatina, daba sentido adiós a la buena mesa, a la buena cama, a la buena vida... ¿por cuánto tiempo? dios de la molicie, patrono de los sibaritas, abogado del estómago, ¡ojalá fuera breve y tu cólera pasajera!

Vivía don Valentín... No, no señalaré la calle por no dar gusto a sus acreedores, que si él la reserva, ¿quién me mete a mí a descubrirlo? Baste decir que llegó a su casa aquella mañana de fines de marzo, con tanto disgusto como placer sentía al abandonarla, cuando la ciudad se achicharraba sobre las parrillas del estío, dejando sin remordimiento a Teles en el patio, la dulce y resignada Teles, que le despedía:

—¡ Vaya usted con Dios, señor!

Disgustado, pues, y alicaído, entró por las mezquinas puertas de su ignorada covacha, y aunque llamó en el zaguán para que Teles se encargara de la maleta y de la manta, no salió Teles; y como no saliera, siendo su diligencia conocida, se alarmó don Valentín, y sin querer pasar del patinillo tornó a anunciarse con dos palmadas de visita impaciente. Cerradas las dos piezas que daban al patio, sala y alcoba respectivamente, en el nombre nada más, y sin otro menaje que los clavos de las paredes, parecía la casuca vacía o abandonada guarida, de modo que las palmas del amo resonaron como estampidos, apareciendo en el fondo, alimaña que se asoma y explora cautelosa, una cabeza gris, muy arrugadita, que no era la de Teles. Chispearon los ojillos de la que espiaba, y salió de seguida a recibir a don Valentín una viejecilla harapienta, con trazas de mendiga y cara de bruja, que arremetió a él solícita.

—¿Y Teles?—preguntó don Valentín, escamado.

—La señora Teles está enferma, gravemente enferma—contestó la vieja;—yo soy *ña* Nacleta, vecina del *alquilinato* de al lado, para servir a usted. Vengo por caridad a asistirla, porque a un cristiano no se le ha de dejar morir como un perro.

—¡ Jesús!—exclamó don Valentín,—es lo

que me faltaba. ¿Está realmente tan enferma? ¿de qué? ¿desde cuándo?

—Pues... cosa de dos semanas. Verá usted.

Dijo *ña* Nacleta que hacía cosa de dos semanas, sentadas ambas a la puerta tomando el fresco, se quejó la señora Teles de un dolor en la espalda, nada, algo así como un pinchazo de alfiler, y dolor fué que no pudieron con él ni friegas ni unturas. ¿Médico, remedios, caldos, enfermera? Dios los dé. La señora Teles no tenía un centavo cuando cayó en cama y no quería molestar a nadie, menos, mucho menos molestar al señor. Iba dejándose morir, más de necesidad que de su mal, y gracias que ella, *ña* Nacleta, aunque bastante falta hacía en su casa por la media docena de nietos que había a su cuidado, unos barrabases, la acompañaba de noche, y durante el día, unos ratos perdidos, compartiendo con ella su puchero...

Mientras hablaba la viejecilla, atomatándose iba el huésped del *Manchester*, con escozor y desasosiego indefinibles.

—¡Vaya con la Teles!—dijo, entre confuso y preocupado,—el demonio de la Teles... No será tanto, *ña* Nacleta. Usted exagera. De todos modos, el no llamar al médico ha sido gran disparate. Teles es muy terca, muy terca... Voy a verla.

Dejaron en el mismo patio los enseres de viaje, y allá, en el fondo, que una parra, de com-

badas, rugosas y negras piernas, sombreaba misteriosamente, entraron por la puerta cercana a la cocina en una pieza donde no se distinguía más que un camastro y una silla; sobre la silla, una botella chorreada de sebo, a guisa de candelero, y un tazón sin platillo, vacío; sobre el camastro, la Teles, consumida, flaca, sin más vida que la llamita de luz que iluminaba sus ojos. Apenas pudo reconocerla don Valentín, y se echó atrás ante el espectáculo de aquel cuerpo devorado por la miseria y el pesar.

—Teles, ¿qué te pasa, hija mía?—dijo, manteniéndose en el umbral.

—Nada, señor—respondió una voz débil desde el camastro, tan débil, que a don Valentín figurósele que hablaba con un ánima del otro mundo;—nada. Ya estoy mejor. Pronto, pronto me levantaré. Y el señor, ¿ha llegado bien?

—Bien, hija, muy bien. Me alegro que te sientas mejor. Si supieras cómo traigo la ropa... Mi *smoking*, especialmente, con un rasgón de medio palmo, que da ganas de llorar... Bueno, ya hablaremos de esto. Ahora, a ponerte buena, ¿eh? Se llamará al médico por precaución, sólo por precaución. Entretanto, aquí tienes estos dos pesos para lo más urgente... Ya sabe usted, *ña* Nacleta, para lo más urgente.

—Muchas gracias, señor—susurró Teles.

Y entró don Valentín en el cuarto, disimulando la repugnancia, y sobre la silla extendió

los dos billetes de un peso, con mayor cuidado y ceremonia que si apilara una docena de relucientes esterlinas; apartóse luego de prisa, porque su olfato, hecho a otros aromas, no podía sufrir el ambiente del tugurio, y emocionado por la obra de misericordia que acababa de realizar, salió perseguido, cual fuego fatuo, por la llamita vivaz del camastro. Es decir, no salió, pues no había llegado a la puerta y ya retrocedía, empujado por una idea repentina: ¿para qué darla dos pesos, si uno parecía suficiente? en cama la infeliz, la era imposible evitar que la vieja Nacleta, pensando mal, guardara para sí de aquella suma lo que gustase. ¿Sabía él, acaso, quién era la Nacleta? ¿y venía tan sobrado de pesos, que la sisa de la Nacleta no afectara el equilibrio de su bolsa?

—Mira, Teles—dijo, aproximando su mano a la chorreada botella,—hay bastante con un peso... Sí, sí, hay bastante. Con menos se pone un puchero. Después, veremos. Ea, ahí queda uno... y hasta luego.

Apagóse la llamita un instante, porque los párpados impidieron piadosamente que viera Teles la acción del amo, aquella mano que recogía arrepentida una limosna, y cuando brilló de nuevo ya no estaban allí el amo ni la vieja...

La vieja y el amo hablaban quedo bajo la parra, instrucciones dadas y recibidas de acuerdo con las circunstancias. Cumplidos estos debe-

res, pasó don Valentín a su habitación a llenar otro no menos importante: el de asearse y examinar las arrugas del terno que había de ponerse para salir; y hallándose en esta tarea, la más concienzuda de su vida cotidiana, otra idea, otras ideas relacionadas con la enfermedad de Teles se le ocurrieron. La primera, que parecía humanitario, imprescindible, de sentido común, llevar a Teles al hospital, caso que la enfermedad fuera realmente grave y se prolongara; en el hospital estaría mejor atendida, ¿qué duda cabe?, que en la casa y a cargo de la Nacleta. Ya lo creo. Y como él la recomendaría al señor director y no faltaría practicante amigo que por ella mirara... ¡Vaya, que lo que es en el hospital iba a pasarlo muy ricamente la pobrecilla! Sanaría pronto... y si no sanaba... pues lo mismo: se la enterraría decorosamente; en casa, ¿quién se ocuparía de ello? ¿la Nacleta? él, no; ¡ah! él, no; en cosas de funeraria perdía toda entereza; devoto de la vida, temblaba pusilánime ante la muerte.

También no era flojo trastorno el que le traía Teles; ¡maldita sea!... si la daba la gana de morirse, ¿quién le cuidaría de la casa y de la ropa, sobre todo de la ropa? ¿quién se la lavaría, se la plancharía, se la zurciría como Teles? sin las manos de Teles, ¿cómo iba a arreglárselas?

El aire de la calle despejó de pensamientos

negros su cabeza, aunque no ahuyentara del todo aquel que en el patio, ante las noticias de Nacleta, le confundió y puso color de grana. Pero no era mi señor Casuso hombre a quien pudiese amilanar otra idea que la de la falta de monises, y así aquel día de otoño, ventoso y con cariz de lluvia, paseó donde mejor luciera su persona y mostrara el sello auténtico de las brisas de Marplatina; almorzó en el círculo de *El Sable y el Florete*, un almuerzo opíparo que nada tenía que envidiar a los del *Manchester*, compartido, por cierto, con el cronistilla pariente de los Asnabales, y a quien don Valentín solía dar alpiste para que contara a sus lectores si fué o volvió y dejó de hacer, noticias que visten mucho y dan credencial de aristocracia; estuvo en Palermo con dos amigos, y como de la generosidad de Rómulo aún quedaran relieves, comió en el mismo círculo y perdió luego a la veintiuna hasta el último peso, el de Teles.

No se acordó de Teles en todas estas andanzas don Valentín. ¿Para qué mentir? no se acordó ni un momento; y cuando entre las dos y las tres de la madrugada se vió camino de su casa, le sorprendió el recuerdo de la escena de la mañana, y su conciencia le dió los tironcitos de oreja que solía... ¿De veras? ¿estaba tan mala la pobre? ¿y de qué? de hambre, de miseria, de abandono, de olvido, de ingratitud. ¡Si no la había enviado un centavo de Marpla-

tina! ¡si no contestó sus cartas suplicantes! ¿Podía vivirse del aire? ¿era justo, era humanitario siquiera, lo que con la infeliz hacía?

—¡Ah, Casuso egoísta! ¡ah, Casuso indecente! ¡ah, Casuso, más duro que la piedra y más malo que el veneno! que así los que te festejan te conocieran por dentro, ni te reirían tus gracias ni aplaudirían tu guitarra. Para música, los sollozos de Teles, de la engañada, la sacrificada, la asesinada. Y lo peor, Casuso, lo peor es que llegas a contemplar tu obra, y en vez de abrírsete las fuentes del alma y lavar con una lágrima tus culpas, te abroquelas en tu egoísmo feroz, te cierras a toda compasión, a todo remordimiento, y la pagas con un peso el sacrificio de su vida. Mas, no contento con esto, la abandonas de nuevo y te marchas, te paseas, comes como un buitre, juegas como el más grande vicioso que eres, y te gastas el último centavo en satisfacer tus pasiones. ¡Ah, Casuso! si no mereces la horca, ¿qué es lo que mereces?

—¡Eso, la horca!—contestó en alta voz don Valentín.

Y lo que le ocurría siempre que estas jocosas interpelaciones mentales le dirigía su conciencia, se enterneció, como la noche de la borrachera a orillas del mar, y murmuraba:

—¡Teles, mi pobre Teles!

A horas tan impropias y por calles semejantes (que no he de nombrar tampoco, porque

sería señalar una pista), ya podía desahogar don Valentín su profunda pena, y según confesión suya, en un momento psicológico análogo al de Marplatina, la desahogó llorando todo el camino y repitiendo con golpes de pecho:

—¡Teles, mi pobre Teles!

La ternura que le dominaba le aconsejó poner por obra aquel mismo día la idea de llevarla al hospital, horrorizado de pensar en la abandonada, sin otros cuidados que los torpes de la vieja Nacleta, que así entendería de cuidar enfermos como de bailar rigodones. ¡Y poco que la iba él a recomendar al señor director, y con qué mimo y cuánta precaución la conduciría él mismo, sí, señor, para que no dijeran!

Estaba la madrugada desapacible y sintió frío don Valentín. Alzó el cuello de la americana, suspirando ante el recuerdo del prometido gabán y de cuyo cariño no llegaría a gozar, y anduvo más de prisa, con ansiedad, con temor indefinibles. Guardaba su llavín, y no necesitó llamar a la puerta de su casa; abrió rápidamente, entró... La claridad del cuarto de Teles dibujaba en negro sobre la pared del fondo y los ladrillos del patio las hojas de la parra, monstruosas sabandijas que al favor de la noche hubieran salido de sus madrigueras; el reverbero estaba apagado, y en el silencio un ronquido, un lamento, no sé qué doloroso sonido clavó los pies de don Valentín en el zaguán. Al mismo

tiempo, otro más claro se oyó, *chas*, *chas*, y la encorvada sombra de *ña* Nacleta salió de la luz, y vino *chas*, *chas*, al encuentro del que acababa de entrar.

—Señor—dijo muy bajito al amo aterrado,—se muere, se está muriendo... no llegará al día.

Quiso contestar don Valentín, pero su lengua no se movió. Tampoco su cuerpo. Sólo su corazón, agitadísimo, daba cada porrazo cual si fuera a partirle el pecho. En la sombra, *ña* Nacleta gimió tristemente, y gimiendo repuso:

—Vino el médico, sí, señor.

Pero el médico dijo que nada tenía que hacer, que se le había llamado tarde y no viviría dos horas. Mandó que se la diera agua con azúcar, y para aliviarla los ahogos, aquel ronquido espantoso, un potingue que hubo que ir por él a la botica, el cual potingue costaba dos pesos y medio y no fué posible traer, porque del peso que dió el señor se gastaron cincuenta centavos en poner un puchero, y de cincuenta centavos no se sacan dos pesos y medio con toda la voluntad del mundo. Entonces, ¡ay! en vez del remedio y del agua azucarada, propia únicamente para niños de pecho, la hizo tomar caldo *ña* Nacleta, unas cucharaditas, ¡ay, señor!, de las que derramaba la mitad lastimosamente: Entonces, ¡ay! temerosa de que se la quedara entre las manos como un pajarito, fué y trajo un sacerdote... ¡Ay! maravillaba verla

en sus cinco sentidos y cómo confesó y comulgó con un fervor que ni una santa del cielo. A él subiría muy pronto la señora Teles, seguramente, y así nos otorgara Dios a todos un tránsito como el suyo.

Apoyóse en la pared don Valentín, completamente trastornado. En el chisporroteo de pensamientos que al choque del relato y de los ayes de *ña* Nacleta, como leño en ignición que se golpea, saltaron confusos en su mente, uno brilló más que los otros, imponiéndose a la voluntad: el de huir, el de esconderse donde no escuchara el lamento de la moribunda y no fuese testigo de aquello tan horrible que a pocos pasos sucedía. Fácil era escapar a la calle; pero como el perseguido que, en su aturdimiento, cae en la trampa que trata de burlar y se entrega él mismo, apartó a la vieja, y sin decir palabra se coló en la habitación del patio que sería su alcoba cuando los muebles redimidos volvieran de la casa de préstamos a decorarla, cerró maderas y todo, y luego de encender el gas, sentóse tembloroso en la silla cuya soledad acompañaba otra congénere desperdigada. Allí no oiría nada; en aquella silla, lecho suyo eventual hasta que el azar quisiera, esperaría al nuevo sol, que a todos visita, tristes y alegres, malos y buenos, y del trance angustioso había de sacarle; cerradas puertas y maderas, ojos y

oídos, no se enteraría de nada, no vería nada, no sabría nada.

¡Estéril porfía! el *chas, chas* de la Nacleta primero, luego el estertor de la Teles, llenando la casa con inflexiones de queja, de amenaza, de protesta, de dolor, cual si todas las mujeres engañadas y explotadas del mundo pidieran justicia por su boca, le arrancaron de la silla y le llevaron a la que debía de ser sala, una pieza sobre la calle donde no había en qué sentarse, y fuerza era, de no estar de pie, echarse en el desnudo entablado; paseó don Valentín, pugnando siempre con la realidad, por no oir, por no ver; por no saber que Teles se moría. ¿Dónde podría esconderse? cien codos bajo la tierra y con cien codos de tierra encima, aun escucharía el lamento de Teles, porque Teles se moría de la muerte que él la daba.

Lloró don Valentín, y tuvo el consuelo de no oir el quejido fúnebre, que ahogaban sus propios sollozos, mientras duró la crisis lacrimosa. Pero, afuera, en el patio, se destacaba nuevamente el *chas, chas*, de *ña* Nacleta, y pegada al cristal de la puerta exterior su sombra, suplicó:

—¡Señor, venga usted! ¡se muere, señor! ¡venga usted!

¡Ir! ¡verla! estremecióse don Valentín y dió diente con diente. No podría, se caería redondo. ¿Para qué había de ir? ¿acaso estaba en su

mano salvarla, devolverla la salud, deshacer lo mal hecho, enmendar la falta de tantos años, de tanto tiempo, que el corazón se encogía sólo de pensarlo? Mas, también, ¿si ella quería hablarle? ¿si deseara despedirse la pobrecilla? en lo alto del cadalso, en la hora suprema, ¿no abraza la víctima a su verdugo, y no pide perdón el verdugo a su víctima?

¡Perdón! esta palabra divina provocó otra crisis en don Valentín, más larga, más honda, con intermitencias de sollozos desgarradores; y vencido al fin, baja la cabeza, el pañuelo comprimiendo sobre la boca el flujo de amargura, fué detrás de *ña* Nacleta, espiado por las estrellas que, en brillante tropel, aguardaban el carro de la aurora, y dejó que le introdujera donde su voluntad, aun en el umbral. forcejeaba, prisionero cargado de esposas, por escapar y librarse de prueba tamaña.

Era maravilla el resplandor que en el cuarto de Teles lucía, claridad sobrenatural y extraña que de la mísera vela de sebo, ensartada en la botella, parecía imposible se desprendiera y lo alumbrase todo con reflejos de gloria: la desnudez franciscana del cuarto; el mezquino jergón vacío, del que la asfixia agónica había arrojado a la enferma, postrándola en una silla próxima; la figura cerosa y afilada, cual de viejo marfil, de la moribunda, con los agrisados pelos revueltos sobre la frente entre las perlas del

sudor, corona de Nazareno, y las manos blanquísimas, vestigios de la hermosura perdida y ejecutoria de una estirpe que no debió ser servil, caídas sobre la colcha de cotonada ordinaria... Dió dos pasos don Valentín, se le aflojaron las piernas, una fuerza irresistible pesó sobre sus hombros y le hizo doblar las rodillas a los pies de su criada. La llamita vivaz, que aun alentaba en los ojos de Teles, se animó fugazmente ante la aparición del señor, que así venía a rendirla homenaje en aquel momento solemne, y el estertor, que de sus resecos y entreabiertos labios salía, ya no tuvo inflexiones de protesta, de reproche, de amenaza o de venganza, campanada siniestra que marca la hora del castigo, sino de tristeza infinita, de añoranzas dulces, revolotear de suspiros amorosos, eco de otros muy lejanos, muy lejanos, que ahogaron el tiempo y el hastío.

Don Valentín, de hinojos, lloraba. Lloraba, y, henchida de remordimientos el alma, quería hablar y decirla a aquella mujer, que se moría de la muerte que él la daba, cuánto sufría él también y qué dura expiación, en la esterilidad de su egoísmo, le aguardaba sobre la tierra; pero no hallaba sonido ni forma, y sólo con sollozos, coreados en un rincón por *ña* Nacleta, mostraba su pesar hondísimo y sin consuelo. Arrastróse entonces, buscó ávidamente la mano de Teles, y sobre ella puso los labios...

La mano se estremeció, quizá inconsciente, y la llamita de los ojos agitóse un segundo, aire impetuoso que aviva y extingue la luz que flamea.

—Teles, mi pobre Teles—lloró don Valentín.

Se había levantado y se inclinaba hacia ella para que viera, si aun ver podía, las señales patentes de su arrepentimiento sincero. Y súbitamente, allá, en el fondo donde la llamita ardía, pasó una sombra de terror: era aquél el hombre, el hombre, de quien había vivido y por quien moría; y como la otra, como la Sotita rebelde, como la ahogada de Marplatina, sumergióse Teles en la eternidad, apagándose sus ojos, que quedaron fijos en don Valentín.

Don Valentín oyó, creyó oir que Teles se despedía con estas palabras:

—¡Quede usted con Dios, señor!

FIN

BIBLIOTECA PLATA

BIBLIOTECA DE LA NACION

BIBLIOTECA DE LA NACION